



ALBERT CHAMPDOR
BABILONIA

Ediciones Orbis

Título original: *Babylon*

Introducción: Elsa Coult

Traducción del inglés: Dr. Jaime Elias

Nota preliminar: Dr. J. M. Millas Vallicrosa Director de la colección: Virgilio Ortega

© Aymá, S.A. Editora (1963) © Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A.

Apartado de Correos 35432, Barcelona

ISBN: 84-7634-395-7

D.L.B-37992-1985

Impreso y encuadernado por

Printer, industria gráfica s.a. Provenza, 388 08025 Barcelona

Sant Vicenç dels Horts (1985)

Printed in Spain

ÍNDICE GENERAL

NOTA PRELIMINAR 4

INTRODUCCIÓN 7

I. LA ANTIGUA ERA BABILÓNICA 21

II. EL IMPERIO ASIRIO 28

III. LOS NEOBABILONIOS 34

IV. LA CIUDAD DE BABILONIA 46

EPILOGO 63

NOTA PRELIMINAR

Con esta obra de Albert Champdor, que lleva el siempre sugestivo título de BABILONIA, ha venido a incrementarse con un nuevo estudio la inmensa bibliografía sobre historia y cultura del antiguo mundo mesopotámico. Es todo un mundo vuelto a la luz, en nuestros tiempos modernos, gracias a la piqueta del arqueólogo, a la ciencia lingüística del filólogo, a la erudición del historiador, para venir a formar un complejo orgánico y sistemático de conocimientos, lo que en términos generales se ha venido a llamar "asiriología". Y en la actualidad hay cátedras de Asiriología en la mayor parte de las Universidades occidentales y frecuentemente se envían misiones científicas con equipos de especialistas, encargados de excavar los emplazamientos de viejas ciudades del antiguo mundo babilónico; aquellos tells que de vez en cuando aparecen en la desolada amplitud del horizonte, atesorando, bajo la capa de sus arcillas, antiguas estatuas súmenos, fustes y capiteles, y millares de tablillas escritas en caracteres cuneiformes o bien gran número de cilindros que presentan, estilizadas en relieve, escenas de los antiguos mitos religiosos y mágicos. Todo ello da pie a la publicación de monografías y artículos eruditos por los especialistas.

Pero la obra de Albert Champdor ha sido redactada no con designio de especialista frío y erudito, sino con signo de síntesis viva y orgánica, en la cual se aprovechan todos los datos de los especialistas para refundirlos y expresarlos en un estilo claro, lúcido y lograr así la fácil comprensión de un mundo antiguo del que nos separan no sólo varios siglos sino algunos milenios. O sea, que el principal mérito de la obra de Albert Champdor es su didacticismo, por cuanto ahorra al lector el conocimiento de una serie de estudios monográficos y especializados y ofrece la esencia de tales trabajos de un modo fácilmente asequible y ameno.

En verdad, el nombre de Babilonia expresa y polariza gran parte de la historia de ese mundo antiguo que se agitó a lo largo de los dos grandes ríos Eufrates y Tigris, sobre todo en el curso bajo de los mismos, entre las inmensidades esteparias del desierto sirio-arábigo, al oeste, y las primeras estribaciones de los montes Zagros que ascienden hacia las altiplanicies del Irán.

En esta área de la Mesopotamia es donde la humanidad alcanzó más pronto las cotas de una vida sedentaria y civilizada. Gracias, a la construcción de una red de canales se pudo transformar en regadíos gran parte de las tierras arrebatadas al desierto, y además, más allá del estuario de los dos grandes ríos Tigris y Eufrates, se podía mantener un activo comercio con las regiones del Golfo Pérsico y aun llegar a las costas occidentales de la India.

*Con todo, no fue sólo la ciudad de Babilonia la que floreció en las tierras de Mesopotamia, ya que algo hacia el sur y más antiguas que ella misma, existieron Ur, Kish, Eridu, Uruk, o sea, la Erech de la Biblia. Pero lo importante es que Babilonia mantuvo su hegemonía por mucho más tiempo y ha venido a compendiar la historia de toda la Mesopotamia. Hasta que, gracias a los descubrimientos de Botta y Layará en Nínive, pudo iniciarse la Asiriología, poco sabíamos de Babel o Babilonia, aparte los datos que nos suministraba la Biblia. Pero hoy, la Asiriología es una gran fuente de información para una más adecuada comprensión de los datos bíblicos. Y los cotejos son siempre valiosos, tanto que un orientalista alemán, Fr. Delitzsch, pudo escribir, hace ya algunos años, la obra *Bibel und Babel*, en la cual se acentuaban estos cotejos y paralelismos. Incluso se llegó a una exacerbación de tales relaciones, al querer explicar todos los problemas que sugiere la Biblia por una solución o fórmula babilónica, lo que vino a llamarse luego el panbabilonismo, teoría hoy ya superada.*

Pero lo que no podemos olvidar al tratar de las relaciones entre la Biblia y Babilonia o Babel es que buena parte de los relatos del Génesis: el paraíso terrenal, surcado por los cuatro ríos, el Diluvio universal, la torre de Babel, encuentran sus afinidades en la literatura sumeria y accadia de Babilonia. El patriarca Noé, que se

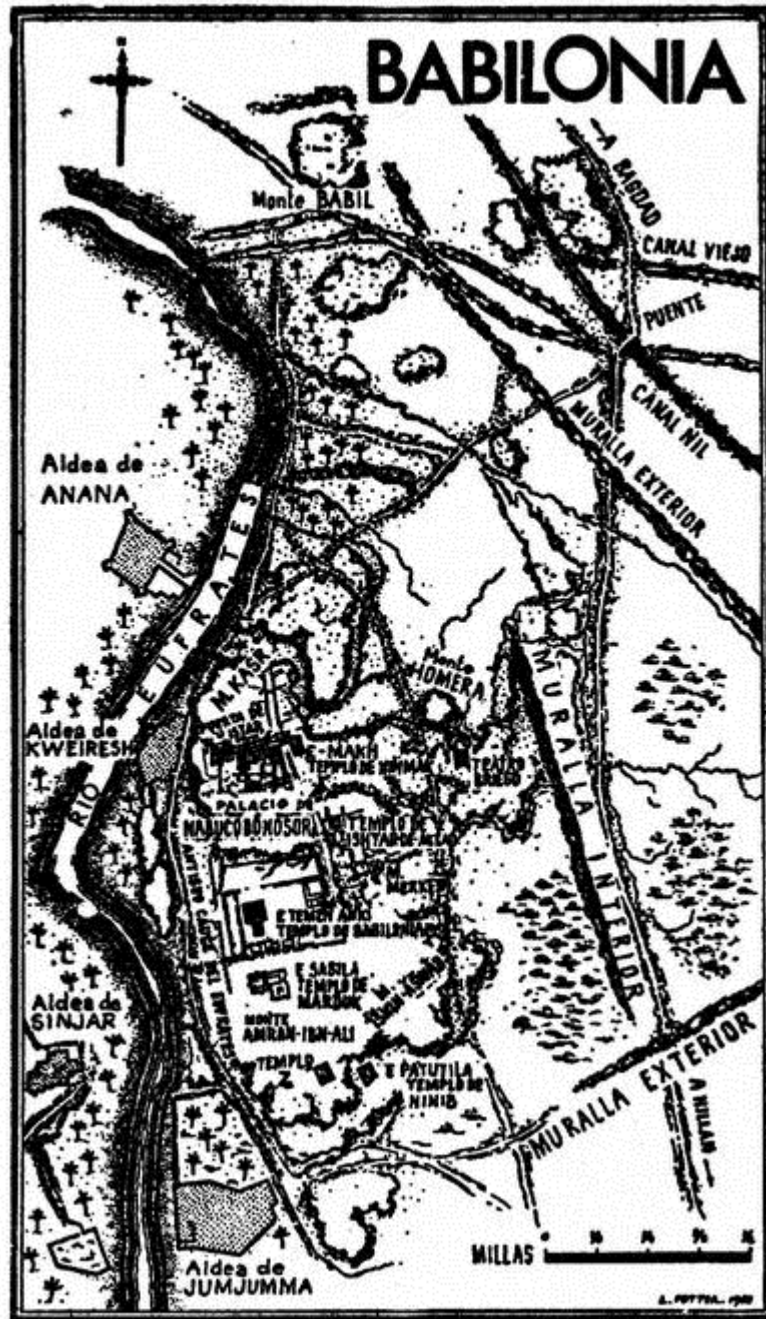
salvó del Diluvio, encuentra en el héroe sumerio Utu-Napistin, un cierto paralelismo de líneas. Claro está que en el mundo bíblico todo queda proyectado dentro de un monoteísmo que se diferencia radicalmente del mundo naturalista mesopotámico.

Pensemos, además, que Abraham y su familia, bajo la intimación de Jehová, partió de Ur, al sur de Babilonia, siguiendo la ruta a lo largo del Eufrates, hasta llegar al pie de los montes de Armenia, en Harrán, en donde la familia o clan de Abraham se dividió; parte se quedó allí, en la alta Siria, tierra rica en pastos, mientras que Abraham, con el resto de su gente, fiel al mandato del Señor, continuó su viaje para ir a establecerse en los oteros de Canaán, tierra que el Señor había prometido en propiedad a su descendencia.

Pues bien, esta relación de procedencia de la familia de Abraham nos puede explicar buena parte de aquellas afinidades entre algunos relatos genesíacos y otros de la vieja religión mesopotámica. Abraham representaría él elemento accadio, semita, que, partiendo de los aledaños del desierto sirio-arábigo, se beneficio de la vieja solera sumérica, y con esa refundición se dio paso a la cultura babilónica. Pero Abraham, aunque procedía de ese ambiente, emigró de la ciudad de Ur para encaminarse hacia la alta Siria, hacia Harrán y luego hacia Canaán. Así es que, junto con aquellas viejas relaciones, hemos de subrayar esa ruptura, que confiere una personalidad especial a los Patriarcas y a su mundo bíblico. Uno de los períodos de la historia de Babilonia que guarda notables contactos con el mundo de la Biblia es el reinado de Hammurabi, con quien empieza una edad de oro para Babilonia, Hammurabi fue el monarca babilonio que destruyó el potente reino de Mari, situado junto al curso del Eufrates, en Abu Kemal. Se había conjeturado que el Amrafel bíblico, que tuvo relaciones con Abraham, según el conocido episodio de la guerra de los cuatro reyes, podía ser el Hammurabi babilonio, pero hoy se ha abandonado tal identificación. En cambio, no hay duda que se pueden establecer interesantes puntos de contacto entre el célebre código babilónico de Hammurabi y algunas prescripciones de la legislación levítica, pero con una tendencia ya más depurada y espiritual en ésta, respecto del código babilónico.

La época de más frecuentes relaciones entre Babilonia y el mundo bíblico es la época de las postrimerías del reino de Judá, Así como Samaría fue víctima de los reyes de Asiria, el pequeño reino de Judá, que sobrevivió poco al de Samaría, fue, a su vez, víctima del célebre rey de Babilonia, Nabucodonosor. Babilonia había sido la heredera de Asiria, y los tiempos de Nabucodonosor fueron de signo verdaderamente imperial. En tiempo de los últimos profetas la imagen de Babilonia, con todo lo que suponía esta gran potencia, era como una obsesión para los judíos, si bien en Jerusalén, según nos atestigua Jeremías, existían dos partidos, el filobabilónico y el filoegipcio. Nabucodonosor dio fin al reino de Judá, se apoderó de Tiro; pero vendrían también días de abatimiento sobre Babilonia: los persas acabarían con su pujanza; y finalmente, la gran ciudad, como anunciaran los profetas, sería un montón de ruinas, y los chacales aullarían junto a la puerta de la diosa Ishtar. Pero el prestigio de Babilonia no había de terminar, ni el impacto de su cultura (matemática, astronómica, mágica) dejaría de influir poderosamente en las culturas posteriores, Herodoto quiso visitar la antigua ciudad y aun en tiempos cristianos los ecos culturales y el saber de Babilonia no se apagaron para los autores judíos y árabes.

DR. J. M. MILLAS VALLICROSA Catedrático de la Universidad de Barcelona



INTRODUCCIÓN

La historia de Babilonia ha sido siempre objeto de pintorescas leyendas y especulaciones, incluso desde los primeros escritos de la humanidad. Actualmente ha empezado a tomar forma como auténtico documento histórico, ensamblado pieza por pieza durante el último siglo por las investigaciones arqueológicas. Pero todavía quedan muchas lagunas. No sabemos prácticamente nada del origen de la ciudad; sólo sabemos que en los más remotos tiempos se alzaba en ella un templo. Antes del siglo XVIII a. de J.C. Babilonia era, al parecer, un lugar sin ninguna importancia; y, no obstante, en algún momento de dicho siglo, surgió de la oscuridad y se puso en primer plano, como una ciudad ya madura y perfectamente capaz de tomar la dirección del mundo. A partir de aquel momento ya nos hallamos mejor equipados para poder ir siguiendo sus fortunas y sus desventuras, a pesar de que las pruebas que tenemos son muy incompletas y, en parte, discordantes. Las excavaciones prosiguen en la hora actual en todo el Iraq y existen aún millares de documentos por descifrar. La formidable cantidad de material desenterrado, disperso —en su mayor parte— por los museos del mundo entero, plantea un arduo problema al historiador y, como consecuencia de todo ello, muchos de los datos vitales para explicar este período se hallan todavía sujetos a disputa y controversia. Sin embargo, los descubrimientos efectuados hasta la fecha han revolucionado las ideas históricas de nuestro tiempo, y de ellos ha surgido un notable panorama de las proezas humanas realizadas en esa parte del mundo.

El rápido apogeo de Babilonia, saliendo de la nada para encaramarse en la cumbre de la historia no constituye un hecho único y aislado. Otras ciudades antes que Babilonia alcanzaron una supremacía absoluta en la historia de Mesopotamia. Lo que ya resulta mucho más notable es el hecho de que Babilonia pudiera retener su posición de influencia en el mundo antiguo durante mucho más tiempo que cualquier otra capital de su época. Sobrevinieron muchas vicisitudes, una tras otra; la ciudad fue saqueada dos veces y cayó bajo la dominación extranjera durante largos períodos; incursiones e invasiones se prosiguieron con intermitencias durante todo el transcurso de su historia, pero tuvieron que transcurrir, todavía, doce siglos antes de que Babilonia perdiese su independencia, y aún entonces fueron precisos otros 200 años antes de que su influencia se desvaneciera, por completo, del mundo mesopotámico.

Evidentemente no fue por la fuerza de las armas por lo que Babilonia mantuvo su posición culminante, a pesar de que, si no hubiera contado con éxitos militares, su fama, en un mundo belicoso como lo era aquél, se habría visto seriamente socavada y su riqueza y poderío habrían quedado reducidos a la nada. En realidad fue el impacto de su cultura sobre el Asia Occidental lo que le granjeó el respeto de las demás naciones. La literatura, el arte, la religión, la jurisprudencia y las empresas científicas, todo en conjunto, expresaban en Babilonia una notable armonía de intención. Desde el principio, los babilonios habían demostrado que formaban parte de una comunidad sumamente civilizada y desarrollada, con enraizadas tradiciones de pensamiento y conducta, inspiradas y sostenidas por sus creencias religiosas. Su gran dios era el Creador del Universo, que había ordenado el prevalecimiento del orden y de la equidad; al hombre sólo le tocaba obedecer. Y, al buscar la manera de establecer el orden y la equidad, los babilonios se mostraban prácticos y emprendedores. La ingeniosidad técnica, el espíritu emprendedor y el sentido común aunados produjeron grandes resultados. Una vigorosa política comercial atrajo el interés del extranjero y, muy pronto, la escritura y el lenguaje babilonios fueron utilizados tanto en la correspondencia diplomática como en la comercial de los países vecinos. La necesaria perfección lingüística fue probablemente alcanzada gracias a la literatura religiosa, que constituía una rica fuente de instrucción. Así pues, el derecho, la economía, la ética, la poesía, las matemáticas, la mitología y la magia, disciplinas conocidas de los

sacerdotes y eruditos de Babilonia y archivadas por ellos, estaban a disposición de cualquier persona que quisiera estudiar su idioma, permitiéndole que pudiese extender y propagar su sabiduría por el extranjero.

¿Quiénes eran los babilonios y cómo se originaron sus ideas y tradiciones? ¿Cuáles fueron los factores determinantes de su éxito? Para poder responder a estas preguntas con alguna certidumbre tendríamos que saber mucho más de lo que actualmente de ellos sabemos. Las investigaciones modernas han demostrado que la cultura babilónica floreció en un período relativamente avanzado de la historia de Mesopotamia. La civilización de Sumer, con la que la de Babilonia tenía estrechas afinidades, había florecido más de mil años antes. Y los antecesores de los sumerios se hallaban en colonias establecidas en las tierras altas, cuya remotísima antigüedad nos es desconocida. Lo más curioso es que el advenimiento del hombre en esta región y en sus alrededores se distingue no sólo por su fabulosa antigüedad, sino también por la notabilísima cultura que se presenta ya de buenas a primeras en un gran número de lugares. El pueblo que se estableció junto al Tigris y el Eufrates parece que estaba dotado desde los más remotos tiempos de estupendas facultades creadoras.

Uno de los inventos más notables que se pueden atribuir a la civilización mesopotámica es el del arte de la escritura. Al principio del tercer milenio a. de J.C., el arte de la escritura ya parece estar firmemente establecido en Sumer, cuyos documentos marcan el comienzo de los tiempos históricos. Ignoramos cuándo o dónde la escritura fue introducida como medio sistemático para llevar un mensaje, pero es razonable suponer que se originaría como respuesta a alguna necesidad urgente. Desde los tiempos más remotos ya se observa la presencia de marcas en diversos tipos de cerámica y en muchos instrumentos de hueso; la necesidad de indicar la propiedad de un objeto se dejaría sentir muy tempranamente, y tan pronto como se empezó con el intercambio de artículos hubo que inventar algún sistema de etiquetaje o hasta de numeración, pero un verdadero registro de las transacciones, tal como se encuentra en algunas de las tabletas de arcilla más antiguas, parece haber sido una idea relativamente tardía. El procedimiento inicial era sencillísimo : un trozo de caña y un ladrillo de arcilla blanda, que conservaría las marcas una vez secado al sol. Pero este procedimiento implica otras cosas; al aprender, no sólo a valorizar la propiedad, sino también a evaluarla en términos de los otros artículos requeridos, el hombre descubrió la necesidad de formular un sistema comercial para lograr sus fines. Y podría ser una buena razón para ello el hecho de que estuviera acantonado a bastante distancia de los materiales vitales.

En los bordes de Mesopotamia ya se habían establecido grandes innovaciones desde hacía mucho tiempo. En el Iraq septentrional, en Anatolia y hacia el este, en la meseta del Irán Occidental, desde el quinto milenio a. de J.C. se habían estado desarrollando otras comunidades civilizadas, que habían llegado a dominar el arte de la metalurgia y habían inventado la rueda de alfarero, y al mismo tiempo habían resuelto el problema del transporte por medio de los animales de carga, de los bueyes de tiro, de los vehículos con ruedas y de las embarcaciones. Algunos de sus artículos de cerámica se cuentan entre los más bellos que jamás haya producido el hombre, tal como es, por ejemplo, la cerámica pintada de Tell Halaf, al norte del Eufrates. Los amuletos y los sellos ya estaban en uso, y los templos y las casas estaban edificadas con ladrillos amoldados, secados al sol, y hasta en algunos casos los edificios eran de piedra. El origen de estas colonias es difícil de precisar, pero es evidente que, durante algunos millares de años, antes de los tiempos históricos, las montañas, las estepas y las mesetas de esta región ofrecieron un gran atractivo para el hombre como ambiente residencial. Y, por las pruebas que tenemos, parece ser que, aunque el intercambio comercial no era desconocido entonces, estas comunidades eran relativamente autárquicas y autosuficientes y que los artículos esenciales les eran fácilmente accesibles. En tales circunstancias, pues, no había ningún incentivo para

conservar registros detallados, como tampoco había material a propósito para hacerlo.

Si los hombres que formaban parte de estas antiquísimas comunidades hubieran sabido escribir, al menos en alguna forma que actualmente pudiera ser leída, se habrían ganado gran parte del prestigio que ahora se atribuye a Sumer, porque su cultura era también considerable y lleva el marchamo de una genialidad originalísima. El larguísimo período de colonización que precedió a la aparición de los sumerios debería ser considerado según un contexto geográfico, ya que la Mesopotamia es una región que ha sufrido considerables cambios durante el curso del tiempo.

Tanto el clima como el mismo suelo hubieron de haber hecho la vida allí difícil e incierta para sus habitantes humanos, recabando constantemente todos los recursos del ingenio del hombre. En los tiempos prehistóricos el mar se extendía tierra adentro, hasta llegar a cierta distancia al norte de Bagdad, o sea a unos 640 kilómetros de la costa actual, y los dos grandes ríos, separados por un gran trecho de desierto, desembocaban en el mar a 100 kilómetros de distancia uno de otro. Ambos ríos nacen en las montañas de Armenia, precipitándose desde grandes y escarpadas alturas en el Iraq septentrional, para depositar luego ingentes cantidades de limo en las llanuras del estuario. Este proceso, continuado a lo largo de los siglos, condujo a la formación de un gran delta, principalmente en la época en que gradualmente las aguas del Tigris y del Eufrates se fueron confundiendo, de modo que la costa fue empujada más y más ante la acumulación de depósitos aluviales. Cuando las primeras ciudades estados sumerias surgieron en el delta, en el cuarto milenio a. de J.C., Ur y Lagash se hallaban junto a los terrenos pantanosos y las marismas que orillaban la costa. Las marismas siempre jugaron un papel muy importante en la vida mesopotámica; se las alude frecuentemente en la literatura y se las ve representadas en los relieves, muy posteriores, de Senaquerib de Asiría, en su famosa «Guerra de las Marismas».

En las llanuras aluviales del Iraq meridional, el suelo es potencialmente muy fértil, igual que en el Valle del Nilo, pero requiere que se le preste más atención. Los antiguos egipcios tenían pocos problemas agrícolas; su soleado valle estaba ampliamente fertilizado y regado por las inundaciones regulares del Nilo, y la irrigación allí era una cuestión relativamente sencilla. Pero en Mesopotamia el hombre tuvo que batallar constantemente contra los elementos. Los habitantes de las llanuras del sur no podían confiar nunca en la naturaleza. Las lluvias eran inciertas y, a menudo, insignificantes, y los ríos de los que dependían para el riego arremetían, de vez en cuando, con inundaciones súbitas y totalmente imprevisibles. Durante la primavera y a principios del verano se podían producir tremendas catástrofes en la cosecha y el ganado, causadas por la temible fuerza del agua que barría el país, procedente del norte, a consecuencia del deshielo de las nieves de Armenia. Por otra parte, en la llanura, los meses estivales, que duraban hasta bien entrado el mes de noviembre, eran bochornosos e insoportables y el sol quemaba la tierra y la cosecha; a menudo se hacía necesario alimentar el ganado con pienso almacenado y cuidadosamente racionado. Sin embargo, los primeros pobladores de Sumer consiguieron, dando pruebas de mucho ingenio y diligencia, dominar el agua y sacar el mayor provecho del suelo. Su sistema de irrigación, bien trazado, complejo y rigurosamente mantenido, les granjeó una prosperidad que nadie hasta entonces había alcanzado.

Más arriba, en los valles, las estepas, las altiplanicies y las montañas del norte, se producían catástrofes periódicas debido a las grandes lluvias. Las numerosas y extensas inundaciones han constituido una de las principales características de la región del Tigris y del Eufrates en todos los períodos de la historia, y, a juzgar por las muchas alusiones que de ellas se encuentran en los textos antiguos, constituían un considerable problema en la administración y gobierno del país. En el distrito de Mari,

por ejemplo, un gobernador del siglo XIX a. de J.C. informó a su superior que el Habur, afluente del Eufrates, había salido de madre y, como consecuencia, 300 acres de tierra se hallaban sumergidos por las aguas; las lluvias torrenciales habían demorado la trasquila de las ovejas, la cual, en consecuencia, duraría el doble, ya que todavía quedaban cien ovejas por esquilar. En el famoso Código de Hammurabi de Babilonia, que es aproximadamente del mismo período, encontramos tal vez el primer reconocimiento en la ley de una «Obra de Dios»: «Si alguien debe ostensiblemente algo a su señor y Adad (Dios de la Lluvia), se hubiere inundado su campo o la inundación lo hubiere asolado o por falta de lluvia no se hubiese producido grano en el campo, no deberá entregar ninguna cantidad de grano a su acreedor durante aquel año, sino que cancelará su tableta de contrato y no pagará interés alguno durante aquel año». Asurbanipal, que reinó en Asiria durante el siglo VII a. de J.C., se refirió más de una vez a las grandes y excepcionales lluvias: «En aquel tiempo, la muralla interior de la ciudad de Nínive... cuyos cimientos habían cedido y había caído su torre, a causa de los grandes chubascos y abundantes lluvias que Adad había mandado todos los años sobre mi tierra durante mi reinado..., habían envejecido y la muralla se había debilitado...» Y, de nuevo, y esta vez con evidente preocupación: «Desde que me senté en el trono del padre que me engendró, Adad me ha enviado su lluvia, Ea (dios del agua) ha abierto sus fuentes, los bosques han crecido copiosamente, las cañas de las marismas se han desarrollado tanto que no hay manera de pasar entre ellas. En consecuencia, los cachorros de león han crecido y se han desarrollado allí en número incontable... se han vuelto feroces y terribles por haber devorado vacas, ovejas y personas. Con sus rugidos resuenan los montes y los animales del campo están aterrorizados. Los leones siguen matando las reses de la llanura y vertiendo la sangre de los hombres. Los pastores y ganaderos lloran por causa de los leones... «Los pueblos se lamentan y lloran día y noche. A causa de las depredaciones de los leones, según me han dicho. En el curso de mi marcha hacia... sus lares, rompí...». Esta inscripción nos explica tal vez el origen y razón de ser del deporte real, o sea la caza del león, practicada con evidente éxito por Asurbanipal y descrita gráficamente en el famoso Friso de los Leones, existente en la actualidad en el Museo Británico. Que las catástrofes producidas por las inundaciones eran muy familiares para los asirios es evidente por lo que se lee en muchas inscripciones de este rey guerrero en las que se describe cómo había asolado a las ciudades enemigas igual que una inundación.

Pues bien, el mismo problema existe aún en el Iraq moderno. Una reciente información se ha referido a unas lluvias excepcionalmente abundantes, ocurridas en aquel país, con el Tigris desbordado, hasta tal punto que Bagdad se ha visto amenazada con una de las peores inundaciones de la historia. Se interrumpieron las comunicaciones con el norte del país, pero las nuevas medidas tomadas contra las inundaciones parecen haber sido eficaces. Sin embargo, ha habido numerosas ocasiones, en otro tiempo, en que todo esfuerzo humano fue inútil, las defensas de la ciudad y del campo se hundieron y gran número de personas fueron arrastradas por las aguas.

Por consiguiente, nada tiene de sorprendente que, como señala Seton Lloyd al explicar y discutir los más antiguos documentos sumerios: «Un hecho sobre el que todos los cronistas... parecen estar más o menos de acuerdo es que el primer hito importante de la historia fue una gran inundación o diluvio». Ello, según los escribas más antiguos, causó una larga brecha en la sucesión real; después del primer grupo de reyes, entonces vino el Diluvio, y después del Diluvio, la monarquía volvió a descender sobre la tierra desde las alturas. Las excavaciones arqueológicas han proporcionado, efectivamente, pruebas de que hubo un Diluvio o una formidable inundación en cuatro de las ciudades sumerias más antiguas, pero las respectivas estratificaciones demostraron que estos diluvios correspondían a cuatro diferentes períodos. En una tableta escrita en sumerio, procedente de Nippur, se describe la historia de un Diluvio, muy parecido al de la Biblia, y otra historia similar está

contenida en el Poema de Gilgamés, relatado en los textos accadianos de la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive. En este último texto, que es el mejor conservado de los dos, un patriarca que vive en Shuruppak, a la orilla del Eufrates, llamado Utu-Napistin es advertido por el dios Ea del siguiente modo:

¡Derriba esta casa! ¡Construye un barco!...

... A bordo del barco, embarca la simiente de todos los seres vivos.

El barco que tú construyas

Tendrá unas dimensiones hechas a medida.

Igual será su longitud que su anchura

Y Utu-Napistin, no sin vencer grandes dificultades, construyó y botó su barco, cargado con sus parientes, con toda clase de seres vivos, con plata y oro, y cerró las escotillas, asegurándolas con listones de madera.

Vigilé el cariz del tiempo.

El tiempo presentaba un aspecto sobrecogedor

...Una gran consternación por Adad llega hasta los cielos, etc.

Convirtiendo en oscuridad todo cuanto había sido luz

¡La (extensa) tierra quedó aplastada como (un puchero)!

Durante un día (sopló) la tormenta del sur

Aumentando de violencia mientras tanto (sumergiendo los montes)

Arrollando a la gente como en una batalla.

Nadie puede ver a su vecino,

Nadie puede ser reconocido desde el cielo.

Seis días y (seis) noches

Sopla el viento del diluvio, mientras la tormenta del sur barre la tierra.

Cuando llegó el séptimo día...

...El mar se apaciguó, la tempestad amainó y cesó el diluvio.

Miré el tiempo; se había restablecido la calma.

... Y toda la humanidad había vuelto a la tierra.

El paisaje era tan plano como una azotea.

Abrí una escotilla, y la luz me dio en la cara.

Inclinándome profundamente me senté y lloré,

Las lágrimas resbalaban sobre mi rostro.

... Sobre el Monte Nisir embarrancó el barco.

El Monte Nisir mantuvo firme al barco.

Sin permitir que se moviera...

... Eché a volar una paloma.

La paloma voló, pero volvió;

No halló sitio donde posarse y volvió.

... Luego eché a volar un cuervo.

El cuervo voló y viendo que las aguas habían bajado de nivel,

Se pone a comer, a volar y a graznar y no vuelve.

Entonces solté (a todos) a los cuatro vientos

Y ofrecí un sacrificio...

Al parecer, pues, desde los más remotos tiempos, los habitantes de la Mesopotamia fueron instruidos sobre la historia del Diluvio de un modo muy parecido a como fue redactada más tarde en las Crónicas hebreas. Hay que suponer que uno de esos diluvios prehistóricos, seguidos de ingentes inundaciones, posiblemente una extraordinaria trasgresión del mar, mucho más devastadora que las precedentes y subsiguientes, arrastraría a casi toda la población. Todas las personas y acontecimientos pertenecientes a la época antediluviana, reyes, dioses y héroes inclusive, quedaron pues asignados, por parte de los cronistas posteriores, a una vaga mitología que comprendía un período indefinido. Pero, a pesar de lo que la literatura les enseñaba sobre lo que había ocurrido en un pasado remoto, los habitantes de las orillas de los dos grandes ríos no necesitaban que se les recordase tales cataclismos, puesto que el peligro constante persistía y requería una vigilancia incesante.

En términos de climatología y geografía física en general, la región del Iraq comprendida entre el Tigris y el Eufrates abarca dos regiones distintas, la del norte y la del sur, que, con el tiempo, fueron conocidas respectivamente como Asiría y Babilonia. Ninguna de estas dos regiones era realmente agradable para vivir, pero ambas poseían un excelente potencial para la existencia humana. La abrupta tierra del norte, con sus duros inviernos, torrenciales lluvias y violentas tempestades estivales, estaba, por otra parte, muy cerca de los ricos recursos minerales de Anatolia, con sus abundantes yacimientos de oro, plata, cobre, plomo y hierro. Los bosques del pie de los montes daban madera en abundancia, y, además, los mismos montes proporcionaban piedra caliza de fácil obtención, aunque no siempre de buena calidad. Como hemos visto, tampoco faltaba el agua; los cereales, los árboles frutales y los viñedos podían quedar maltrechos a causa del mal tiempo, pero crecían fácil y profusamente por las laderas de las montañas o de los cerros. Los pastos eran buenos y podían mantener grandes rebaños. En las tórridas llanuras del sur, por otra parte, el ingenio del hombre era su mayor caudal. Allí no había ni madera ni piedra; había, en cambio, palmeras datileras y cañaverales en abundancia y, por otra parte, el cultivo de los cereales requería una estricta conservación de los canales. El subsuelo producía nafta y betún, este último producto, especialmente, considerado como muy valioso; pero la materia prima de la que el colono tenía que depender para su albergue y para almacén de grano era la arcilla, secada en forma de ladrillos o cocida al fuego en diferentes formas de alfarería, utilizable para todos los usos domésticos. A medida que se fue retirando el mar, dejando grandes extensiones de tierras de aluvión y traicioneras marismas, unos pequeños grupos de colonos empezaron a aventurarse por aquellos parajes, bajando de las montañas y mesetas del norte. Estos colonos, que, al parecer, vinieron primero del Irán, luego de Anatolia y después otra vez del Irán, eran unos habilidosos artesanos y arquitectos, y cada comunidad sucesiva que invadió el país fue mejorando y adaptando sus procedimientos artesanos. En Uruk, por ejemplo, la Erek de la Biblia, ya habían hecho su aparición impresionantes monumentos. Había allí palacios y templos, y un santuario construido sobre una plataforma elevada, precursor del *ziggurat* que llegó a ser la característica central de toda agrupación urbana sumeria o babilónica. Esta arquitectura primitiva estaba cuidadosamente planeada; eran edificios bien trazados, simétricos y pintorescamente decorados con unos mosaicos a base de conos de arcilla pintados con alegres colores y dispuestos en dibujos geométricos. En Uqair había unas pinturas murales dispuestas en una serie de tonalidades, con un zócalo de color unido en la base, y

encima dibujos geométricos en colores diversos, coronados por una procesión de figuras, algunas humanas y otras, posiblemente, representando animales mitológicos. Dos figuras de animales, al parecer leones o leopardos, guardaban el altar, y también había unas cuantas figuras, esculpidas en la piedra, en relieve. Esos arquitectos y escultores procedían de Anatolia y fabricaban una cerámica muy característica, totalmente distinta de la de sus predecesores. En esta misma época aparecieron los primeros signos pictográficos en las tablillas de arcilla, y con el advenimiento de una nueva ola de inmigrantes hacia el final del cuarto milenio a. de J.C. nos encontramos con un notable progreso en la sistematización de la escritura. Esta última fase, antes de que amaneciera el período sumerio propiamente dicho, el cual se distingue, en gran parte, por la aparición de las listas oficiales de reyes, produjo esculturas de gran belleza, tanto en relieve, como corpóreas, y entre ellas llama la atención una cabeza en mármol de tamaño natural. Como no existía piedra en el delta, es evidente que se había iniciado una fase de franca expansión comercial.

Las llanuras y marismas no permitían seguramente una vida fácil, pero acaso el mayor incentivo que tuvieron aquellos pobladores primitivos para establecerse allí, aparte de la abundancia de pesca y volatería, fuera la socorrida palmera datilera que, de un año para otro, produce su nutritiva fruta y otros valiosos productos secundarios: vino de dátil, huesos de dátil y productos para fabricar esteras, cestos, techumbres, troncos para columnas y fibra para cuerdas. Una vez la cosecha de cebada dio el ochenta y seis por uno, y tal como está inscrito en los textos del tercer milenio a. de J.C., los colonos estuvieron en condiciones de producir mucho más de lo que requerían para sus propias necesidades. Los dátiles y la cebada constituyen aún actualmente los principales productos de exportación del Iraq. Como se comprende, el comercio era una actividad de una importancia principalísima para los pueblos de la llanura. La piedra de buena calidad era apreciadísima, la madera utilísima y los metales indispensables. También se necesitaba lana, tal vez algodón y cuero, así como objetos de lujo, tales como el lapislázuli y otras piedras preciosas, conchas, frutas finas y vinos.

Hasta qué punto los sumerios constituían una raza distinta, que suplanto o absorbió las comunidades primitivas de la región del delta, es cosa que ignoramos. Eridu, según la tradición, era la ciudad más antigua de Sumer, y las excavaciones realizadas en el lugar donde estaba emplazada han revelado la existencia una larga serie de templos de la época de los primeros colonizadores de aquella región. Estos templos estaban edificados según la misma pauta que los de la época histórica de Sumer, y parecen haber sido dedicados a uno de los principales dioses de la religión sumeria. Este dios se llamaba Enki, y más tarde fue llamado Ea por los semitas. Era señor de la tierra y dios de las aguas dulces que rodeaban la tierra, y también dios de la sabiduría y de la magia; en algunas ocasiones se le llamaba Señor del Abismo. Según la leyenda, este dios construyó en Eridu una casa de plata y lapislázuli, como un rayo de luz centelleante. La religión, que es la característica central de la vida sumeria, estaba profundamente arraigada en creencias prehistóricas.

El panteón sumerio era complicadísimo. Para poder interpretar adecuadamente su significado será necesario esperar que se haya completado la traducción de una gran parte de documentos literarios, de los cuales sólo una parte ínfima ha sido publicada hasta la fecha; sin embargo, ya se conoce lo suficiente para poder distinguir la existencia de un sistema religioso coherente, con dos temas principales, estrechamente relacionados: el establecimiento del orden a partir del caos por los diversos grandes dioses de los elementos y el ciclo de la muerte y la resurrección, asociado al antiquísimo concepto de la diosa madre y del dios de la fertilidad. Entre una verdadera multitud de otros dioses, tienen su representación el sol, la luna y el planeta Venus, el último de los cuales, que se convirtió luego en la diosa semítica Ishtar, era también la diosa del amor y de la guerra. También había

una gran variedad de demonios y malos espíritus, a cuyas maquinaciones se atribuían las enfermedades y las desgracias, y que tenían que ser rechazados por medio de la magia y los hechizos.

Uno de los mitos sumerios habla de la Montaña del Cielo y de la Tierra. Según parece, *an-ki*, o sea el cielo y la tierra unidos, o, en otras palabras, el universo, estaba concebido como una montaña cuya cumbre era el cielo y cuya falda era la tierra. En Babilonia, el gran *ziggurat*, construido en fecha desconocida, era conocido con el nombre de E-temen-anki, o sea la Casa de la Fundación del Cielo y la Tierra. La organización de la tierra, según los sumerios, era principalmente obra de Enlil y de Enki. Enlil, cuyo nombre volvemos a encontrar en la literatura babilónica, era el dios de la atmósfera; su padre, An, se llevó el cielo y Enlil tomó a su cargo la tierra, causando así *el advenimiento del buen día. ...Produjo la simiente que surgió de la tierra y así afianzó la abundancia del suelo.* Era también Enlil quien escogía a los reyes que habían de reinar sobre la tierra y les confería su autoridad sobre los hombres. Una inscripción de Lugal-zaggisi, antiguo rey de Erech, dice así: *Cuando Enlil, rey de la tierra, hubo entregado el reino de la tierra a Lugal-zaggisi, le hubo hecho prosperar y hubo hecho que la tierra se sometiera a su poder...* En tiempo de Hammurabi, de la primera dinastía de Babilonia, las funciones de Enlil fueron delegadas a Marduk, dios de Babilonia, pero el prólogo a su Código de Leyes está lleno de alusiones a las divinidades sumerias: *«Cuando... Enlil, dios del cielo y de la tierra, el determinador de los destinos de la tierra, determinados por Marduk, el primogénito de Enki, las funciones de Enlil para con la humanidad... En aquel tiempo Anum (An) y Enlil me requirieron para promover el bienestar del pueblo».* Por consiguiente, de ello se deduce que Marduk estaba considerado como el hijo del sumerio Enki, quien, cuando el cielo y la tierra se separaron, reinó sobre las aguas. Marduk asumió las funciones de Enlil, señor de la tierra. Y no era leyenda, sino un hecho demostrado, que la tierra había surgido de las aguas en la región de Sumer y de Babilonia. Marduk, por lo tanto, era el dios creador; y como que la tierra que él había formado era rica, la vegetación que producía era suya, para poder darla o tomarla según el grado en que los hombres obedecían a sus mandamientos. Por consiguiente, Marduk asumió también las funciones de dios de la fertilidad, y de él derivaban su soberanía los reyes, representantes suyos en la tierra.

Esta idea es fundamental en el credo sumerio. Sumer consistía en un puñado de ciudades estados, cada una de ellas con su propia divinidad. La monarquía no era hereditaria. Cada dios poseía un mayordomo humano, que era el rey, que era quien administraba su hacienda, pero el dios seguía siendo el verdadero gobernante, amo y señor del país, y nada podía hacerse hasta que se hubiesen cerciorado de cuál era su voluntad y consejo, por medio de augurios. Cada ciudad poseía templos o santuarios dedicados al culto de un gran número de dioses, aparte de los dedicados a la divinidad particular de la ciudad. Al correr el tiempo, diversas ciudades fueron alcanzando sucesivamente supremacía sobre las demás, pero ello no parece haber afectado a la categoría de los dioses; por ejemplo, uno de los dioses sumerios más importantes en todos los tiempos fue Enlil, pero, por lo que sabemos, la ciudad a la que pertenecía o que le pertenecía, mejor dicho, Nippur, jamás alcanzó importancia política digna de ser tenida en cuenta.

Los sumerios se imaginaban a sus dioses bajo la forma humana y les atribuían emociones y deseos también humanos. El templo era, por consiguiente, de un modo literal, la mansión del dios y allí era donde él vivía en la persona, si así puede decirse, de su estatua, y por lo tanto a ésta había que vestirla y alimentarla. La organización del templo necesariamente jugaba un papel vital en la vida económica y social de la comunidad. Cada uno de los templos (y podía haber varios en una sola ciudad) poseía tierras y era un gran centro de negocios. En esta época también los sacerdotes eran en gran parte los encargados de la administración de la justicia; los juicios tenían

lugar en la puerta del templo, y cuando las partes litigantes tenían que prestar juramento en nombre del dios, la ceremonia tenía lugar en el interior del templo. Los templos mantenían numeroso personal; no pocos de los empleados o servidores del templo eran esclavos. Algunos de estos empleados del templo recibían su sueldo o su ración diariamente; otros tenían que entregar una proporción fija de sus productos al templo y estaban obligados a ser reclutados para el servicio militar. En compensación de sus servicios, el templo se encargaba de su manutención durante todo un año y les proporcionaba trigo, herramientas de labranza y bueyes para el arado.

El principal producto agrícola era la cebada, la cual se entregaba al templo. Parte del grano se utilizaba para pienso del ganado; otra parte iba al templo para la fabricación de cerveza, pero la mayor parte era molida para producir harina. Se abastecía regularmente al templo de pescados de agua dulce y se criaban bueyes tanto para el arado como para aprovechar su carne. El dios tenía dos comidas regulares al día, una por la mañana y otra por la tarde, y en los días de fiesta se le daba además una comida extraordinaria. En la práctica, esto significaba que se colocaba la comida sobre el altar y la divinidad se alimentaba de los sabrosos olores. La dieta sagrada era muy variada: carnero, pescado, pan, harina, mantequilla, fruta, miel y cerveza, y todo ello de la más alta calidad. Las divinidades menores, que formaban parte de la familia divina, también tenían que ser atendidas y cuidadas. Indudablemente, las provisiones de alimentos ofrecidas al dios eran tomadas como gajes por parte de los sacerdotes, y más adelante se hizo corriente la compra y venta de esos gajes. Además de los sacerdotes y del personal directamente adscrito al servicio del templo, tenían que ser mantenidos los panaderos, cerveceros y tejedores. En un pequeño templo, la totalidad de servidores y dependientes era de unos 1.200.

Tanto de los textos como de los hallazgos arqueológicos en general se deduce que las ciudades estados de la primera dinastía de Sumer gozaban de gran prosperidad. Su principal fuente de riqueza era la agricultura, pero también florecían otras industrias como las artes textiles, la metalurgia, la carpintería y muchos otros oficios y artes, lo cual implicaba la importación de muchas primeras materias. En las inscripciones reales se mencionan cargamentos de madera importados del extranjero, pero la evidencia principal de un comercio exterior floreciente se deduce de las excavaciones, especialmente de las del llamado Cementerio Real de Ur. Estas excavaciones produjeron una asombrosa y riquísima colección de muebles, joyas, vasos de oro, de plata y de bronce, armas de oro y de bronce, e instrumentos musicales. El origen más probable del cobre sería Omán o tal vez el Sinaí, ya que en ambas regiones hay yacimientos de cobre con una ligera mezcla de níquel, en proporción parecida a la que el análisis ha demostrado que existía en los objetos de cobre de Sumer. Gran parte del oro era de origen aluvial, posiblemente procedente de los ríos auríferos de Armenia, Nubia y Cilicia; la plata seguramente procedía del Asia Menor. El lapislázuli, al que los sumerios atribuían propiedades mágicas y que usaban en grandes cantidades, es muy posible que procediera del Afganistán, que es donde hay los yacimientos más próximos de dicha piedra. Otra piedra semipreciosa, a la que eran muy aficionados los joyeros sumerios, era la cornelina, que se encuentra en Persia y en el noroeste de la India. Que existió el comercio de la cornelina con la India queda demostrado por la presencia en Ur de cuentecillas de cornelina con unos dibujos blancuzcos. Este tipo de abalorios también se encuentra en la estación india de Harappa, a niveles contemporáneos con el último período de Agade, en Mesopotamia. Hay grandes probabilidades de que las cuentas halladas en Ur sean de manufactura india; también había otras importaciones de la misma región como sellos con dibujos e inscripciones análogas a las que se encuentran en los sellos hallados en Harappa.

Todas estas pruebas de la existencia de un comercio exterior indican, por lo tanto, que durante la primera parte del tercer milenio a. de J.C. o acaso antes, ya

existía un tráfico importante de mercancías desde Siria y el Asia Menor, a lo largo de los grandes ríos hasta el golfo Pérsico y, a través de las montañas, hacia Persia y Beluchistán. Los maravillosos objetos descubiertos en las tumbas reales, cuya ostentosa exhibición puede estar relacionada con algún rito religioso, demuestran que las ciudades de Sumer poseían riquezas suficientes para adquirir artículos de procedencia extranjera en considerables cantidades.

Por consiguiente, nada tiene de extraño que la escritura se hubiese desarrollado en tales circunstancias. Los sumerios de la Primera Dinastía, igual que sus predecesores inmediatos, a quienes a veces se considera también como sumerios, eran gente metódica. El planeamiento inteligente y regularísimo de sus edificios y su afición a los dibujos simétricos son pruebas suficientes del orden que ellos tanto admiraban. También tenían gran capacidad para las matemáticas e inventaron un sistema de numeración que era en parte sexagesimal y en parte decimal. Sus tablas de pesos estaban basadas en lo que un hombre o un animal podían llevar a cuestas, pero también utilizaban las fracciones. El día estaba dividido en 12 horas dobles, y el círculo en 360 partes. La geometría, el álgebra y la astronomía se usaban extensamente en los cálculos necesarios para las cuestiones religiosas y en el campo más práctico del desarrollo agrícola. Como que eran concienzudos servidores de sus dioses, sus templos tenían que ser mantenidos al más alto nivel posible. Los artículos importados eran intercambiados con otros del país, a razón de peso por peso o según una escala oficial de valores. Era necesario anotar el más mínimo detalle de todas las transacciones y redactar contratos que llevasen el sello oficial del gobernante y de otros testigos. Se encargaba a agentes intermediarios la importación de los artículos necesarios para el templo, y los viajes a largas distancias no eran nada seguros. La meticulosidad de los documentos evitaba las disputas. Aunque la mayor parte del comercio se llevaba a cabo en nombre del templo, había margen suficiente en las transacciones para que los particulares pudieran amasar pequeñas fortunas, las cuales tenían que ser anotadas en documentos aparte. Pero hay que tener presente que, en el curso natural de los acontecimientos, la escritura se extendió a la esfera de la literatura religiosa y de los archivos reales; no es posible, por las pruebas de que disponemos actualmente, inferir en qué grado ello estaba relacionado con la doctrina sumeria y no con otra cosa. La invención de la escritura parece haber sido su innovación más importante, y hay que decir que elaboraron este invento hasta llegar a un grado muy elevado de perfección, pero lo que ellos escribieron es muy posible que esté relacionado con ideas y creencias mucho más antiguas. Probablemente los dioses a quienes nombraban en sus escritos habrían sido los de otra raza aún más antigua, adaptados, tal como más tarde los babilonios lo hicieron con los suyos, y lo mismo los hititas y los asirios, y aun los griegos después de ellos, para conformarlos a su particular modo de vida. Es evidente que la mitología sumeria representa un concepto religioso muy antiguo, y de ella se puede aprender mucho sobre otras razas menos articuladas.

Desde el principio el comercio había sido vital para Sumer. Durante los siglos siguientes se fraguó una incesante lucha entre los diversos grupos de población de Mesopotamia y de los países contiguos para la posesión y control de las rutas. Las comunicaciones con el norte y el este, por los valles, siguiendo el curso de los ríos a contracorriente, eran muy difíciles de mantener frente a las tribus montañosas hostiles. Para alcanzar el «este y las costas del Mediterráneo había que atravesar el desierto, entre el Eufrates y Alepo, después de lo cual la ruta más fácil desde Siria al Líbano, Palestina y Egipto era por mar. El Iraq septentrional poseía una red de carreteras que iban por una parte a Anatolia y por otra hacia el este, pero también estaban amenazadas por las tribus montañosas. Los comerciantes de esta época estaban en gran desventaja cuando emprendían largos viajes que comportaban el cruce del desierto; sus animales de carga, los asnos, no podían atravesar grandes distancias sin agua, lo que significaba que los viajes tenían que ser limitados en dichas

regiones a la primavera, cuando todavía se podía encontrar agua en las cisternas y en las charcas que habían dejado las lluvias de invierno. El uso del camello, que facilitó grandemente este problema, no fue conocido hasta mucho más tarde. La seguridad personal del viaje también representaba otro problema; las cisternas estaban celosamente guardadas por ciertas tribus, que consideraban su vigilancia como prerrogativa propia, y las tribus errantes y merodeadoras hacían que los viajes fueran francamente peligrosos excepto para las caravanas numerosas y bien armadas. Los contratos y cartas de una época posterior ilustran claramente con qué cuidado se procedía a la administración y organización del comercio por caravana; en ellos se hace referencia a los depósitos de agua, a los permisos de los conductores de caravanas, a la autorización que tenían ciertas caravanas para poder pasar por ciertas regiones claramente especificadas y a las rutas que había que seguir.

Los mismos ríos eran utilizados tanto como era posible para el transporte, pero la navegación a contracorriente era impracticable al norte de la llanura a causa de la rápida corriente, mientras que la navegación en el sentido de la corriente era peligrosa por la misma razón. Tanto el Tigris como el Eufrates están llenos de bancos de arena, islotes y otros obstáculos. Un método de transporte habitual ya desde los más remotos tiempos consistía en la navegación Eufrates abajo, ya que el Eufrates es algo más regular y estable que el Tigris, por medio de botes de madera o de almadías fabricadas con pellejos de cabra hinchados, conocidos con el nombre de *keleks* y todavía usados hoy en día. Al llegar a Hit o a Deir-es-Zor, en la mitad del curso del Eufrates, se desmontaba la almadía y se volvía a llevar a su punto de partida, por tierra. Además del Tigris y del Eufrates también se hacía gran uso de las otras corrientes de agua que había en el interior del país, por ejemplo, entre Lagash y Nippur, o sea en una distancia de 135 kilómetros; las barcazas tenían que ser llevadas a la sirga a contracorriente, para lo cual se requerían dos semanas, pero el viaje de retorno era cuestión sólo de cuatro o cinco días. También había navegación por el golfo Pérsico, para comunicarse con la isla de Bahrein o, quizás, con la costa de Arabia.

Los mercaderes que no se amilanaban ante las dificultades ni los riesgos de perder vidas y haciendas podían ganar una fortuna si se lanzaban a viajar entre los países mesopotámicos y el extranjero. Gradualmente fueron incrementándose las empresas privadas, y las ciudades estados fueron perdiendo poco a poco el control del mundo de los negocios. Las rivalidades entre estas ciudades y las perpetuas disputas por cuestión de fronteras y de vías de agua fueron socavando su poderío político, y, mientras tanto, la casta sacerdotal había degenerado. Algunos intentos de reforma fueron totalmente infructuosos, pero finalmente la aparición de Lugal-zaggisi en Uruk, hacia el siglo XXIV a. de J.C., se distinguió por una invitación a todos los principales dioses de las ciudades meridionales para que le patrocinaran. Esta intentona imperialista, la primera en su género, fue desbaratada en último término por Sargón de Agade.

Durante muchos siglos se había ido produciendo una infiltración de semitas en Mesopotamia. Eran tribus nómadas que emigraban de los desiertos de Arabia, con sus rebaños, y se sentían atraídos hacia las regiones agrícolas ya colonizadas. Sus tradiciones independientes no facilitaron la aceptación del sistema de gobierno, más despótico, que encontraron en las ciudades estados de Sumer, pero, por otra parte, la oportunidad de compartir la prosperidad económica de dichas ciudades ofrecía grandes atractivos. Durante mucho tiempo guardaron sus antiguas tradiciones de vida pastoral, viviendo en los alrededores de las ciudades sumerias, y fueron gradualmente adoptando la vida sedentaria, estableciéndose en el norte y en el noroeste. En la región de la moderna Bagdad su presencia se identificó con el nombre de Accad. Su aparición como fuerza política puso fin al período ;de la Primera Dinastía de Sumer.

Sargón era el copero del rey de Kish, una de las ciudades estados sumerias. Por primera vez en la historia de Mesopotamia nos encontramos con la descripción de un hombre que se hizo famoso por sus propios méritos. Sargón se proclamó rey a sí mismo e hizo de Agade su capital:

*Sargón el poderoso rey de Accad soy yo.
Mi madre era humilde, a mi padre no lo conocí,
El hermano de mi padre vivía en las montañas.
Mi ciudad es Azupiranu, y está en la orilla del Eufrates,
Mi humilde madre me concibió y en secreto me dio a luz,
Me tiró al río, el cual no (pasó) sobre mí.
El río me sostuvo y me llevó a Akki, el irrigador,
Akki el irrigador me sacó del río,
Akki el irrigador me crió,
Akki el irrigador me nombró su jardinero.
Cuando yo era su jardinero, la diosa Ishtar me amó,
Y durante cincuenta y cuatro años goberné el reino,
Reiné sobre las cabezas negras y los goberné,
Y destruí las poderosas montañas con hachas de bronce.*

Antes de vencer definitivamente al ejército sumerio, Sargón se aseguró de su supremacía en el norte de Mesopotamia, capturando Mari, Asur, Kirkuk y Arbil. También sojuzgó al Elam y luego avanzó por el norte de Siria y por la costa mediterránea. Hay un interesante documento de la época que nos explica cómo cruzó el Taurus e invadió el Asia Menor para ir en ayuda de una colonia de mercaderes mesopotámicos que se habían establecido en Capadocia, trayendo luego a su país *muestras de árboles, vides, higos y rosas del extranjero para su aclimatación en su propio país*. Y una vez en Sumer se dedicó a la reconstrucción de los templos; en el *ziggurat* de Nippur se encontró impresa en un ladrillo la siguiente inscripción: Yo, *Shar-gali-sharí (Sargón), rey de Accad, he construido un templo para Enlil*.

Con el advenimiento del sucesor de Sargon, Naram-Sin, encontramos por primera vez el título oficial de *Rey de Sumer y Accad*, el cual persistiría durante las muchas dinastías que tuvo Babilonia. El imperio sargónida se desintegró al cabo de poco más de un siglo, pero su influencia cultural persistió. El pueblo de Accad había aprendido a escribir en su propia lengua semítica, pero con caracteres sumerios. Su prolongada e íntima asociación con la civilización, más antigua, de Sumer había dado como resultado algo extraordinariamente fértil.

Resulta muy difícil obtener una idea clara de lo que ocurrió en los dos o tres siglos siguientes. Accad fue vencido y sojuzgado por un pueblo *que no conocía la monarquía*, y durante mucho tiempo reinó la confusión en el país. Pero existen muchas pruebas de que las relaciones comerciales establecidas por los reyes accadianos persistieron, especialmente con el oeste, y, durante la breve restauración sumeria que siguió, la gran capacidad semítica para el comercio se hizo progresivamente evidente. Los contratos entre particulares se hicieron mucho más frecuentes y empezaron a formarse grandes haciendas, propiedad de ricos mercaderes que hacían negocios por su propia cuenta, además de los que hacían por cuenta del palacio o del templo. Más adelante, en Larsa aparecieron pueblos o grandes propiedades que llevaban incluso el nombre del ciudadano que era su dueño,

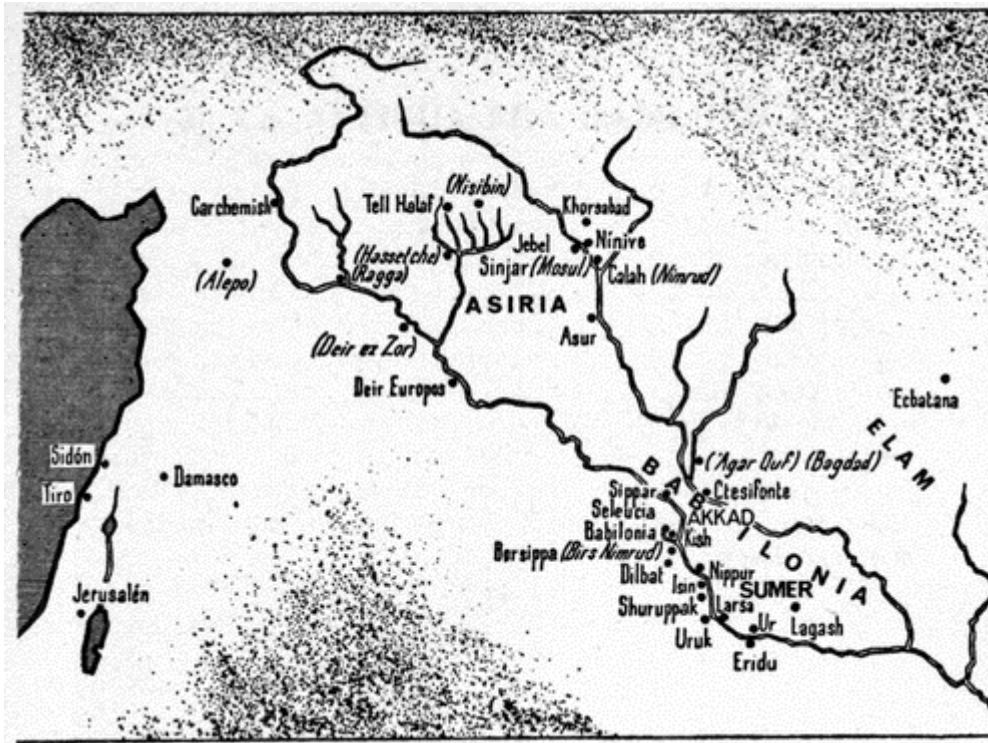
situación que habría sido increíble en la primera época de predominio sumerio. Mientras tanto los escribas habían emprendido una tarea, jamás hasta entonces intentada: habían empezado a redactar las glorias de Sumer en los mil años, ya pasados, de su historia.

A principios del segundo milenio a. de J.C. hubo una nueva corriente inmigratoria de semitas en Mesopotamia. Estos semitas procedían del oeste, de una tierra conocida con el nombre de Amurru, desde donde habían dominado Siria y Palestina. No poseemos ninguna crónica digna de confianza que nos relate los acontecimientos políticos durante el período de su instalación en la región del Eufrates; la historia de los amoritas es, en realidad, totalmente desconocida, aunque se cree que su punto de origen fue Arabia. Lo único que sabemos es que este pueblo fue el que fundó la Primera Dinastía de Babilonia, transformando esta oscura ciudad accadia en una capital. Al hacer esto, realizaron al mismo tiempo dos cosas destinadas a asegurarles una autoridad duradera: se habían establecido en un lugar de gran importancia estratégica para el control del comercio, y habían escogido como capital un antiguo centro religioso de Accad. El lugar donde estuvo Agade no se ha encontrado todavía, pero se cree que es muy posible que estuviera cerca de Babilonia, probablemente algo al norte. Desde el tiempo de Sargon nada más se sabe de ella, aparte de una referencia de la época de Hammurabi donde se cita un templo de Ishtar que estaba allí. Probablemente Agade fue arrasada por las tribus montañosas que acabaron con el imperio sargónida. El redescubrimiento de Agade podría producir un verdadero tesoro de información sobre la historia de Accad. Su posición sería bastante central, pero tal vez menos favorablemente situada que la de Babilonia, la cual estaba precisamente emplazada en el cruce de las principales rutas de comercio internacional. En realidad, Babilonia era un punto de convergencia; el Eufrates y el Tigris unían la ciudad con los países del oeste y del norte, y hacia este había una tercera e importantísima ruta que pasaba por las puertas de Zagros para entrar en el Irán. Las llanuras del sur disfrutaban así de una protección que Sumer jamás había gozado, y la ciudad se hallaba en muy buena posición para dominar los canales y vías fluviales así como el tráfico costero. El hecho de que la vecindad de Babilonia haya sido siempre desde entonces una zona de elección para la fundación de capitales demuestra suficientemente su significado comercial y estratégico, y a eso fue precisamente a lo que debió Babilonia su continuada prosperidad material.

Pero el éxito material, tal como Hammurabi enseñó al pueblo de Babilonia, no era más que el corolario de la supremacía espiritual. Al centralizar la administración de los asuntos sociales y económicos, al robustecer el control del estado sobre el comercio, eliminando virtualmente y por bastante tiempo el provecho particular, al investir los templos con la dirección de los negocios donde llegó a ser en gran parte atribución de las sacerdotisas, Hammurabi no hacía sino seguir la antigua tradición sumeria. Marduk e Ishtar, las principales divinidades de Babilonia, habían sido adoradas ya desde tiempo inmemorial en Accad. Ignoramos, no obstante, hasta qué punto los dioses semíticos habían sido incorporados a la religión de los primeros colonos nómadas que se establecieron en Accad y que gradualmente fueron asimilando las creencias sumerias. Pero lo que sí sabemos es que los orígenes, tanto de Marduk como de Ishtar, se remontan a la religión de Sumer. Babilonia había sido un centro religioso accadio y es razonable suponer que el antiguo templo de Marduk, restaurado por Hammurabi, contenía una rica colección de documentos religiosos derivados de la literatura sumeria y traducidos al accadio, idioma ya empleado extensamente en el comercio y que no presentaba dificultades especiales para los amoritas. Las ideas con que se encontraron Hammurabi y los suyos denotaban una sutil mezcla de elementos sumerios y semíticos: una cultura antiquísima y altamente desarrollada, relacionada con la misma Creación y con los dioses y reyes antediluvianos, y, además, imbuida de un espíritu de independencia y de un vigor emprendedor que ellos podían fácilmente compartir y comprender. Para los babilonios,

el antiguo principio de gobierno según el cual del caos había salido el orden presentaba un gran atractivo. El ingenio práctico y la voluntad de prosperar lo llevaban en su misma sangre. Y a todo ello añadieron un nuevo ideal, el establecimiento de la justicia y de la equidad sobre la tierra.

ELSA COULT



I. LA ANTIGUA ERA BABILÓNICA

A las orillas del Eufrates, en el Iraq meridional, hay el lugar donde antaño estuvo la antigua Babilonia, a ochenta y cinco kilómetros al sur de Bagdad. Ladrillos y escombros, una serie de montículos y de charcas, un pequeño museo y un apeadero del ferrocarril son las principales características que lo distinguen hoy en día. Las ruinas datan de la muerte de Alejandro Magno en Babilonia, en el año 323 a. de J.C., cuando la ciudad fue finalmente abandonada. El viento, la arena y el agua, juntamente con siglos de haber servido de cantera para los habitantes de la región, se han combinado para obliterar lo que antaño fuera la obra maestra de unos hombres geniales. Y a uno se le ocurren las tétricas palabras del profeta Jeremías: *Y entonces las fieras del desierto vivirán allí... y no volverá a ser habitada jamás.*

Parecidas escenas de desolación no son raras en Mesopotamia. La región del Tigris y del Eufrates abunda en antiguos lugares; ciudades de gran fama y belleza, que fueron admiradas por Herodoto, en sus fértiles valles de la antigüedad, han permanecido silenciosamente enterradas durante milenios. La civilización nació y floreció aquí: Sumer, con sus principales ciudades de Uruk, Eridu, Kiss, Ur, Mari, Nippur y Lagash; Accad, cuya capital, Agade, no ha sido descubierta aún; la Primera Dinastía de Babilonia; la Dinastía Kassita; Asiria, con sus grandes ciudades de Khorsabad, Nínive, Assur y Calah (Nimrud), y los neobabilonios. La última mitad del primer milenio a. de J.C. fue un período de dominación extranjera, por parte de Persia, del Imperio Seléucida, de Partia y de Roma. Las ruinas y los montículos de escombros quedan, pero los antiguos esplendores de Mesopotamia han desaparecido casi totalmente de la escena. Fuera de los pueblos y de las zonas cultivadas, el visitante moderno se siente sobrecogido por un sentimiento de grandísima vacuidad; las grandes llanuras yermas no son más que inmensas extensiones de barro seco, entrecruzadas aquí y allá por los antiguos canales de irrigación, desde hace mucho tiempo en completo desuso. Hasta los mismos animales del campo parecen haber abandonado esta paramera con su ardiente cielo de pesadilla; la antigua Babilonia se ha transformado en el reino de las serpientes y de los alacranes. En ese extraño mundo, donde en tiempos remotos se construyeron templos en honor de unos dioses de aspecto terrorífico, donde el viajero sigue los caminos que pertenecieron a reinos desaparecidos y el mismo silencio parece evocar sonos del pasado, es muy fácil perder todo el sentido de los valores y olvidar, bajo la áspera luz, que aquello habían sido verdes llanuras surcadas por ríos y canales. Aún hoy en día pueden distinguirse las antiguas rutas históricas del desierto. Una de ellas va desde Has el Ain, en la Alta Mesopotamia, donde el lugar de Tell Halaf es uno de los más antiguos de la región, hasta Hassetshe, la cual controlaba, a orillas del Habur, una red de antiguas carreteras y rutas de caravanas que se prolongaba hasta Nínive. Otra de estas rutas se dirige al sur, a Deir-es-Zor y Mardin, desde Nisibin, cuyas calles resonaron bajo las ruedas de los carros de guerra de Asurbanipal y que el poeta árabe Ibn Batuta comparó, de un modo ciertamente algo extravagante, con Damasco por la *belleza de sus jardines y el número de sus canales*. Aún otra ruta va de Raqqa, donde los disciplinados legionarios de Alejandro Magno acamparon bajo la sombra del palacio, hasta Dora-Europos, frontera antaño de Europa, a orillas del Eufrates y donde Nicanor fundara una colonia macedónica. Las rutas están pobladas de espectros y recuerdos de implacables conquistadores que pasaron por ellas en busca de una gloria transitoria y perecedera, y por todas partes se ven los restos lamentables de los grandes imperios que se desplomaron. ¿En qué otra parte del mundo se puede encontrar tantas reliquias de civilizaciones periclitadas? Por toda la extensión de Mesopotamia, actualmente desierta en su mayor parte, se establecieron reinos por parte de un sinfín de reyes que gobernaron sobre un territorio que se extendía hasta las playas de todos los mares conocidos y cuyos nombres, no obstante, no significan casi nada hoy para nosotros. Bajo el implacable sol, las ciudades de antaño yacen hundidas en el polvo, como simples recuerdos de un glorioso pasado. Y, sin embargo,

sus reliquias son testigo de la influencia cultural de unas sociedades ricas en genios.

El arte mesopotámico nos ha explicado muchas cosas del pasado, pero nuestros principales conocimientos de los modos de vivir de los asirios y de los babilonios derivan de los documentos conservados durante millares de años entre las cenizas y los escombros. Las tablillas de arcilla, que se han descubierto por millares, y las inscripciones sobre piedra, las obras de literatura y de derecho y los documentos históricos, religiosos y comerciales dan fe de las luchas y los logros de aquellas comunidades civilizadas, poseedoras de tantos dones y tantas cualidades notables. Entre estos documentos se hallan unos calendarios babilónicos de hace más de tres mil años, en los que está inscrita la hora exacta de la apertura de las puertas del Templo de Marduk; y se han descubierto también libretas de trabajos escolares, contratos matrimoniales y hasta el precio de la avena, por no decir el de la victoria, en tablillas como las halladas en Nínive, muchas de las cuales están ennegrecidas por el fuego que incendió la ciudad cuando fue finalmente destruida. Con la ayuda de tanto material ha sido posible reconstruir gradualmente los principales acontecimientos del período durante el cual Babilonia llegó a ser la ciudad más famosa del mundo antiguo.

En la Mesopotamia del sur, los documentos históricos tienen una antigüedad de cinco mil años. Lagash, una de las ciudades estados más primitivas de la región, era una próspera comunidad, gobernada por príncipes independientes que se afanaban en mejorar las condiciones de vida de sus súbditos. En las tablillas de arcilla de este período se encuentran interesantísimos detalles de la vida cotidiana. Los salarios variaban según el tipo de ocupación, la importancia de la misma y su utilidad relativa; así, una mujer del serrallo cobraba treinta *gas* de avena al mes (unos 24 litros), mientras que un mulero cobraba cuatro veces más. Las mujeres que trabajaban cobraban, aparte de su salario, una cantidad suplementaria por cada hijo que tenían. Por consiguiente, los puntos familiares difícilmente pueden ser descritos como una novedad modernísima, puesto que ya constituían un derecho legal en Lagash, en la Mesopotamia del tercer milenio a. de J.C. Los sumerios de Lagash eran un pueblo próspero y satisfecho; eran muy expertos en cuestiones de irrigación y en la fabricación de harina a partir del trigo y de la avena. Se alimentaban de pan con leche, tórtolas y granadas, y sus vinos favoritos procedían de las montañas del este o de sus propias palmeras datileras. El Tesoro Público tenía abundantes ingresos procedentes de las propiedades del templo y del palacio, de los regalos que se ofrecían a los príncipes y de los impuestos, en forma de ganado, pescado y perfumes. El sostenimiento de los templos, los sacrificios, los ritos mágicos y funerarios eran realizados por sacerdotes y, según parece, el último rey de Lagash hubo de llevar a cabo varias reformas drásticas en su intento de poner un freno a la corrupción, siempre en aumento, de los sacerdotes y los funcionarios de la ciudad.

El período correspondiente a la Primera Dinastía de Sumer finalizó durante la segunda mitad del tercer milenio a. de J.C., al subir al poder la dinastía de Sargón de Agade: *Uruk (Erek) fue arrasado con toda clase de armas, y su realeza fue llevada a Agade...* La supremacía accadia tuvo efectos de largo alcance. Sargón de Agade fue un gran monarca, cuyo nombre se ha hecho legendario; impuso su autoridad al norte del

Eufrates y, de allí, a Siria y el Líbano. Su nieto, Naram-Sin, fue no menos ilustre; Naram-Sin fue el dios *de Agade*, que cubrió toda Mesopotamia con templos y palacios, sojuzgó a los elamitas y penetró en el país de los guti hasta el Asia Menor. Fue el primero de los reyes de Sumer y de Accad que tomó el título de *Rey de las Cuatro Regiones del Mundo: Y por el camino donde ningún rey entre los reyes había marchado, Naram-Sin, el rey de Agade, marchó, y la diosa Innana no permitió que tuviera otro rival... Naram-Sin, el poderoso, abrió un camino, y él (Nergal) le dio Aram, Ibla y le regaló Amanus, las montañas de cedros y el Mar Superior.*

Muerto Naram-Sin, el poderío de Agade menguó, Elam reconquistó su independencia y las tribus montañosas descendieron al valle en verdaderos enjambres. En medio de la violencia y confusión que siguió, se hundió la dinastía sargónida, pero el idioma y las instituciones accadias sobrevivieron y perduraron; la lengua semítica había sido extensamente adoptada en Mesopotamia y países circunvecinos, y, durante varios siglos, el accadio fue el idioma oficial de la diplomacia y del comercio internacional.

Hacia el final del tercer milenio a. de J.C. se produjo una notable restauración sumeria, bajo la Tercera Dinastía de Ur, la cual consiguió expulsar del país a los gutis y establecer su dominio en la Baja Mesopotamia y el país de Elam. Los documentos que de este período tenemos son principalmente de índole religiosa, pero otros documentos de carácter comercial indican que el comercio volvía de nuevo a florecer. Las ciudades estados autónomas se federaron con Ur, haciéndose en común y cada uno de ellos por separado responsables de su prosperidad. Y muy pronto Ur fue un gran estado. Había un tráfico constante en la ciudad y en sus alrededores; los correos acudían a ella de todas partes, la navegación fluvial aumentó y las caravanas se multiplicaron. Se veía allí en gran número a los comerciantes extranjeros, como los de Martu y de Kanesh, dispuestos a hacer pingües negocios sin desperdiciar ninguna ocasión. Las grandes llanuras de Mesopotamia, esas mismas llanuras que actualmente no son más que un inmenso desierto de barro, estaban surcadas por innumerables canales, vigilados y cuidados en grado sumo. Las cuentas comerciales de los mercaderes de Ur de hace cuatro mil años eran tan correctas y meticulosas como lo son las de los comerciantes actuales, con informes y estados de cuentas mensuales, balances anuales, archivo de recibos y de salidas, etc.

No parece que hubiera mucha actividad militar durante este período; Ur-Nammu, el fundador de la dinastía, dedicó gran parte de su tiempo a obras piadosas, reedificando y restaurando los templos de las ciudades más importantes. Además, reconstruyó el palacio real y las murallas de Ur, y restauró el gran *ziggurat*, escena del antiguo ceremonial religioso sumerio, y considerado como el eslabón que unía el cielo y la tierra.

La destrucción de Ur en el año 2016 a. de J.C. puso fin a este período de esplendor social y económico de Mesopotamia. Los sumerios no pudieron contener la doble acometida de los amoritas por el norte y de los elamitas por el este. Entre las ruinas de Nippur se halló una elegía dedicada a Sumer:

Cuando derrocaron, cuando el orden destruyeron

Entonces como un diluvio los elamitas consumieron todas las cosas juntas.

¡Cómo te cambiaron, oh Sumer!

Del templo desterraron a tu sagrada dinastía. Demolieron la ciudad, demolieron el templo.

Se apoderaron del gobierno del país...

Tuvieron que transcurrir doscientos años antes de que una nueva ciudad volviera a conseguir una importancia parecida a la de Ur. Con la gradual desintegración del Imperio Sumerio, los gobernantes de Isin y de Larsa lucharon para seguir manteniendo su autoridad, pero el poder que en realidad les sostenía a ellos procedía del Elam, en la llanura de Persia, más allá del Tigris. Allí, en el Elam, en su rica capital de Susa, que en repetidas ocasiones se había hallado en manos extranjeras, surgió una fuerte dinastía indígena, que se aprovechó de la oportunidad de expansionarse hacia occidente, y la ferocidad de los elamitas quedó como proverbial por toda Mesopotamia. Es significativo un texto augural de fecha algo posterior, el cual dice: *Si la estrella del año se levanta de cara hacia el oeste y mira hacia la cara del cielo, si no sopla el viento, ello quiere decir que habrá hambre y que el que gobierne entonces seguirá el mismo destino de Ibi-Sin, rey de Ur, que fue llevado cautivo a Anshan.*

Pero al llegar al siglo XVIII a. de J.C. surgió una nueva potencia en Mesopotamia. Después de larga y dura lucha para conservar su independencia, los elamitas tuvieron que ceder ante el poderío superior de la Primera Dinastía de Babilonia.

La fundación de la Primera Dinastía de Babilonia fue obra de los amoritas, raza semítica conocida por el pueblo *del Oeste*. Babilonia, ciudad accadia desde mucho tiempo considerada como el centro religioso del culto a Marduk, se desarrolló rápidamente hasta llegar a ser una potencia política de primera clase, sólidamente fortificada contra las posibles incursiones de los nómadas, amigos del pillaje, y de los ambiciosos estados vecinos. Con el acceso al trono de Hammurabi, el sexto rey de la dinastía, empezó la primera edad de oro de Babilonia (la segunda fue la de Nabucodonosor, más de un millar de años más tarde). La unificación sistemática de Babilonia bajo el gobierno estrictamente centralizado de Hammurabi no tenía paralelo en la historia de Mesopotamia; al antiguo mundo de Sumer y Accad, con sus reinos de taifas y sus mudables alianzas, donde hasta el calendario variaba de una ciudad a otra, le había faltado el tipo de organización económica capaz de sostener el éxito político. Hammurabi fue el primero de los grandes administradores de la historia; fue un reformador dedicado al servicio de su pueblo: *Anum y Enlil (los dioses del cielo y de la tempestad) me encargaron de organizar el bienestar del pueblo a mi, Hammurabi, el devoto, el príncipe temeroso de Dios, para que hiciera prevalecer la justicia en este país, para que destruyera al perverso y al malvado, para que el fuerte no oprimiera al débil, para que me levantara como el sol sobre los cabezas negras e iluminara el país. Hammurabi, el pastor, nombrado por Enlil, soy yo; el que hace que abunde la afluencia y la prosperidad..., el que restauró Uruk; el que proporcionó agua en abundancia a su pueblo...; el que lleva la alegría a Borsippa...; el que almacena grano para la poderosa Urash; el salvador de su pueblo de la desgracia, que distribuye con toda seguridad la parte que a cada cual corresponde en medio de Babilonia... que se haga justicia al huérfano y a la viuda... Yo establecí la ley y la justicia en la lengua del país, causando con ello el bienestar del pueblo.*

Este prólogo al Código de Hammurabi constituye ciertamente una lección ejemplar de moralidad política. He aquí, pues, un cuerpo de leyes, redactado hace cerca de 4.000 años, con objeto de promover un mayor grado de justicia en los tratos de unos hombres con otros y mejorar la suerte de aquellos que estuvieran directamente relacionados con la prosperidad del reino. El texto se halla inscrito en una magnífica estela de diorita negra, de dos metros y medio de altura, que fue descubierta en Susa en 1902 y actualmente se halla en el Museo del Louvre. Sobre la inscripción hay una escena en bajorrelieve, finamente esculpido, donde se ve al propio Hammurabi recibiendo las nuevas leyes de las manos de Shamash, el dios solar, ante cuya sagrada presencia Hammurabi juró proteger los derechos legales de su pueblo. De acuerdo con los convencionalismos artísticos de la época, el dios se

halla sentado y su adorador, Hammurabi, permanece de pie ante él.

De entonces en adelante, cualquier hombre que no pudiera pagar sus deudas y se viese obligado en consecuencia a venderse a sí mismo como esclavo ante el magistrado tenía garantizada su libertad después de haber quedado durante un período de tres años al servicio de su acreedor. Toda suerte de contratos tenían que ser debidamente redactados y firmados por testigos; si un hombre entregaba algún objeto valioso a otro para que se lo guardara sin testigos ni contrato escrito, *y luego el otro negaba haberlo recibido en el lugar donde se hizo el depósito, el caso no constituye materia litigante*. El fraude y la imprudencia eran severamente castigados: *Si una mujer vendedora de vino... ha hecho que el valor del vino sea menor que el del grano, hay causa contra la vendedora de vino, y, si se prueba el caso, la mujer será arrojada al agua*. Análogamente, *si un arquitecto construye una casa, pero su obra no es lo bastante resistente y luego resulta que la casa que él ha construido se derrumba causando la muerte del propietario de la casa, el arquitecto será condenado a muerte*. Y, tal vez para estimular la eficiencia en el campo de la medicina: *Si un cirujano realiza una operación importante en un señor con una lanceta de bronce y causa la muerte a dicho señor, o abre la órbita de un señor y le destruye el ojo, se condena al cirujano a cortarle la mano*. Por otra parte: *Si el cirujano ha unido y consolidado un hueso roto a un señor, o le ha curado una distensión de un tendón, el paciente dará al cirujano cinco siclos de plata*.

En los antiguos tiempos súmenos, la esposa no tenía derecho a pedir el divorcio. Hammurabi introdujo una serie de reformas sobre el matrimonio; a menos de que pudiera probarse algún acto de infidelidad en contra de ella, se suponía a la esposa en principio casta y sus derechos, juntamente con los de sus hijos, quedaban protegidos. En caso de adulterio, los amantes ilícitos estaban condenados a morir ahogados en el Eufrates; pero, para poder probar que la mujer era culpable, el acusador tenía que enfrentarse con tantos detalles a esclarecer, sin que quedara ninguna duda, que lo corriente era que quedase perdido en un laberinto de argucias legales. La mujer, en Babilonia, no se consideraba como esclava del hombre ni como su inferior; por el contrario (y eso treinta y siete siglos antes de que Occidente hiciera el mismo descubrimiento) era considerada como su igual y gozaba de los mismos derechos legales. Bajo el reinado de Hammurabi, en Babilonia una mujer podía legalmente prestar dinero, comprar bienes inmuebles o arrendarlos, redactar testamentos y aceptar o rechazar contratos. Estaba autorizada a promover pleitos y a testificar ante los tribunales de justicia. En la civilizada sociedad de Babilonia, con sus actividades esencialmente comerciales, el papel de la mujer no estaba relegado a segundo término ni mucho menos.

Antes de la época de Hammurabi, la justicia había sido administrada casi exclusivamente por los sacerdotes, *jueces de las puertas del templo*; pero el rey de Babilonia, para evitar lo que él llamaba abuso *de lo divino*, los sustituyó por jueces seculares, funcionarios palatinos y magistrados locales. Esta drástica reforma estableció el dominio de la ley por toda Babilonia y su imperio, y dejó muy claro para todos que el tiempo de los sobornos y de los favores había terminado y que la justicia derivaría en el futuro, no del dios de Sippar o del dios de Nippur o del dios de Larsa, sino del dios supremo de Babilonia y de su servidor, el rey. Un nuevo espíritu animó al mundo. Más de tres mil quinientos años antes de que la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley fuese decretada por la Revolución Francesa, este mismo concepto ya constaba claramente en el Código de Hammurabi.

Unos párrafos muy imaginativos, entresacados de una de las obras del gran historiador norteamericano James Henry Breasted, retratan los detalles cotidianos que derivarían de la obra de Hammurabi:

«En frases breves y claras, el rey se pone a dictar sus lacónicas cartas,

comunicando sus órdenes a los gobernadores locales de las antiguas ciudades súmenos que ahora él gobierna. El secretario se saca el estilete de caña del estuche de cuero que lleva sujeto en su cinturón y rápidamente recubre su pequeña tablilla de arcilla con líneas de grupos cuneiformes. El escribiente luego espolvorea sobre la blanda y húmeda tablilla un puñado de polvo seco de arcilla; esto es para evitar que el sobre, también de arcilla, con el que ahora envuelve hábilmente la carta, se adhiera a la superficie escrita. Sobre este blando envoltorio escribe la dirección y manda en seguida la tablilla a que sea cocida en el horno.

Los mensajeros le entregan constantemente otras tablillas similares, y del mismo modo cerradas. Este servidor de Hammurabi es un escribiente de toda confianza; es su secretario particular, de modo que es él quien rompe a pedazos los sobres de arcilla en presencia del rey y le lee en voz alta las cartas que le van llegando de todas las partes del reino... La inundación ha obstruido el curso del Eufrates, entre Ur y Larsa, y, naturalmente, una larga hilera de barcas han tenido que amarrar y están esperando. La respuesta del rey ordena al gobernador de Larsa que despeje el canal con la mayor urgencia y lo deje de nuevo navegable...

«El calendario se ha adelantado un mes entero al correspondiente según la estación y el rey envía una carta circular a todos los gobernadores, en la que les dice: "Como que el año presenta una deficiencia, ordeno que el mes que ahora empieza sea registrado como segundo mes de Elul". Pero advierte al mismo tiempo a los gobernadores que los impuestos del mes próximo no deben ser suspendidos a causa de esta modificación, y recuerda firmemente a los recaudadores de contribuciones rezagados cuáles son sus obligaciones, instándoles a pasar cuentas inmediatamente sin excusa ni pretexto alguno...»

«El jefe de los panaderos del templo se encuentra con que las órdenes reales conminándole para que organice una fiesta religiosa en Ur le harán ausentarse de la capital precisamente en el momento en que los tribunales van a dirimir un pleito muy importante para él. Entonces el panadero solicita y obtiene fácilmente del rey que se aplaque la vista de la causa. El interés del rey por las fiestas religiosas parece ser tanto como el que tiene por la justicia, ya que muchas de las cartas por él dictadas se refieren a las propiedades y ala administración del templo, por el que constantemente denota tener grandes preocupaciones».

Así pues, Babilonia, bajo el hábil gobierno de Hammurabi, llegó a ser la verdadera capital política de Oriente, el pivote de la cultura y del comercio. Los grandes adelantos conseguidos por esta notabilísima ciudad parecía que tenían que asegurar la paz y la prosperidad a sus habitantes durante largo tiempo. Pero, desgraciadamente, la paz nunca dura muchos años. Las relaciones amistosas entre diferentes pueblos tampoco continúan indefinidamente. Sólo había transcurrido un siglo desde la muerte de uno de los reformadores más dinámicos y valientes de la historia, cuando el clamor de los hititas, presionando desde Siria, se hizo oír en las orillas del Eufrates.

La invasión de los hititas trajo consigo un inevitable cortejo de desastres. Ciudades prósperas, después de una sola noche de combate, quedaban totalmente muertas y abandonadas. La sangre manaba por todas partes, y las llamas del incendio asolaban Babilonia por sus cuatro costados. Los dioses y los demonios se habían ocultado. Millares de cadáveres eran arrastrados por los ríos hasta el mar lejano. Hubo tumultos, violaciones, deportaciones y el traslado de poblaciones enteras. La caída del Primer Imperio de Babilonia indicó el fin de una fase de civilización en esta región, que había durado varios siglos.

Pero llegó un día en que el gobierno dinástico fue restaurado en Babilonia, esta segunda vez bajo los reyes casitas. La misma ciudad de Babilonia pudo quedar relativamente bien conservada durante este prolongado período de devastaciones y

confusión. Los casitas, dinastía de origen indo-iranio, eran montañeses de la, región de Zagros, que se habían sentido atraídos por los ricos hechizos de las fértiles llanuras que tenían a tiro de saeta. Su dominación estaba destinada a durar varios siglos, tanto que bien puede decirse que la conquista casita fue la de más prolongado arraigo que conoció Mesopotamia.

Durante este período hay un largo intervalo silencioso en los anales de Babilonia. Cuando reaparecen los documentos, es evidente que el escenario ha cambiado muchísimo: el poderío de los hititas ya está en franca decadencia, pero un nuevo imperio, joven y vigoroso, había surgido en Asiría y presionaba hacia el sur, en dirección a Babilonia.

II. EL IMPERIO ASIRIO

A medida que la fortuna de Babilonia se iba eclipsando, Asiría se convertía en un peligro cada vez mayor, que amenazaba desde el norte, de tal modo que muy pronto su influencia sustituyó a la de su rival de la región del Tigris y el Eufrates y se extendió hasta las lejanas orillas del lago Van. Egipto, después de haber medido sus fuerzas con los hititas, empezaba a perder el control de su imperio. Hubo un nuevo y pasajero renacimiento en el Elam, que dio como resultado final la expulsión de los casitas y el entronizamiento de una nueva dinastía en Babilonia, bajo Nabucodonosor I, que consiguió durante un breve período la total independencia del país; pero una vez más los elamitas iban a desaparecer de la escena política por obra y gracia de los babilonios, los cuales a su vez quedarían sujetos durante varios siglos a un régimen de vasallaje y luchas constantes.

Asiría adquirió rápidamente fama y poderío. Las victoriosas campañas de Teglatfalasar I, hacia el final del siglo XII a. de J.C. habían acarreado inmensos tesoros a la real ciudad de Asur. Pero todavía tuvieron que transcurrir trescientos años antes de que Asiría lograra alcanzar la codiciada supremacía. Durante la mayor parte de este poderío, los árameos de Siria consiguieron mantenerla a raya; pero a principios del siglo IX a. de J.C., con el advenimiento de Asurnasirpal II, el genio militar de Asiría tomó al mundo por asalto y una larga sucesión de implacables conquistadores asolaron la tierra destruyendo cuanto encontraron a su paso.

Entonces fue cuando Nimrud (Calah) se convirtió en la capital de Asiría, con su real palacio decorado con elegantes bajorrelieves y enormes estatuas de cuerpo entero. Las campañas de Salmanasar III, el hijo de Asurnasirpal II, que conquistó Siria y Babilonia, fueron esculpidas en sus famosas puertas de bronce, actualmente en el Museo Británico. En un obelisco de piedra negra, descubierto en Nimrud, las escenas allí esculpidas, representando el pago del tributo a Salmanasar III, indican la rápida extensión del imperio. El período que siguió a la muerte de Salmanasar III representó un cierto retroceso para el prestigio de Asiría, ya que hubo revoluciones en Siria y Babilonia. Un eclipse total de sol, ocurrido en el año 763 a. de J.C., se interpretó como signo de la cólera divina y, en consecuencia, se produjeron tumultos en Nimrud, que culminaron en el momento en que un general asirio llamado Teglatfalasar se apoderó del trono. Bajo su dirección, Asiría reanudó su política de conquistas y deportaciones de poblaciones enteras. Transportado con toda pompa a Babilonia, un año antes de su muerte, Teglatfalasar tomó el antiguo título de *Rey de Sumer y Accad*.

Su sucesor murió asesinado y otro usurpador se apoderó del trono, con el nombre de Sargón II; así pues, se conmemoró el nombre del gran Sargón de Agade por otro genio militar. Las campañas anuales prosiguieron con el mismo éxito y la misma ferocidad: Yo, *Sargón, rey de las Cuatro Regiones (del mundo), gobernante (pastor) de Asiría...*, que observo cuidadosamente la ley de Shamash, de la estirpe de Asur, la ciudad de la sabiduría, de ágil inteligencia, que observo reverentemente la palabra de los grandes dioses, sin violar jamás sus órdenes; yo, Sargón, el rey de derecho, cuyas palabras son graciosas, cuya abominación es la falsedad, de cuya boca (las palabras) que traen maldad y daño no emanan; sapientísimo príncipe de las regiones (de la tierra), que fue creado en sabiduría y comprensión, que mantiene el sagrado temor a dioses y diosas; a Asur, rey de todos los grandes dioses, señor de las tierras, creador de visión (profética), rey de la totalidad de los grandes dioses, el cual ilumina las regiones (de la tierra)... como quiera que yo .nunca hubiese llegado cerca de Ursa, el armenio, ni en los confines de sus dilatadas tierras, ni hubiese vertido la sangre de sus guerreros en el campo (de batalla), por eso elevé mis manos, rogando poder derrotarle en el combate, haciendo que sus inocentes palabras se volvieran contra sí mismo y que él mismo acarree su propio pecado...

El reino de este monarca, que de un modo tan ostentoso y reiterado exhibía sus títulos en las estelas de granito destinadas a perpetuar el recuerdo de los de su raza, puede decirse que marca el cenit de la grandeza asiría. Al hacerse coronar en Babilonia (maniobra que demuestra su agudeza política), Sargón II añadió un gran brillo cultural a su posición de supremacía militar. Aunque Babilonia ya había dejado de ser el centro comercial y político del Asia Occidental, había retenido, sin embargo, su significado espiritual y religioso durante todo este período, a pesar de las constantes alarmas y guerras. Babilonia era insustituible.

Una vez más se produjo un cambio de capital. La nueva capital asiría, construida por Sargón II en Khorsabad, fue planeada a escala monumental, con unas murallas de ladrillo de veintitrés metros de anchura y unas enormes puertas ornamentales con figuras colosales esculpidas en piedra. En el interior del palacio, la vasta extensión de las paredes estaba cubierta con bajorrelieves, donde se representaban escenas de las victoriosas campañas de Sargón II, juntamente con procesiones y ceremonias religiosas y extrañas figuras mágicas que simbolizaban a los genios protectores del rey.

Sargón II no vivió mucho tiempo para poder disfrutar de esta fantástica ciudad. Apenas habían transcurrido dos años de su solemne entrada en Khorsabad, cuando fue asesinado. Era en el año 705 a. de J.C.

Su hijo Senaquerib escogió a Nínive como capital. Una prodigiosa cantidad de trabajo se derrochó para mejorar, engrandecer y embellecer la ciudad y especialmente el palacio. Se plantaron parques y jardines con árboles y plantas procedentes de lejanas tierras, ahora bajo el dominio de Senaquerib. Se desvió el curso de los ríos que bajaban de los altos montes, por medio de canales, y así fueron llevados hasta Nínive. Breasted describe así la construcción del palacio: «El oro, la plata, el cobre, la roja piedra arenisca, el mármol, el alabastro, el marfil, el arce, el boj, la morera, el cedro, el ciprés, el pino, el olivo, el roble, todos estos materiales tenían su lugar en su ornamentación. En el interior se veían grandes plafones de ladrillos esmaltados con brillantes colores, con los techos encalados para quitar la penumbra y cortinajes desplegados en torno a elaborados pinjantes de plata. Junto a las puertas había unas colosales vacas de mármol y marfil que soportaban el cáliz floral donde descansaban las columnas. Para el mismo propósito se habían fundido en bronce unos toros y leones alados y las columnas de madera de cedro que ellos sostenían estaban chapadas de cobre. Así fue creado el "Palacio sin rival", centro del mundo civilizado».

Pero Senaquerib era uno más de aquella raza de conquistadores, sedientos de gloria e incapaces de tolerar un rival. A sangre y fuego asoló el país de Judá, llegando hasta sitiar Jerusalén. En esta época, Asiría inspiraba un odio universal y se veía atacada por los cuatro costados. Senaquerib, que tenía la costumbre de clavar a sus prisioneros en las puertas de su palacio, saqueó, robó y quemó en vano. Sus enemigos le devolvieron golpe por golpe, surgiendo en hordas de todas direcciones para acosarle, hostigarle y entorpecerle. En Jerusalén, Senaquerib hizo encerrar en una jaula como si fuera un pájaro a Ezequías y lo insultó ante su mismo pueblo, en la plaza pública; luego aplastó una coalición de las provincias elamitas y el imperio babilónico y procedió a tomar cumplida venganza de la ciudad de Babilonia, la cual, debido a una combinación de mala estrategia, con la fuerza de los acontecimientos se había transformado en el centro de una abierta insurrección contra Nínive. Babilonia tenía que dejar de existir, tenía que desaparecer de la faz de la tierra, sin dejar rastro. Senaquerib dio la orden espeluznante de tomar la ciudad por asalto y saquearla a fondo. Y Babilonia fue tomada por asalto y saqueada. En la roca baviana en las fuentes del caudal que nutre los canales de Nínive, está escrito el relato por el feroz asirio: *La ciudad y (sus) casas, desde los cimientos hasta el techo, yo destruí, devasté e incendié. Yo arrasé y luego tiré en el canal Arakhtu la muralla interior y la exterior, los templos y los dioses y las torres del templo, de tierra y ladrillo, tantos como allí*

había. Abrí canales *en medio de la ciudad* y la inundé con agua y así destruí sus mismos cimientos. *Hice su destrucción más completa que si hubiese sido arrasada por un diluvio.* Y para que *en los días venideros el emplazamiento de esta ciudad y (de sus) templos y dioses no fuese recordado, la aniquilé completamente con (inundaciones) de agua y la dejé como un prado.*

El envidioso ninivita no intentó disimular su alegría ante el espectáculo de la gran ciudad derrumbándose al rojo resplandor de mil incendios. Pero la fulminante destrucción de esta ciudad sagrada fue profundamente lamentada por todos los habitantes de Oriente. La magnitud del acontecimiento fue tal que, cuando se anotó en las crónicas posteriores, sobraron los comentarios: *En el primer mes de Kislev fue tomada Babilonia, y su rey, Mushezib-Marduk, fue capturado y conducido a Asiría.*

Pero los designios de los dioses son inescrutables. Algunos años más tarde, cuando la ciudad se levantaba una vez más de las ruinas, Senaquerib murió asesinado: *Y ocurrió que, mientras Senaquerib estaba orando en la casa de su dios, sus dos hijos, Adrammelech y Sharezer, lo pasaron al filo de la espada y luego escaparon a tierras de Armenia.* Y Esarhaddon, otro hijo suyo, *reinó en su lugar.*

Senaquerib intentó borrar una ciudad de la faz de la tierra por medio del asesinato, del incendio y de la destrucción total.

Si el espectro maldito de Senaquerib, errabundo por sus antiguos dominios, volviera ahora a visitar la escena de sus siniestras hazañas, es muy posible que pensara que no valía la pena de hacer las barbaridades que hizo en vida para alcanzar una triste celebridad que no le hace honor alguno, ya que el viento y la arena se han encargado de borrar a Babilonia del mapa, con mucho mayor eficacia que el mismo Senaquerib, a pesar de su ferocidad implacable.

Después del asesinato de Senaquerib, el Imperio Asirio fue perdiendo potencia. El nuevo rey, Esarhaddon, *primero entre todos los príncipes, objeto del afecto de la reina Ishtar, cordial deseo de todos los grandes dioses,* tuvo que enfrentarse con una situación que se le escapaba de las manos. El fuego de la rebelión ardía por todas partes: en Fenicia, donde Sidón fue arrasada, en Babilonia y en las fronteras de Egipto. Las tablillas de los sacerdotes son elocuentes: *iNo temas, Esarhaddon! Yo, el dios Bel, te hablo... El dios Sin está a tu derecha y el dios Shamash a tu izquierda; sesenta grandes dioses están a tu alrededor, dispuestos en orden de batalla...*

Estas tablillas oraculares, que registran los decretos de Asur, se untaban con aceite de la mejor calidad y se llevaban ante el rey antes de empezar una campaña. De un solo empuje, el asirio saltó del Eufrates al Nilo, atravesando el país de las tribus del desierto, y tomó a Menfis por la espalda: *Menfis... en medio día, con minas, túneles y asaltos, yo sitié, capturé, destruí, devasté e incendié.*

Así cayó la más antigua de las grandes ciudades egipcias, fundada, según Herodoto, por Menes, cuando las tierras del Alto y del Bajo Egipto fueron unidas por primera vez; Menfis, la famosa capital del Antiguo Reino. Más adelante, durante un breve período, los egipcios consiguieron recapturar la ciudad, sólo para sufrir luego una derrota mucho peor a manos de Asurbanipal.

Pero, en otros aspectos, Esarhaddon demostró ser más conciliador que sus predecesores, ya que hizo un pacto de alianza con Babilonia, pacto que consiguió gracias a la restauración de la ciudad que su padre había arrasado. Esta fue una excelente maniobra diplomática, ya que así evitó tener que diseminar sus fuerzas, y se ahorró el tener que dejar una guarnición en Babilonia para defenderla de los merodeadores del sur y del este. Su hijo, Asurbanipal, es famoso principalmente por su aniquilamiento de Tebas durante la segunda campaña asiria contra Egipto en el año 669 a. de J.C. y de una tercera, siete años más tarde. Asurbanipal saqueó a esta ciudad con tal ferocidad (con el mismo bárbaro salvajismo que había incitado a

Senaquerib a arrasar Babilonia) que la devastación que allí dejó ha servido desde entonces como un modelo perfecto de lo que significa tomar represalias contra una ciudad. *En mi segunda campaña me dirigí hacia Egipto y Etiopía. Tandamané (el faraón) se enteró de cómo avanzaba mi ejército y de que yo estaba invadiendo el territorio de Egipto. Abandonó Menfis y huyó a Ni (Tebas) para salvar su vida. Los reyes, prefectos y gobernadores que había instalado en Egipto acudieron a besar mis pies. Tomé la carretera en busca de Tandamané, y llegué hasta Ni, su fortaleza... Con mis manos capturé esta ciudad (Tebas) por entero, con la ayuda de Asur y de Ishtar. Allí encontré plata, oro, piedras preciosas, los muebles de su palacio de brillantes colores, la ropa blanca, grandes caballos, la gente, hombres y mujeres y dos grandes obeliscos... que estaban junto a las puertas del templo, todo lo cual quité de su sitio y me lo llevé a Asiria.*

Este es el escueto relato oficial de la toma de Tebas; las escenas de carnicería y devastación se dejan a la imaginación de cada cual.

La Biblioteca de Asurbanipal, que se conserva en el Museo Británico, consta de varios millares de tablillas, muchas de las cuales llevan claras trazas del incendio de Nínive. Esta biblioteca constituye la mayor y más importante colección de textos sumerios, accadios, asirios y babilonios que jamás se haya descubierto bajo las polvorientas llanuras de Mesopotamia. Como material de estudio para el historiador, es un cuerpo de información único e importantísimo para poder penetrar en la historia de Oriente en sus aspectos esenciales desde los más remotos tiempos hasta la caída del Imperio Asirio. «Esta biblioteca», escribe Charles F. Jean, «contiene una literatura histórica completa». Algunas veces los escribas copiaron sus documentos, palabra por palabra, pero otras veces los tradujeron añadiendo breves notas explicativas para ayudar al artista que tenía por misión exponer la historia de sus reyes en los bajorrelieves, en las estelas fronterizas, en las estatuas y en los carros de guerra. Actualmente ya se han descifrado textos más importantes, como la *Crónica de los primeros reyes de Babilonia*.

En su mayoría, los documentos de esta biblioteca tratan de astrología, de medicina y de religión. Son altamente instructivos y gracias a ellos ha sido posible comprender muchísimo de la historia y vida cotidiana de las primitivas comunidades civilizadas. Nos hablan, por ejemplo, de cómo el pueblo de Mesopotamia solía interpretar los augurios que veía continuamente a su alrededor, en el cielo, en el vientre de un animal recién sacrificado, en las monstruosas formas imaginarias de todas las cosas, en la cola de un meteoro o en la trayectoria de un relámpago. Los adivinos vigilaban la luna, majestuosa y cambiante en la clara noche asiría. En el rumor del viento reconocían la voz de los dioses *que aúllan*; se veían capaces de asegurar la buena ventura del primero que se presentase, de acuerdo con la posición de Saturno respecto al halo de la luna. Hay millares de textos en que están inscritas las observaciones e interpretaciones de fenómenos de todas clases hechas por los arúspices. Otras tablillas nos instruyen respecto a los conocimientos del mago profesional, personaje poseedor de muchas y grandes habilidades. El mago profesional sabía arrojar los demonios y toda corrupción oculta del cuerpo del paciente; evitar, por medio de fórmulas rituales, las aflicciones y enfermedades que roban la vida del organismo; buscar el mal aunque estuviera muy oculto y dondequiera que se hallase y destruirlo al hallarlo, por medio de la magia simpática; identificar espectros privados de su tumba y de las libaciones y ofrecimientos funerarios, y transformar por procedimientos mágicos el monstruoso *alú*, que no tiene boca ni orejas y que se pasea, errabundo, por las calles. Era también el mago quien colgaba del cuello de los enfermos las cabezas de *pazuzu* perforadas, como precaución habitual, y que se encargaba de modelar figurillas de betún o de pasta de sésamo o ajonjolí para su uso en la magia simpática; también era él quien podía descifrar el futuro que se hallaba escrito en las entrañas o el hígado de la víctima

propiciatoria, y que sabía interpretar los movimientos de las gotas de aceite echadas en un cubo de agua.

Entre los muchos millares de tablillas procedentes de la biblioteca de Asurbanipal se cuentan una selección de himnos y plegarias y, además, otros textos ceremoniales y rituales muy informativos sobre las creencias religiosas y las prácticas sociales de estos antiguos pueblos. Una de las plegarias parece ir dirigida a todos los dioses, tanto conocidos como desconocidos:

...Oh, Señor, mis transgresiones son muchas; grandes son mis pecados.
...Oh, dios, a quien conozco o a quien desconozco, (mis) transgresiones son muchas; grandes son (mis) pecados.
...El dios a quien conozco o a quien desconozco me ha oprimido; la diosa a quien conozco o a quien desconozco me ha enviado el sufrimiento.
Aunque voy constantemente en busca de ayuda, nadie me toma de la mano.
Cuando lloro nadie viene a mi lado.
Me lamento y gimo, pero nadie me oye.
Me siento confuso, me siento abrumado, no puedo ver.
¿...Cuánto tardará aún, oh mi diosa a quien conozco o a quien desconozco, en quedar aquietado este corazón hostil?
El hombre es necio; no sabe nada.
La humanidad, toda la que existe, ¿qué sabe de ella misma?
Tanto si peca como si obra bien, el hombre nada sabe.
Oh, dios mío, no arrojes de ti a tu servidor.
Tu servidor está cogido en las aguas de una ciénaga; tómale de la mano.
El pecado que he cometido, conviértelo en bondad.
...Arráncame mis delitos como si fueran mi ropa...

El modo lamentoso es característico de gran parte de la literatura de Babilonia y de Asiria. Un aspecto nuevo del carácter de Asurbanipal se deja traslucir en una carta sarcástica que él mismo escribió a los babilonios y en la que cita dos proverbios: *Hasta cuando el perro del alfarero fue echado al horno, se permitió gruñirle al alfarero;* y *La palabra de una pecadora a las puertas de la casa del juez prevalece sobre la de su marido.*

Asurbanipal había saqueado Tebas. Cuando conquistó Babilonia, el año 648 a. de J.C., también incendió Susa e hizo una gran matanza de sus habitantes. «Y se llevaron a Nínive», escribe Charles F. Jean, «tal como tenían por costumbre, dioses y diosas, con todo su tesoro y los funcionarios del templo, las estatuas de los primeros reyes y hasta los toros sagrados que guardaban los templos, y toda suerte de trofeos. Además, violaron los sepulcros de los reyes para privarles del eterno descanso». Y, en las mismas palabras de Asurbanipal:

Los sepulcros de estos reyes, tanto los antiguos como los modernos... yo destruí, devasté y expuse al sol. Sus huesos me los llevé a Asiria. Dejé la inquietud sobre sus sombras. Les privé de ofertorios de alimentos y de libaciones de agua.

Asurbanipal era el preferido de los dioses de Asur; el hijo del rey lidio Gyges le pidió que le permitiera llevar su yugo. Los árabes, en cuyas tierras hacían continuas incursiones los ejércitos de Asurbanipal, quedaron despojados por sus acometidas, hasta el punto de que se vieron obligados, según lo que puede colegirse de las

crónicas, *a comerse la carne de sus propios hijos para poder satisfacer su hambre*. Algunos cautivos especialmente escogidos fueron tratados con distinguido favor; uno de estos, *U-a-ate*, fue capturado y llevado a Nínive. Asurbanipal en persona le recibió y le aplastó la mandíbula con *el cuchillo que llegaba en la mano*, después de cuyo saludo de bienvenida le pasó una cuerda por el cuello y lo ató a la perrera. El relato oficial de las atrocidades llega a hacerse tedioso al cabo de un rato de leerlo: *Le cogí vivo en medio de la batalla y en Nínive, mi capital, le desollé lentamente*.

Pero tanta crueldad llamó sobre sí el castigo correspondiente. A los pocos años, el sádico asirio era ya el monarca más temido y más odiado del mundo oriental. Su supremacía se extendía hasta los límites del mundo conocido. Bajo su despotismo se prosiguió con una política de terrorismo y de deportaciones en masa, y sus repetidas plegarias a la diosa Ishtar fueron seguidas de triunfo tras triunfo; pero hacia el final de su reinado empezó a debilitarse su dominio sobre el extenso imperio. Asiria estaba en vísperas de hundirse estrepitosamente y desaparecer para siempre de la historia.

III. LOS NEOBABILONIOS

En el transcurso de las confusas y turbulentas décadas que siguieron a la muerte de Asurbanipal, la vida renació en Babilonia. Las crónicas relatan cómo fue derrotada Asiría en su último intento de mantener sojuzgada a Babilonia, en el año 626 a. de J.C. Una ciudad babilónica, posiblemente Nippur, mantenida por una guarnición asiría, fue sitiada durante tanto tiempo por el ejército babilónico que sus habitantes tuvieron que vender a sus propios hijos para comprar alimentos. De acuerdo con la tradición militar de aquella época, los asirios se habían llevado consigo los dioses de Elam para depositarlos en Uruk; ahora estos dioses fueron devueltos a Susa por el astuto Nabopolasar, rey de Babilonia y fundador de una nueva y brillante dinastía. En 615 a. de J.C., los medas, conducidos por Ciaxares, invadieron Asiría, donde unieron sus fuerzas a las de los babilonios en una alianza que había de tener un profundo significado para el futuro de la ciudad. Tres años más tarde, después de un asedio de tres meses, Nínive sucumbió bajo un asalto tremendo y el Imperio Asirio desapareció.

La caída de Nínive, eclipsada por el humo de una conflagración inolvidable, fue la señal para que los demás pueblos sojuzgados y oprimidos se lanzaran sin freno al saqueo, a la violación y a la venganza. Fue un acontecimiento que hizo tambalearse al mundo antiguo, pero aún hubo más. Porque entonces surgió el hijo de Nabopolasar como jefe del ejército babilónico, conduciéndolo a la victoria, mientras su padre se quedaba en Babilonia. El hijo de Nabopolasar se llamaba Nabucodonosor, y sus hazañas no pasarían ciertamente inadvertidas por la historia.

Nabucodonosor... Extraordinaria persona, más extraordinaria que ninguna otra si uno se aventura a estudiarla de cerca. Nabucodonosor ya tenía bastantes años para tener idea de cuál había sido el tremendo poderío y el extraordinario salvajismo de los reyes asirios, y en su juventud había sido testigo de las llamas que lamieron las murallas de Nínive para ir a consumir sus palacios y sus templos y ahumar los históricos bajorrelieves de piedra y demás monumentos. La destrucción de aquella formidable y espléndida ciudad, que desapareció como si se la hubiera llevado el viento, le dejó una impresión imborrable. Nínive había quedado enterrada bajo un montón de cenizas su arrogante pueblo guerrero había sido precipitado a los más profundos abismos del infierno de Nergal, donde cada recién llegado recibe por todo alimento las sesenta enfermedades que le afligirán por toda la eternidad y pasa a ser un espectro más entre las restantes sombras errabundas, soñando en volver a la tierra para devorar a los vivientes. Nínive quedó, pues, finalmente exterminada, con la ayuda de un oscuro meda, y su imperio quedó a disposición del primero que quisiera apoderarse de él. Nabucodonosor tomó la ocasión por los pelos.

La carrera militar de Nabucodonosor se inició con una brillante victoria. En la batalla de Carchemish se enfrentó con Egipto, el antiguo enemigo con el que tenía un propósito común: el dominio de Siria. La derrota del ejército egipcio fue seguida de una implacable persecución de sus restos, y, según las crónicas, *ni un solo hombre pudo escapar a su país*. El historiador Josefo relata el resultado de la contienda en una sola frase: *Así pues, el rey de Babilonia atravesó el Eufrates y tomó toda Siria, hasta Pelusium, con la excepción de Judea*.

Jehoiakim, rey de Judá, había sido vasallo del faraón y se sometió voluntariamente a Nabucodonosor, quien se llevó a Babilonia a unos cuantos judíos cautivos, entre ellos el profeta Daniel.

El victorioso empuje de Nabucodonosor se detuvo en Pelusium, ya que, como cuenta Beroso: «Resultó que su padre, Nabopolasar, cayó enfermo por aquel tiempo y murió en la ciudad de Babilonia, después de un reinado de veintinueve años. Pero cuando, al poco tiempo, Nabucodonosor se enteró de que su padre, Nabopolasar, había muerto, puso en orden los asuntos de Egipto y de otros países, y entregó los

cautivos que había tomado... a algunos de sus amigos, con objeto de poder conducir él mismo a Babilonia aquella parte de sus fuerzas que iban protegidas con armadura pesada, con el resto de sus bagajes; a Babilonia se dirigió, a través del desierto, con unos pocos soldados, pero a marchas forzadas; y cuando llegó se encontró con que los asuntos públicos habían sido administrados por los caldeos y que la principal persona entre los caldeos le había guardado el reino para él. Por consiguiente, entró en posesión de todos los dominios de su padre y luego ordenó que los cautivos fuesen establecidos en colonias, en lugares cercanos a Babilonia».

Así pues, el día mismo de su llegada a Babilonia, el primer día de Elul (6 ó 7 de septiembre) del año 605 a. de J.C., Nabucodonosor II subió al trono. Su apresuramiento en regresar a Babilonia por el camino más corto, a través del desierto, indica que tendría motivo para temer alguna intriga; probablemente su padre no había subido al trono sin oposición.

La guerra, en el mundo antiguo, se hacía a base de campañas anuales, que tenían lugar durante los meses de verano y otoño. Un período de paz, o sea una ausencia de campañas durante varios años seguidos, era un acontecimiento rarísimo. Durante la dominación asiria puede decirse que la paz fue inexistente; siempre era necesario someter rebeliones o, por pundonor, conducir el ejército hacia las tierras y países ya vencidos y allí exhibir el poderío militar y recoger el tributo o saquear de nuevo el país. A veces, naturalmente, era cuestión de emprender nuevas conquistas por territorios inexplorados y desconocidos. Aquella serie de invasiones, año tras año, acompañadas de pillaje y devastaciones, y el cautiverio de millares de prisioneros, nos hace parecer casi increíble que algunos reinos dispersos hubieran sido capaces de sobrevivir en la región comprendida entre el Eufrates y el Nilo.

Las crónicas que nos refieren el reinado de Nabucodonosor nos indican que éste, igual que sus predecesores, siguió el camino tradicional, al menos al principio. En el mismo otoño en que subió al trono le encontramos en Siria, consolidando sus triunfos y recibiendo tributo. En el año siguiente, invadió de nuevo Siria, sin oposición, y consta que recibió tributo de Palestina y posiblemente de Damasco, Tiro y Sidón. De entonces en adelante prosiguieron las expediciones anuales; hubo disturbios entre las tribus nómadas del Desierto Sirio Occidental, a las que Nabucodonosor intentó sojuzgar según el procedimiento asirio, o sea, llevándose sus dioses. Un encuentro con Egipto en el año 601 a. de J.C. causó considerables pérdidas a entrambos ejércitos y, como resultado, parece ser que Nabucodonosor se halló deficiente en carros de guerra y en caballos; por consiguiente, ya no hizo más incursiones en Egipto durante mucho tiempo después de este contratiempo.

Pero el huracán babilónico tenía que desencadenarse una vez más sobre Palestina. Jehoiakim, rey de Judá, había jurado fidelidad por un período de tres años y al final de dicho período decidió rebelarse contra Nabucodonosor, a pesar de las advertencias de Jeremías: *¡Qué desgracia es la tuya, oh, Jerusalén! ¿No te purificarás? ¿Cuándo será ello...? Por eso dijo el Señor. Entregaré esta ciudad a manos de los caldeos, a manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y él la tomará; y los caldeos que luchan contra esta ciudad vendrán y le pegarán fuego y la quemarán con todas sus casas, las mismas casas sobre cuyos techos se ha ofrecido incienso a Baal.*

Existen varios relatos de la captura de Jerusalén por Nabucodonosor. Según las crónicas babilónicas, Jehoiakim murió poco tiempo antes de que se tomara la ciudad; su hijo Jehoiakim fue hecho prisionero y Nabucodonosor nombró en su lugar a un sustituto, llamado Zedequías. Se ordenó la colecta de un fuerte tributo, pero aquí terminó la cosa y no se incendió la ciudad. En el recinto real de Babilonia se han hallado unas tablillas con la lista de las raciones suministradas a Jehoiakim y otros judíos cautivos. Pero una revolución, dirigida por el mismo Zedequías terminó en desastre para Jerusalén, la cual, según los cronistas hebreos, fue arrasada por las

llamas:

Entonces el rey de Babilonia mató a los hijos de Zedequías en Riblah, ante los ojos de su padre; además, el rey de Babilonia mató a todos los nobles de Judá.

Después le sacó los ojos a Zedequías y cargado de cadenas se lo llevó a Babilonia.

Y los caldeos incendiaron la casa del rey y las casas del pueblo y derribaron las murallas de Jerusalén.

Luego Nebuzaradan, el capitán de la guardia, se llevó cautivo a Babilonia el resto de la población que quedaba en la ciudad.

El relato de Josefo da una diferente perspectiva a los acontecimientos, ya que indica que Nabucodonosor acudió en persona y mató a todos cuantos se hallaban en la flor de la edad, entre ellos al propio rey Jehoiakim al que precipitó de lo alto de las murallas, sin darle sepultura. Josefo nos representa a Jehoiakim, hijo de Jehoiakim, como un hombre justo y amable, el cual, cuando Nabucodonosor asedió a la ciudad, prefirió entregarle su madre y su familia antes de que el babilonio dañara a Jerusalén.

Esto, según Josefo, fue llevado a cabo con el convenio previo que nada de malo les sucediera a ellos; pero el rey de Babilonia no hizo honor a los acuerdos y se llevó a Babilonia a todos los jóvenes, a los artesanos, a Jehoiakim, a su madre y a sus amigos.

Esta fue la purificación de Jerusalén por el fuego y por la espada, a manos de los babilonios. He aquí las apasionadas lamentaciones del Salmo de Asaf:

¡Oh, Dios! Los paganos han entrado en posesión de tu herencia; han profanado tu sagrado templo; han hecho de Jerusalén un montón de escombros.

Han entregado los cadáveres de tus servidores como carroña para las aves, la carne de tus santos han dado a comer a las fieras de la tierra.

Han vertido su sangre como si fuera agua por todo Jerusalén; y no había nadie para enterrarlos.

Los babilonios se enorgullecieron con sus triunfos y con su botín, sus violaciones, sus carnicerías y el hedor de la sangre y el fuego. Por las calles carbonizadas iban cogiendo víctimas al azar y, separándoles las piernas, se las arrancaban, partiéndolas por la mitad, como si aquello fuese una especie de deporte, o bien las desollaban vivas, por el simple placer de hacerlo o para demostrar lo bien que sabían hacerlo, o les arrancaban el cuero cabelludo o las crucificaban para saborear su victoria. Con Judá torturado hasta lo increíble, Nabucodonosor pudo inclinarse profundamente ante la inescrutable Ishtar, diosa de la guerra. Mientras tanto, Jeremías, aquel gran heraldo de catástrofes, que había podido escapar a la inolvidable carnicería, se lamentaba y atronaba con sus imprecaciones: *¡Cuan solitaria está la ciudad, antes llena de gente! ¡La ciudad ha enviudado! ¡Ella que había sido grande entre las naciones y princesa entre las provincias ha caído a tributaria!*

Judá pagó el precio de su orgullo; había amado demasiado a su capital. Y ahora se encontraba cargada de cadenas, burlada, injuriada y llevada en cautiverio a Babilonia como retoque final en la entrada triunfal de los vencedores. Su cántico de lamentaciones se oíría en la *ciudad de los dioses*, la ciudad de aspecto terrorífico, con sus fabulosas fieras y dorados monumentos. Allí, en medio de escenas de gran regocijo, la larga hilera de cautivos iría subiendo lentamente por la empinada cuesta que conducía a la ciudad, al son de arpas y tamboriles, pasando por los portalones de las murallas de brillantes colores que rodeaban la ciudad; y los hebreos se detendrían ante la Gran Avenida Procesional y allí verían a la sagrada persona de Nabucodonosor, primogénito del Gran Marduk, inmóvil en su carro de guerra, entre las desafortunadas

aclamaciones de su pueblo. Pero también vendría luego el día de la liberación:

Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos, sí, y lloramos al recordar Sión... Si me olvido de ti, Jerusalén, que mi mano derecha se olvide también de sus habilidades... ¡Oh, hija de Babilonia, que serás destruida! ¡Que sea feliz aquel que te recompense del mismo modo que tú nos has servido a nosotros!

Desde este momento existe un período de silencio en las crónicas babilónicas y, por consiguiente, no tenemos todavía información alguna referente a los treinta y tres años siguientes, que todavía duró el reinado de Nabucodonosor. Otros documentos hacen referencia a las numerosas campañas victoriosas del rey, pero, teniendo en cuenta el enorme número de inscripciones en edificios y de ladrillos estampados con su nombre que se han hallado por toda la Mesopotamia meridional, parece ser que Nabucodonosor dedicó gran parte de su tiempo a la construcción, reconstrucción y restauración de templos, palacios y fortificaciones a una escala que sobrepasó de mucho la de sus predecesores asirios. Babilonia creció en belleza y esplendor y constituyó un objeto de asombro y maravilla en todo el mundo antiguo.

Nabucodonosor se dio cuenta de la importancia del Eufrates como factor comercial y utilizó al máximo el río por medio de una ingeniosa reconstrucción de la red de canales de navegación e irrigación, gran parte de la cual ya había sido realizada unos doce siglos antes, bajo el Primer Imperio de Babilonia. Nabucodonosor hizo construir un largo canal de aprovisionamiento, el Libilhigalla, para variar el curso del río; este canal estaba controlado por un inmenso embalse artificial de una profundidad de doce metros, que podía ser abierto o cerrado por medio de esclusas. Beroso, que suele ser un autor fidedigno, dice que este embalse actuaba de depósito de las aguas del Eufrates, de modo que se pudiera disponer de agua en abundancia en el momento requerido. Sin los innumerables canales construidos por los babilonios, Mesopotamia no hubiera podido llegar a ser nunca, en la Edad Antigua, el granero de Oriente, como lo fue. La misma capital se extendió muchísimo en tiempo de Nabucodonosor, el cual la rodeó de un nuevo cinturón de murallas de gran espesor. También se amplió la ciudadela real y se construyó allí un nuevo palacio de estilo magnífico. Se empleó generosamente el oro, la plata y las piedras preciosas, para embellecer los templos, y la recién pavimentada Gran Avenida Procesional fue adornada, igual que la hermosa puerta de Ishtar, con animales sagrados en relieve de ladrillo, esmaltados de brillantes colores.

Nunca como entonces la prosperidad de Babilonia había parecido tan segura. Las caravanas iban en interminables hileras hacia la ciudad o salían de ella, partiendo hacia todas las rutas del desierto. El imperialismo económico de Nabucodonosor estimulaba la capacidad comercial natural de los babilonios. Los mercaderes empezaron a soñar con amasar grandes fortunas con las perlas del Mar Rojo o las esmeraldas de Gobi, recogidas por los jinetes nómadas en la estación en que soplan los vientos del norte, y animaron a sus caravaneros para que llegaran hasta la India, hasta el mismo corazón de aquel reino de leyenda, cuya fama durante siglos había deslumbrado la imaginación de los reyes mesopotámicos. Babilonia no conocía rival. Esta ciudad de un millón de habitantes se convirtió en el primer emporio comercial del mundo.

Para proteger los derechos de sus súbditos y para asegurar la llegada a salvo de las caravanas, Nabucodonosor, que fue un verdadero innovador en muchas cosas, concibió la idea de construir una nueva capital en medio del pétreo desierto de Arabia, con objeto de poder almacenar allí en gigantescos depósitos todos los productos del mundo, antes de transportarlos a Babilonia, la cual así controlaría el mercado internacional. ¡Qué auge repentino representaría la puesta en práctica de dicha idea en plena Edad Antigua! El dominio de las rutas caravaneras había constituido siempre una de las principales preocupaciones de los gobernantes mesopotámicos y el origen

de guerras en muchísimas ocasiones. Pero este proyecto, aunque no era ninguna empresa imposible, jamás se realizó. El sol del desierto, los caminos que no llevaban a ninguna parte, las mortíferas fiebres, la insalubridad de las escasas aguas, los tormentos de la sed, las soledades de aquel inmenso territorio ignoto, todas estas calamidades ya eran bastante difíciles de sobrellevar durante las marchas guerreras, pero el soldado tenía siempre la esperanza de la victoria que le espoleaba y los frutos de la batalla le proporcionaban una compensación nada despreciable a sus penurias y molestias anteriores. Ahora bien, salir a explorar y reconocer el desierto en plan de empresa comercial, por otra parte, muy azarosa, sin otro botín que la arena, ya era una cosa muy distinta; era un aventurado derroche de vidas humanas y de equipos de trabajo para conseguir un logro que de momento sólo existía en la mente del rey.

Sin embargo, fue gracias en gran parte a la visión y determinación de Nabucodonosor, por lo que la metrópoli de Babilonia se convirtió en la principal encrucijada del comercio de la India y, lo que todavía era más importante, con ello se arruinó la influencia comercial de los mercaderes fenicios en Arabia. Este éxito animó a Nabucodonosor a atacar sin pérdida de tiempo a Tiro, la Cartago del Asia occidental y la antigua rival mercantil de los imperios de Mesopotamia.

La destrucción de Tiro había sido claramente profetizada por Ezequiel:

Así dijo el Señor Dios: Estoy *contra* ti, oh Tiro, y *haré que muchas* naciones *vengan* contra ti...

Lanzaré contra Tiro a Nabucodonosor, *rey de Babilonia, rey de los reyes, desde el norte, con caballos y con carros de guerra, y con jinetes y compañías y mucha gente...*

Y él emplazará ingenios de guerra contra tus murallas, y con sus hachas demolerá tus torres...

Y haré que quedes como la cima de una roca; serás un lugar donde se podrán *tender* las redes.

La ciudadela de Tiro estaba en lo alto de una isla, fuertemente defendida. Aguantó el sitio de Nabucodonosor durante trece años nada menos. Cuando, por fin, los fenicios se sometieron, tuvieron que pagar un fuerte tributo, y así no fue Nabucodonosor quien acarreó la destrucción final de la ciudad, sino Alejandro Magno, algunos siglos más tarde, y entonces Tiro fue sustituida por Alejandría.

Un fragmento de un texto religioso indica que Nabucodonosor invadió Egipto en el trigésimo séptimo año de su reinado. Aunque no tenemos ningún documento de origen babilónico que nos lo confirme, es muy probable que Nabucodonosor planeara la invasión susodicha, la cual, según la tradición bíblica, significaba el fin del imperio del faraón. Los profetas hebreos veían en ello la mano de Jehová, que así cumpliría la antigua promesa de aplastar a los gobernantes del Valle del Nilo, y por eso exhortaban a su pueblo a prepararse para la hora de la liberación. Y así se cuenta que Nabucodonosor fundó la Babilonia de Egipto, cerca de Menfis, para asegurarse de que su nombre no se olvidase en el Valle del Nilo.

Los éxitos políticos de Babilonia la afianzaron en la supremacía completa sobre sus débiles y moribundos vecinos. Estos fueron los mejores días de la milenaria historia de Babilonia. La Edad de Nabucodonosor puede compararse con la Edad de Augusto o con la de Luis XIV. La capital se convirtió en el centro rector del antiguo Oriente; era prácticamente inexpugnable y gozó de un período de prosperidad sin precedentes en sus anales. Nabucodonosor fue adorado por su pueblo, como un dios. Los padres llamaban a sus hijos varones Nabukurusurilu, lo que significa Nabucodonosor es Dios, o Nabukudurusur-Shamshi, Nabucodonosor es *mi* sol, o Nabuchabni, Nabucodonosor es *mi* creador.

Los babilonios entonces fueron un pueblo dichoso y afortunado. La guerra para ellos constituía un negocio altamente lucrativo. Era posible evitar la conscripción militar pagando simplemente un impuesto o contribuyendo a la manutención de un soldado; no les interesaba el servicio militar. Lo que les interesaba, en lo referente a las victorias del rey, no era la gloria de la batalla, sino el hecho de que aquello significaba la consolidación de su supremacía económica. El ejército tenía que ser mantenido a causa del comercio; claro que a los soldados había que alimentarlos, pero no era necesario pagarles gran cosa. A los babilonios les gustaba vivir bien; nada tenían de heroico ciertamente. Aparte de los mercaderes y pequeños comerciantes, una gran parte de la población tuvo que quedar absorbida, de un modo u otro, por las diversas actividades religiosas. Casi continuamente tenían lugar ritos, ceremonias y fiestas, algunos de los cuales eran larguísimos y complicados, y requerían los servicios de muchos sacerdotes y sacerdotisas, músicos y hechiceros, y asistentes seculares de todas clases.

Con objeto de dar las gracias al rey por los beneficios que de él habían recibido, y para demostrarle su alto aprecio, el pueblo de Babilonia erigió en su honor una estatua de oro macizo que pesaba más de cuatro toneladas. Esta monumental efigie fue levantada en un cerro al sur de Babilonia. La estatua dominaba la llanura mesopotámica y brillaba bajo los deslumbrantes rayos del sol, enorme y fantástica, como ardiente prenda y ejemplo de una gloria tan breve como la vida misma. Interminables procesiones acudían a inclinarse profundamente ante el monstruo áureo. La obra de Nabucodonosor había transformado la ciudad en un centro internacional para cualquier clase de actividad, comercial o religiosa. Igual que un pulpo, Babilonia extendía sus tentáculos a su alrededor, metódica y quedamente. Por la ruta del norte, la movediza cinta de sus caravanas se extendía hacia Ecbatana, la capital de Media; desde allí, torciendo hacia el este por las Puertas Caspianas, llegaba a lo que luego fue Alejandría de Asia (Herat). Allí divergían las caravanas; una ruta se dirigía hacia Bactriana y la otra hacia la India, pasando por Arachosia, de donde salían tres nuevas rutas comerciales. Una de dichas rutas iba hacia el Mediterráneo, dirigiéndose primeramente al norte, siguiendo el curso del Eufrates, y luego, en diagonal, hacia el oeste, bifurcándose una y otra vez en innumerables carreteras que atravesaban Fenicia, Palestina y la tierra de Moab (actualmente Jordania), para llegar hasta Pelusium, en el delta egipcio. Finalmente, había otra carretera que conducía directamente de la India a Babilonia, por donde los productos indios eran exportados a Persia, a Cilicia, a Frigia y a Lidia, terminando en Sardis. Nada tiene, pues, de extraño que Babilonia fuese una capital muy próspera. Es muy posible que Nabucodonosor creyera que su obra duraría eternamente. Las inscripciones que se encuentran por todas partes, grabadas sobre la roca, proclaman su gloria a todos los vientos. Los textos del Uadi Brisa y del Nahr el Kelb, cerca de Beirut, explican cómo el monarca se empeñó en talar los cedros del Líbano para la construcción de un templo dedicado a Marduk y a Nabu, en Babilonia.

Habiendo logrado una omnipotencia, raras veces conseguida por otro mortal en la historia, Nabucodonosor abrigaba el acostumbrado deseo de tener también una vida larga y próspera. La idea dominante que se expresa en la glíptica de aquella época, en los cilindros y en los sellos reales, es la idea de la plegaria: un sacerdote, con las manos elevadas a la altura de los labios, está frente a los emblemas divinos, generalmente los de Marduk y Nabu, los cuales están dispuestos sobre un altar. Con objeto de persuadir a los dioses para que miraran con favor su imperio y defendieran eternamente la línea de sucesión, Nabucodonosor dedicó cincuenta y cinco templos en su honor y restauró y desarrolló en todos sentidos su capital *para que fuera el habitáculo de su soberanía*. El monarca enumera ciertas obras que emprendió, con grandes gastos, para embellecer su capital:

Cuando el dios Marduk, el gran Señor, me creó, me encargó solemnemente del

mantenimiento del orden en el país, de construir ciudades y de reconstruir los templos. Yo obedecí, lleno de temor. Yo establecí Babilonia, la ciudad sublime... y sus grandes murallas, el Imgur-Enlil y el Nimid-Enlil. En el umbral de sus puertas coloqué grandes toros y serpientes con pies, como ningún otro rey lo había hecho hasta entonces. Mi padre había rodeado la ciudad con murallas de asfalto y ladrillo cocido; por mi parte, construí una nueva y poderosa muralla, a lo largo de las otras, y la uní con las murallas de mi padre. Construí sus cimientos en el mismo dintel de los infiernos y los elevé a la altura de una montaña. Mi padre había construido junto al Eufrates un muelle de ladrillo cocido, pero lo dejó incompleto. Yo, su primogénito, el favorito de su corazón, construí la muralla de Arakhtu, de asfalto y ladrillo cocido, y fortifiqué la muralla construida por mi padre; Esagila, ese temible santuario, la gran mansión del cielo y la tierra, el habitáculo de los dioses; Kaduglisug, la vivienda de la diosa Zarpanitum; Ezida, la vivienda del rey del cielo y de la tierra; todos esos templos yo hice relucir como la luz del día. Yo reconstruí Etemenanki, el ziggurat de Babilonia. En Borsippa reedifiqué el importante templo, el templo querido de Nabu; con un tejado de oro y piedras preciosas yo lo hice resplandecer como el firmamento.

Es muy probable que nunca sepamos lo que le ocurrió a Nabucodonosor durante los últimos años de su accidentado reinado. Se encerró en una especie de misticismo, buscando la compañía de las errabundas sombras del mundo de los muertos, del reino de Nergal. Se sentía aterrorizado hasta lo más profundo de su alma y consultó con los adivinos más eruditos de su reino; vivió como agazapado en su oscuridad espiritual, igual que un animal acosado, gritando en su soledad a las llamas que le chamuscaban el cuerpo y a los demonios que le arrancaban los miembros y lo partían por la mitad. Pasó los días en verdaderas torturas mentales, creyendo que él, Nabucodonosor el Grande, estaba poseído por un demonio por voluntad expresa de Marduk. ¿Habría él, Nabucodonosor, ofendido a los dioses para que éstos le hubiesen hundido hasta tan profundos abismos de abyección, haciéndole más desgraciado que si fuera el más vil de sus propios súbditos? El pueblo de Babilonia empezó a alarmarse del extraño silencio de su rey, quien había dejado de tomar parte en los asuntos públicos. Empezó a correr un rumor, primero en voz baja, pero después ya abiertamente; la murmuración de los funcionarios del palacio llegó a oídos del pueblo y pronto, en toda Babilonia, zumbaba la noticia: *¡Marduk ha abandonado a Nabucodonosor! ¡Marduk abandona Babilonia con todos sus habitantes!*

El pánico se adueñó del populacho. Una muchedumbre hostil se agrupó frente al palacio, sitiándole en número cada vez mayor, una muchedumbre inquieta, clamorosa y gimiente que se negaba a aceptar la traición de sus dioses. ¿Por qué tenía que sufrir la ciudad entera si era sólo el rey quien no estaba en sus cabales? Que echaran, pues, a Nabucodonosor a los perros, pero a Babilonia y a sus habitantes, que amaban y adoraban a Marduk, debería salvarseles. Que Nabucodonosor sólo mostrase su faz al pueblo reunido ante su palacio, que apareciera en medio de su pueblo, él, que había sido su gracioso bienhechor en otro tiempo. Que todos, ricos y pobres, pudieran prestar homenaje de nuevo a su amadísimo rey...

Pero el pueblo de Babilonia esperó en vano, presa de un terrible miedo. *¡Nabucodonosor ha pecado! ¡Nabucodonosor ha provocado la ira de Marduk! ¡La furia de los dioses ha caído sobre todos nosotros! ¡Que expíe, pues, su pecado, Nabucodonosor! ¡Que pida perdón! ¡Los dioses no esperan a que muera el pecador para enderezar con la muerte sus culpas y evitar el castigo!* Pero Nabucodonosor estaba rodeado por los siete diablos que le roían el cuerpo mientras dormía. Nabucodonosor estaba acosado por demonios que se burlaban de él, por la misma maldad de su propia alma, y se ocultaba de los ojos de su pueblo, cerrando ojos y mente al tumulto que se agolpaba por fuera de las puertas de su palacio. Una angustia malsana le estaba devorando, como un gusano dentro de una fruta.

Nabucodonosor convocó a sus sacerdotes, adivinos y astrólogos, sólo para

echarlos a puntapiés como a perros. Que volvieran a sus entrañas humeantes, a sus cajas de perfumes, a su infinito universo de planetas, si él, cuya gloria tenía que resplandecer durante toda la eternidad, se veía privado de esta paz del alma que con tanto ahínco buscaba. Inculpó a los dioses y se arrastró de rodillas ante ellos. A su alrededor, todo, hasta las sombras, se había deformado en formas amenazadoras, iluminadas por las llamas de la alucinación. Él, ante quien todo el mundo había temblado, se había transformado en una caricatura de sí mismo. Inclinando su rostro hasta el suelo, imploraba a los dioses para que le perdonasen sus pecados, humillándose ante ellos: Señor: Mis pecados son muchos y *mis transgresiones son graves... Dios está irritado contra mí. ¡Que quiera apaciguarse! ¡Que libere mi cuerpo afligido de todas sus penas y dolores! ¡Que libere mi corazón atormentado! ¡Que libere mi alma!*

Después de cuarenta y dos años de triunfantes empresas, el reinado de Nabucodonosor y con él la hegemonía de Babilonia tocaban a su fin. La leyenda dice que el envejecido Nabucodonosor había tenido el presentimiento de lo que había de ocurrir. En un intervalo lúcido, arrebatado por la fiebre profética, Nabucodonosor reunió a todos sus oficiales, sacerdotes, funcionarios, obreros y esclavos y desde las altas terrazas de su palacio les mostró la gran ciudad que se extendía a sus pies, con estas palabras: Yo, Nabucodonosor, os *profetizo la calamidad que se cierne sobre vosotros y que ni Marduk, mi Creador, ni Sin, ni Ishtar han conseguido persuadir a la diosa del destino para que os la evite. Una muía persa vendrá con sus dioses para que la ayuden. Y os impondrá la servidumbre. Su cómplice será un meda que en otro tiempo fue altamente honrado por Asiría. Así hubieran querido los dioses que antes de traicionar a sus conciudadanos hubiese perecido ahogado en un torbellino del mar, o se hubiese adentrado en el desierto donde no hay ciudades, ni pueblos, ni caminos hollados por la planta del hombre, y donde vagabundean en abundancia las fieras y bestias salvajes, para perderse por fin en las yermas peñas de las cañadas.*

Esa muía persa de quien habló el viejo rey era Ciro, el aqueménida, el cual al dar tres palmadas produciría el hundimiento de Babilonia. La vida de Nabucodonosor fue desvaneciéndose lentamente. Se hizo preparar el sepulcro. Los espíritus del mal planeaban por doquier, asquerosos y expectantes. Por última vez Nabucodonosor fue ataviado con todo su noble y esplendoroso arreo de guerra y en su muerte resplandecía como sí estuviera *en el cielo*. Siguiendo el cortejo fúnebre de aquel rey prodigioso iba Nabónido el Piadoso, destinado a ser el último de la Casa Real de Babilonia.

Y los judíos, recordando a Jerusalén desde las profundidades de sus ghettos babilónicos, empezaron a redoblar sus tambores y a entonar un nuevo cántico de libertad: *Plantad un estandarte en el suelo, trompetead entre las naciones, preparad a las naciones contra ella... Porque del norte se ha levantado una nación contra ella y ya se acerca para hacer de su país tierra de desolación...*

Los últimos años de Nabucodonosor ensombrecieron un brillante reinado, uno de los más grandiosos de la Historia del Mundo. El también podía haber inscrito sobre la piedra, lo mismo que hiciera antes Asurbanipal, las acerbas reflexiones de un gran hombre que, en el cenit de su gloria, siente, de pronto, toda su inmensa futilidad: Puesto que... *he hecho el bien tanto a los dioses como a los hombres, tanto a muertos como a vivos, ¿por qué será que la enfermedad, el remordimiento, la tristeza y la destrucción se me aferran? La tristeza del alma y la tristeza del cuerpo han encorvado mi forma. Me paso los días en suspiros y lamentos... La muerte de todo está acabando también conmigo...* Nabucodonosor no pudo escapar al poder de los demonios del mundo babilónico, de esos implacables portentos del mal, que nadie podía ni debía ignorar. Un exceso de fantasías le había conducido a una vejez prematura. ¿Cuántos conquistadores, cuyas hazañas se han exagerado tanto en el transcurso del tiempo que han llegado a perder todo sabor de realidad, han tenido este sentimiento de que

sus victorias, en resumidas cuentas, carecían de importancia y han llegado al final de sus días, como el propio Nabucodonosor, con una acerba melancolía corroyéndoles el alma como un ácido? Las palabras de un escritor anterior a él podían haber sido las de Nabucodonosor: *Mis fuerzas me abandonan; preveo un pésimo destino. Mi tumba está abierta y de mi mansión ya han tomado posesión otros antes de que yo esté muerto. La desgracia me pisa los talones...*

Una astuta administración y un inspirador caudillaje habían caracterizado los gobiernos de Hammurabi y de Nabucodonosor y habían producido una rica respuesta en el pueblo de Babilonia. Pero hay muy pocas trazas de estas dos características en los años que siguieron a la muerte de Nabucodonosor. Se habría requerido una gran determinación y un gran vigor para resolver eficazmente las complicaciones políticas que se cernían sobre Mesopotamia en esta encrucijada de su historia; y como que durante los ocho años siguientes a la muerte de Nabucodonosor reinaron sucesivamente nada menos que tres reyes, poco tiene de sorprendente que las cosas empezaran a cambiar de cariz en perjuicio de Babilonia. La entronización de Nabónido, probablemente instalado en el trono por los sacerdotes con la esperanza de que realizara nobles hazañas en nombre de los dioses, no mejoró la fortuna de Babilonia. Los principales intereses de Nabónido se centraban en empresas pacíficas, como en la construcción y reparación de edificios, en actividades religiosas y en el estudio de los textos antiguos, y finalmente delegó en su hijo Baltasar los asuntos referentes a la política y a la defensa del imperio.

Mientras tanto, una nueva potencia había surgido al este de Mesopotamia. Persia, bajo Ciro el aqueménida, iba a demostrar al mundo que se podía proseguir una política de expansión territorial sin tener que destruirlo todo. La fuerza de Ciro ya había demostrado ser superior a la de los medas, cuyo reino se había anexionado, estableciendo la capital en Ecbatana. Victorioso también en Asia Menor y en sus fronteras orientales, Ciro volvió su atención hacia Babilonia, cuyo control le proporcionaría el dominio de Siria y de la costa occidental. Según Ciro, el mismo Marduk, el dios de Babilonia, era quien había dirigido sus pasos hacia la ciudad, *acompañándole como un amigo*.

Resulta difícil desentrañar lo que es hecho real de lo que es ficción legendaria, de los varios relatos que hay de la caída de Babilonia en el año 539 a. de J.C. Ciro declara simplemente que Marduk le permitió entrar en la ciudad *sin lucha ni combate*. Una inscripción contemporánea de Ciro dice que *todo el pueblo de Babilonia, todo Sumer y Accad, los grandes y gobernadores de las ciudades se inclinaron ante él, le besaron los pies, se entusiasmaron con su soberanía y sus rostros brillaron de alegría*. Sería sorprendente que la bienvenida de los babilonios fuese tan cordial como pretende hacernos creer la inscripción, y, si es cierto que hubo poca resistencia, lo más probable es que la ciudad fuese tomada por sorpresa. Las fortificaciones de Babilonia, gracias a las obras hechas por Nabucodonosor y sus predecesores, eran casi inexpugnables, y los recursos con que contaba la ciudad eran de tal magnitud que no había motivo para que los babilonios temieran un asedio prolongado. La entrada de Ciro en Babilonia, según Herodoto y Jenofonte, se efectuó por medio de una audaz treta de estrategia. El Eufrates, que pasaba por la ciudad, fue desviado por los persas hacia una inmensa trinchera construida por fuera de las murallas, de modo que el ejército persa, en una noche en que el pueblo de Babilonia estaba celebrando una festividad religiosa, penetró en la ciudad por el lecho seco del río. Y según las palabras de Jenofonte: *Debido a la enorme extensión de la ciudad, los habitantes del centro no supieron nada de lo ocurrido hasta mucho tiempo después de que los distritos arrabaleros de Babilonia hubiesen sido tomados por los persas, y...} mientras tanto, continuaron danzando y refocilándose hasta que no hubo dudas para ellos de que la captura de la ciudad era un hecho*.

La independencia de Babilonia terminó aquí para siempre. Pero Ciro, que

consideraba la toma de la ciudad como la liberación del pueblo babilonio, adoptó desde un principio sus prácticas tradicionales y legitimizó su sucesión como rey de Babilonia cogiendo *de la mano al dios Bel*. Y antes de que hubiera transcurrido un año ordenó la liberación de los judíos del cautiverio en que los babilonios les tenían, devolviéndoles, además, los vasos sagrados de oro y plata, de modo que, en el año 537 a. de J.C., los judíos se pusieron en marcha, en número de más de cuarenta mil, para reconstruir su templo en Jerusalén: *De este modo conocerán que yo soy el Señor, su Dios, el cual fue la causa de que fueran llevados a Babilonia en cautiverio entre los pápanos; pero los he reunido de nuevo en su propio país y no he dejado a ninguno en Babilonia.*

El imperio aqueménida, bajo Ciro, estableció tres grandes capitales en Susa, Ecbatana y Babilonia, respectivamente. En tiempo de Darío, el noveno soberano de la estirpe persa, el imperio había llegado a ser el más *extenso de la historia del mundo* y abarcaba Siria, Mesopotamia, Egipto, Asia Menor, las ciudades e islas griegas y parte de la India. Dé estas antiguas civilizaciones, con todo su acervo de tradición y genio y con toda su abundancia en recursos materiales, procedían los mejores y más refinados artistas y artífices de la época, para servir al rey persa. Un texto de Darío, quien vivió durante algún tiempo en Babilonia, conmemora la construcción de su magnífico palacio de Susa, proyectado y decorado a estilo babilónico, con leones, toros y animales mitológicos en ladrillos esmaltados y policromados: *...Este es el palacio que yo construí en Susa. Su ornamentación fue traída de muy lejos. La tierra fue excavada hasta que se dio con la roca. Una vez efectuada la excavación ésta se llenó de escombros, en una parte en una profundidad de 40 codos y en otra, de 20 codos. Sobre estos cimientos de escombros se construyó el palacio.*

La excavación *de la tierra, la colocación de los cimientos y el moldeamiento de los ladrillos secados al sol fueron realizados por el pueblo babilonio*. La *madera de cedro, procedente de una montaña llamada Líbano, fue traída de allí; los asirios la llevaron a Babilonia y desde Babilonia, los carios y los jonios la llevaron a Susa. La madera de yaka fue traída de Gándara y de Carmania. El oro fue traído de Sardis y de Bactria y fue trabajado aquí. Las piedras preciosas llamadas lapislázuli y cornelina, que también fueron trabajadas aquí, se trajeron de Sogdiana. La piedra preciosa llamada turquesa fue traída de Corasmia y trabajada aquí. La plata y el ébano fueron traídos de Egipto. La ornamentación con que se adorna la muralla fue traída de Jonia. El marfil, trabajado aquí, fue traído de Etiopía y de Sind y de Aracosia. Las columnas de piedra, que fueron trabajadas aquí, se trajeron de un pueblo de Elam cuyo nombre es Abiradus. Los picapedreros que trabajaron la piedra fueron jonios y sardos. Los aurífices que trabajaron el oro fueron medas y egipcios. Los hombres que acarrearón la madera fueron sardos y egipcios. Los hombres que trabajaron el ladrillo cocido fueron babilonios. Los hombres que adornaron las murallas fueron medas y egipcios. Dijo Darío, el rey: En Susa se ordenó la ejecución de (una obra) *excelentísima; una (obra) excelentísima fue (completada). Que me proteja Ahuramazda, y mi padre Hystapes, y mi patria.**

El famoso palacio de Darío en Persépolis, construido muy poco después, era, en muchos respectos, similar al de Susa y fue obra de los mismos artistas, artífices y artesanos. En la terraza del palacio de Persépolis, el sucesor de Darío, Jerjes, erigió una enorme estructura flanqueada por toros alados de cabeza humana, parecidos a los que guardaban las puertas de entrada de los soberanos asirios. Y en su gran sala *de las cien columnas*, inacabada aún cuando le sobrevino la muerte, el rey estaba representado en bajorrelieve en forma de un héroe triunfador de monstruos, tema favorito del arte babilonio, que era a su vez un eco de la antiquísima epopeya sumeria de Gilgamés.

El imperio aqueménida de Persia estaba destinado a durar otros doscientos años después de la caída de Babilonia, aunque su influencia fue declinando al

acercarse a su fin. Con el rápido apogeo de Alejandro Magno, el imperio persa se hundió totalmente y, en el curso de sus últimas campañas, el macedonio entró en Babilonia, donde fue recibido como libertador. El gobernador persa continuó en su cargo, de acuerdo con la política habitual de Alejandro, pero éste dio órdenes para que fueran reconstruidos los grandes templos destruidos por Jerjes. Sin embargo, la restauración de la torre de Babel demostró ser empresa imposible. *Se calculó que diez mil hombres no serían capaces de quitar los escombros en dos meses.* Alejandra proyectó un gran renacimiento de la ciudad como centro marítimo comercial que uniera la India con Egipto, pero a su vuelta a Babilonia, en el año 323 a. de J.C., mientras preparaba una nueva campaña contra Arabia, cogió unas fiebres y murió. Y con su muerte, Babilonia quedó abandonada.

Del arte de los babilonios poseemos muy pocos ejemplares; se perdió una cantidad considerable del tesoro de Babilonia en las dos grandes destrucciones que hubo de la ciudad, la primera por los hititas y la segunda por Senaquerib. De Asiría ya tenemos más material, especialmente en forma de bajorrelieves y esculturas en general, muchos de los cuales pueden ser estudiados en el Louvre y en el Museo Británico. Al tocar brevemente este tema tan complejo, sólo es posible perfilar ciertos aspectos que caracterizan al arte mesopotámico en su conjunto y que, por regla general, no se encuentran en las obras de arte que nos son familiares a nosotros, los habitantes de la Europa Occidental.

El arte mesopotámico puede describirse como un arte muy convencional. A nuestros ojos nos aparece carente de emoción, como una mera exposición de los aspectos más nobles de la vida o de los desastres de la guerra. Una y otra vez, en los bajorrelieves, se representa a los vencidos, muertos o suplicados, echados por el suelo, con los ojos ya fijos en los infiernos. La caracterización y las actitudes, su línea, estatura y movimientos quedaron fijados de una vez para siempre según un modelo invariable siglo tras siglo. Las figuras esculpidas en los bajorrelieves históricos que adornaban los palacios tenían que ser estereotipadas según la relativa importancia de su condición social. Hay que tener presente qué, para el artista, encargado de expresar un acto que será repetido mil y mil veces más, según las reglas y según los ritos, la representación pública de las escenas de la vida debe saber prescindir de esos engorrosos complejos que constituyen los volúmenes y las dimensiones del espacio. Sólo la incisión vigorosa del aguafuertista importa para dar vida y luz al granito de las estelas o de las murallas.

Los babilonios y los asirios, igual que muchos de sus predecesores, no parecen haberse dado cuenta del placer estético que puede derivarse de la contemplación de una determinada forma o de un delicado colorido. Los asirios no eran grandes pintores; sólo dos colores parecen haber sido usados por ellos, como indican los restos de materia colorante que se han descubierto en los edificios anexos al palacio de Sargón en Khorsabad: un color rojo, que es el sesquióxido de hierro, y otro color azul, que es lapislázuli pulverizado, el cual los artífices aplicaban juntamente con una capa de materia glutinosa sobre los ladrillos de arcilla cocida, previamente recubiertos de cal. Toda idea de perspectiva, de matiz o de difuminación era completamente ajena al modo de ser del artista mesopotámico. «Su manera de tratar la obra de arte era puramente intelectual. Para él, los elementos que componían una escena habían de tratarse enteramente según su relativa importancia; cuanto mayor era el rango, tanto mayor tenía que ser el tamaño; un dios tenía que ser mayor que un rey; un rey tenía que ser mayor que una reina y los sujetos reales tenían que ser aún menores de tamaño. Además, mientras nosotros tomamos en consideración las proporciones y las reglas de la perspectiva al diseñar los diversos elementos de una escena, el arte oriental diseña la misma escena como si toda ella se viera desde un imaginario punto central. Los cuatro puntos cardinales van uno a continuación del otro, como las caras de una caja de cartón abierta y aplanada. Pero la práctica más corriente es la de la

escuela de Amarna: es como si el espectador estuviese situado directamente frente a la escena representada y, aunque se observan las proporciones relativas, no hay escorzo alguno, ya que la noción de la perspectiva está completamente ignorada.» (*Le Paysage dans l'Art de la Mesopotamie ancienne*, por M. Rutten, *Syria*, 1941.)

El material sobre el que tenía que trabajar el artista evidentemente no se prestaba a sutilezas. El impacto de su arte es parecido a un golpe de gong, resonante y triunfante, sin ninguno de los efectos suavizadores de las variaciones menores que pueden inducir a cualquiera que **se** halle en un estado receptivo apropiado a la sugerencia o al énfasis de las figuras representadas, o a la sutil indicación del significado de un objeto determinado. En el arte mesopotámico se emplean una serie de símbolos: por ejemplo, una sola hoja basta para representar la vegetación lujuriente de los palmerales mesopotámicos. «Los aspectos remotos del paisaje aparecen como si estuvieran en primer término, ya superpuestos como si estuvieran flotando en el aire, ya distribuidos en diferentes niveles, de arriba abajo.» Los artistas representaban no lo que veían, sino lo que les habían dicho que había ocurrido. Raras veces representan algo en tres cuartos, ya que las verdaderas dimensiones del objeto debían de ser adecuadamente representadas. Los paisajes son raros y carecen de fluidez de línea y de color local. El agua se representa por medio de líneas onduladas, los océanos por ondas, las montañas por festones; la tierra es un rombo rayado, y así sucesivamente. Los animales representados en los vasos más modernos son, a menudo, geométricos y las principales figuras se reducen a siluetas, grabadas sólo en su perfil.

Pero el arte mesopotámico, a pesar de todo lo dicho, es un documento histórico de un valor inapreciable y difícilmente podemos pedirle que nos ofrezca más que aquello que en su tiempo se intentó oficialmente que pudiera ofrecer. El propósito de este arte era relatar gráficamente, en las paredes de los templos y de los palacios, las triunfales hazañas de los reyes y de los dioses en frisos monumentales, cuya intención era primordialmente informativa y no atractiva para la vista. La ordinaria vida cotidiana, con sus placeres y pasatiempos, no se representó en ninguna parte. El arte mesopotámico era un arte oficial, de significado mágico y religioso, y no un arte para ser saboreado por la élite por su mérito estético; era un arte que posiblemente había sido empleado, tal vez intencionadamente, con fines propagandísticos. Semejante tipo de arte no necesitaría los servicios de un intérprete para comunicar instantáneamente al mundo exterior lo que era y lo que intentaba seguir siendo aquel grandioso y formidable imperio,

IV. LA CIUDAD DE BABILONIA

Según la historia accadia de la Creación, Babilonia fue fundada *en el principio del tiempo* por las divinidades celestiales menores, para que en ella pudieran habitar los grandes dioses. Una vez terminada la obra hubo grandes regocijos y Marduk, Creador y Señor del Cielo y de la Tierra, se dirigió a los dioses reunidos con estas palabras: *Esto es Babilonia, vuestro hogar; divertíos en su recinto y ocupad sus amplios edificios.*

El lugar donde se erigió Babilonia fue ciertamente ocupado en tiempos prehistóricos, como lo atestiguan los instrumentos de sílex y otros objetos de piedra que se han descubierto allí. El nombre sumerio de Babilonia era Ka-Dingir-Ra, lo cual en accadio se transformó en bab-ili o Bab-ilani, o sea la puerta *de dios*, o la puerta *de los dioses*. Según parece, ya desde los más remotos tiempos existió en Babilonia un templo, llamado Esagila, dedicado al culto de Marduk; este templo fue reconstruido y enriquecido por Sargón de Agade y más tarde fue destruido durante el renacimiento sumerio bajo la Tercera Dinastía de Ur. Antes de llegar a ser la gran capital política del siglo XVIII a. de J.C., Babilonia había sido un antiquísimo centro religioso, y retuvo esta función durante todo lo que duró la historia de la ciudad.

En 1898, el eminente arqueólogo Robert Koldewey fue encargado por el kaiser Guillermo II y la Sociedad Oriental Alemana de llevar a cabo una excavación sistemática del sitio donde se había levantado la ciudad de Babilonia. Este trabajo continuó durante dieciocho años y en él tomaron parte gran número de distinguidos especialistas, entre los cuales hay que contar a B. Meissner, Lindl, F. Weissbach, W. Andrae, J. Jordán, A. Nöldeke, G. Buddensieg, O. Reuther, F. Wetzel, F. Baumgarten, F. Langenegger, J. Grossmann y K. Müller. La inmensidad y la complejidad del lugar hizo que su investigación se transformara en una empresa colosal. Las excavaciones efectuadas en el barrio residencial de Merkes, que es la parte más antigua de Babilonia, revelaron una serie de capas de ocupación, de las cuales la más reciente era parta, muy poco por debajo de la superficie; más abajo se continuaba con el estrato helenístico, el persa y el neobabilónico, y más abajo todavía había los estratos asirio y casita. A doce metros de profundidad había las ruinas de la época de Hammurabi y de la Primera Dinastía de Babilonia. Por debajo de este nivel fue imposible investigar, a causa de haber subido el nivel de las aguas.

La evidencia arqueológica, por consiguiente, no nos lleva más allá, en la historia de la ciudad, que hacia el año 1800 a. de J.C, y aunque Koldewey pudo formarse una idea aproximada del plano de las casas y de las calles del barrio de Merkes desde la época casita en adelante, sólo tuvo datos fragmentarios de los otros barrios de la ciudad en épocas anteriores a la neobabilónica, porque hay que tener presente que la ciudad quedó prácticamente obliterada a manos de Senaquerib. La mayor parte de los restos revelados por las excavaciones han podido ser identificados como obra de Nabucodonosor. Pero los estudios de Koldewey demostraron que, en términos generales, Babilonia conservó las mismas características esenciales a lo largo de toda su historia y que el plano de la ciudad no sufrió alteraciones desde la época de Hammurabi a la de Ciro.

Cuando Herodoto visitó la ciudad de Babilonia en el siglo V antes de J.C. anotó varios detalles interesantes que todavía se conservaban desde la época neobabilónica: *La ciudad está dividida en dos partes por el río que fluye por el centro de ella. Este río es el Eufrates, río ancho, profundo y rápido que nace en Armenia y desemboca en el mar Eritreo. Las murallas de la ciudad llegan por ambos lados hasta la misma orilla del río; desde los ángulos de la muralla pasa de una orilla a otra del río una tapia de ladrillo cocido. La mayoría de las casas tienen tres o cuatro pisos; las calles están trazadas en línea recta, no solamente aquellas que son paralelas al río, sino también las que las cruzan y van a parar al río. Al final de cada una de estas calles traveseras*

que llevan al río, hay unas puertas bajas en la valla que da al río, las cuales están fabricadas de bronce, igual que las grandes puertas de la muralla exterior, y estas puertas de bronce dan al río. La muralla exterior es la principal defensa de la ciudad. No obstante, hay una segunda muralla interior, de menos espesor que la exterior, pero muy poco inferior a ésta en cuanto a fortaleza. El centro de cada división de la ciudad está ocupado por un fuerte. En uno de ellos está el palacio real, rodeado de una muralla de gran resistencia y tamaño; en el otro fuerte hay el sagrado recinto de Júpiter Belus, que es un cuadrado de dos estadios de lado, con puertas de sólido bronce; todo lo cual aún estaba en pie cuando yo lo vi. En el centro de este recinto había una torre construida de sólida albañilería..., sobre la cual se alzaba una segunda torre y sobre ésta una tercera y así sucesivamente hasta ocho. La subida hacia la cumbre se hace desde el exterior, por medio de un pasaje que da la vuelta a todas las torres. Cuando se llega a la mitad de la subida hay una plataforma para descansar, con asientos, donde todo el mundo puede sentarse para tomar fuerzas y terminar el ascenso. En lo alto de la torre más alta hay un espacioso templo y dentro del templo hay un diván de gran tamaño, ricamente adornado, con una mesa de oro a su lado... También declaran ellos —pero eso yo no lo creo— que el dios baja en persona a esta cámara y duerme sobre el diván.

Esta torre de pisos descrita por Herodoto era la bíblica Torre de Babel: Y sucedió que, mientras viajaban procedentes del este, se encontraron con una llanura en la tierra de Shinar; y allí se quedaron a vivir. Y se dijeron unos a otros: Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos bien. Y así tuvieron ladrillos en lugar de piedra, y légamo (betún) en lugar de mortero. Y dijeron: Vamos a construir una ciudad y una torre cuya cima llegue hasta el cielo... Para los babilonios la torre en cuestión fue conocida con el nombre de Etemenanki, o sea la casa de la fundación del cielo y de la tierra; fue el más famoso de todos los ziggurats de la antigua Mesopotamia y databa, con toda probabilidad, del tercer milenio a. de J. C. Fue restaurada muchas veces. Lo que Herodoto refiere con la denominación de sólida albañilería era una enorme construcción de ladrillería, con capas de esteras de cañas intercaladas a intervalos regulares, con objeto de proporcionar a la vez un buen drenaje y un buen refuerzo. La torre quedó hecha una ruina en manos de Jerjes antes de que el resto de la ciudad se hundiera en un inmenso montón de escombros, pero su fama llegó a ser tal que muchísimos años más tarde aún había viajeros que explorando por aquellas regiones describían con fantásticos detalles la fenomenal *Torre de Babel*, convencidos de que la habían visto. No lejos de Bagdad, las ruinas del *ziggurat* rojo de Aqarquf se yerguen aún, igual que un enorme signo heráldico, a una altura de 56 metros sobre el nivel de la llanura y, hasta el final del siglo XVIII se tomó erróneamente a esta torre por la de Babilonia. La confusión de montículos y de ruinas en la localidad y las igualmente confusas leyendas que a ellos se atribuían son evidentes en la narración de John Cartwright, quien visitó Bagdad y sus alrededores allá en el año 1603: «Dos sitios de gran antigüedad vimos en el campo; uno de ellos era las ruinas de la antigua Torre de Babel (como los habitantes de aquella región sostienen que es), construida por Nemrod, el sobrino de Cam, el hijo de Noé. Y actualmente lo que de ella queda se llama todavía "los restos de la Torre de Babel"; y allí está aún, de una anchura de un cuarto de milla y de una altura aproximadamente igual a la de la punta de la torre de San Pablo, en Londres. Fue construida con ladrillos cocidos, cimentada y acoplada con mortero bituminoso hasta el final, para que no pudiera resquebrajarse. Los ladrillos son de tres cuartos de yarda, en longitud, y de un cuarto de espesor, y entre cada una de las capas de ladrillos hay intercalada otra capa de esteras hechas con cañas y hojas de palmera, tan frescas de aspecto como si hubieran estado colocadas allí el año anterior.

El otro sitio notable es el de las ruinas de la antigua Babilonia, porque ésta fue la primera ciudad que se construyó después del Diluvio. Algunos creen que las ruinas de la torre de Nemrod no son más que los cimientos del templo de Bel y que, por lo

tanto, muchos viajeros han quedado engañados creyendo haber visto una parte de la famosa torre que construyó Nemrod Pero, ¿quién puede decidir entre lo uno y lo otro? Pudiera muy bien ser que aquel confuso caos que nosotros vimos fuesen las ruinas de ambos y que el templo de Bel estuviese fundado sobre el de Nemrod. (Purchas his Pilgrimes, vol. VIII, pp. 520 y ss.)

El templo *de Bel* es de suponer que fuera el mismo que Herodoto denominó *el sagrado recinto de Júpiter-Belus*. El dios Bel, palabra que significa Señor, era Marduk, cuyo templo Esagila, asociado a la fundación de Babilonia, estaba junto al *zigurat*. El templo y la torre, aunque edificios separados, simbolizaban conjuntamente a Babilonia, hogar de los dioses y centro del culto, alrededor de cuyos edificios creció y se extendió la gran capital del mismo nombre.

La muralla exterior, construida por Nabucodonosor, era una doble construcción, coronada con torres de guardia, y tenía un circuito de dieciocho kilómetros. Una notable característica de la muralla era su magnífica calzada en lo alto. Era una calzada lo bastante ancha para dejar pasar cómodamente una cuadriga, y aún dos podían cruzarse sin chocar. Esta avenida aérea era, igual que los Jardines Colgantes, una de las maravillas del mundo antiguo, y uno puede imaginarse el aspecto impresionante que tendrían las cuadrigas babilónicas *veloces* como el *viento*, corriendo en lo alto de aquella fantástica calzada. Había una muralla interior que también constituía una doble fortificación y que se extendía por ambas orillas del Eufrates. Esta última fortificación era de ladrillo crudo, y sus dos murallas recibían el nombre de Imgur-Enlil y de Nimid-Enlil, respectivamente. Su construcción y ulterior restauración se hallan asociadas a los nombres de Asurbanipal, Nabopolasar, Nabucodonosor y Nabónido.

Nabucodonosor ha hecho constar la terminación de su sistema defensivo externo, con evidente satisfacción: *Para que ningún asalto pudiese alcanzar a Ímpur-Enlil, la muralla de Babilonia, yo hice lo que ningún otro rey había hecho..., a tal distancia que (el asalto) no pudiese llegar cerca, hice construir una poderosa muralla en el lado oriental de Babilonia. Excavé su foso y construí la escarpa con betún y ladrillos. En su borde construí una poderosa muralla, alta como una montaña. En ella abrí anchos portales y ajusté en ellos puertas dobles de cedro, chapadas de cobre. Para que el enemigo cargado de malas intenciones no pudiese presionar Babilonia por los flancos, la rodeé de un gran terreno inundado, así como la tierra está rodeada de mar.*

Las ocho puertas de la ciudad fueron dedicadas a las principales divinidades adoradas por los babilonios. Acaso la más famosa de todas ellas fuera la Puerta de Ishtar, situada al norte de la ciudad. Al este había la Puerta de Marduk y la de Ninurta, dios de la caza y de la guerra, y al sur, la Puerta de Urash, vieja divinidad acadia de la ciudad sagrada de Dilbat, que no estaba muy lejos, al sur de Babilonia. Estas cuatro puertas fueron descubiertas y excavadas por Koldewey, quien, además, pudo identificar los sitios de cuatro puertas más con razonable certidumbre: al norte, la Puerta de Sin, el dios lunar; al sur las Puertas de Enlil, el dios del cielo, y de Shamash, el dios del sol, y al oeste, la Puerta de Adad, el dios de las tempestades.

La carretera del norte era la mejor y la más frecuentada. El viajero que llegase por esa ruta avanzaba por entre palmerales y campos para pasar luego entre las casas del arrabal, con sus calles animadísimas con mercaderes y vagabundos, jinetes a caballo, carros y carretas. A poca distancia de la muralla interior de la ciudad se encontraría con la magnífica Vía Procesional, la cual, a través de la Puerta de Ishtar, lo llevaría al Esagila, el templo de Marduk, y al imponente *zigurat* Etemenanki. Esta avenida, de más de un kilómetro de longitud, era una de las más hermosas del mundo antiguo, era los Campos Elíseos de Babilonia, bordeada con templos y palacios. Por la parte de levante, pasada la Puerta de Ishtar, había el templo de Ninmah, la diosa de

los muertos, flanqueado de torres y típicamente decorado, como todo edificio sagrado, con estrías acanaladas verticales. Koldewey lo encontró en un relativo buen estado de conservación, con su celia, habitaciones de los sacerdotes y almacenes, todo perfectamente reconocible.

Un poco más adelante había el templo de Ishtar de Agade, construido según el plano habitual, con un pozo de agua en el patio y el altar en el exterior del templo, frente a la entrada. En la celia, Koldewey encontró la urna de la fundación del templo hecha de ladrillo, y dentro de ella una pequeña estatuilla. Este templo, igual que la mayoría de los monumentos de Babilonia, fue restaurado varias veces, muy especialmente por Nabucodonosor. Estaba situado en el barrio residencial de Merkes, que era la parte más antigua de la ciudad, con sus avenidas pavimentadas con grandes losas, con sus pequeños jardines y patios con profundos pozos, sus casas cúbicas, con azoteas y sin ventanas, como extraños edificios surrealistas, deslumbrantes bajo el sol del mediodía y misteriosos en el crepúsculo. Fue en este barrio donde Koldewey descubrió bajo los cimientos de las mayores casas particulares, con sus sólidas paredes de ladrillo crudo y muy por debajo del estrato neobabilónico, unas tablillas de la Primera Dinastía de Babilonia. Estas tablillas permanecían intactas debajo de una gruesa capa de cenizas a consecuencia de un incendio que asoló la ciudad treinta y cinco siglos antes.

Herodoto ya había notado que las calles de la ciudad eran, en su mayoría, rectas, característica actual de muchas ciudades americanas. En esta parte de la ciudad no se encuentran grandes espacios abiertos que puedan hacer pensar en la existencia de mercados o de plazas públicas; por consiguiente, parece haber sido un barrio muy congestionado aunque evidentemente planeado a base de líneas sistemáticas.

En la otra parte de la Vía Procesional, un poco más atrás, se levantaba la Ciudadela Meridional, vasto complejo de edificios, entre los cuales se contaba el palacio de Nabucodonosor y cuya construcción requirió varias décadas y una cantidad prodigiosa de trabajo forzado para completarse. La ciudadela debió de ser visible desde muy lejos; estaba situada en un lugar elevado, entre el Eufrates al oeste, la Vía Procesional al este, la muralla interior al norte y el canal Libilhegalla al sur. El palacio de Nabucodonosor fue construido como monumento al genio y al poderío de los reyes de Babilonia: *Ya que mi corazón no deseó que la morada de mi Majestad fuese en otro lugar, ya que no he construido ningún palacio real en ninguna otra parte..., mi morada en Babilonia se había hecho insuficiente para la dignidad de mi Majestad. Como que el temor de Marduk, mi señor, habitaba en mi corazón, no quise alterar su calle para ensanchar mi fortaleza, la sede de mí realeza en Babilonia. No hice ningún daño en su santuario, ni rellené su canal, sino que busqué a cierta distancia habitación para mí. Yo construí..., una elevada mansión para mi real morada, con asfalto y ladrillo cocido, y la uní al palacio de mi padre. En un mes favorable y en un día propicio, molí firmemente los cimientos en el regazo del mundo inferior y elevé su cima tan alta como las montañas... Hice que los poderosos cedros, el producto de las altas montañas..., y seleccioné unos finos cipreses para que fueran colocados horizontalmente en la parte del techo. Los batientes de las puertas, de mismakanna, cedro, ciprés y usu, y de marfil chapado de plata y oro y adornado con cobre; yo ajusté los trancos y bisagras de bronce en las puertas e hice que la sobrepuerta estuviese adornada con una cornisa azul.*

La entrada principal era por la Puerta de Beltis, guardada, como todas las entradas del palacio, por leones de basalto, parecidos a los de los palacios asirios. A través de esta puerta se entraba directamente en el patio de levante, el primero de los cinco grandes patios del palacio e, indudablemente, escena de una incesante actividad por parte de los servidores reales, de los guardias, de los escribas, de los baru, todo el mundo, en fin, que iba y venía de sus asuntos en aquella inmensa

ciudadela real. Estos espaciosos patios, abiertos al aire libre, cuyas puertas estaban adornadas con frisos de leones, brillantemente coloreados en ladrillos esmaltados, conducían al Salón del Trono, escena del famoso festín de Baltasar. Agrupados alrededor de los diversos patios y accesibles por medio de pasadizos había los edificios destinados a la guarnición, las oficinas domésticas y administrativas, las habitaciones particulares del rey y el harén. Koldewey creyó que en el mismo recinto se fabricaban vasijas para el uso real porque, en el curso de sus excavaciones encontró un gran número de vasijas de formas muy elegantes, que los griegos conocían con el nombre de alabastros.

Gran parte de las actividades oficiales tenían lugar en los patios del palacio; el contribuyente lamentándose de sus dificultades pecuniarias ante el asesor oficial era sin duda allí un espectáculo familiar. Ni el mago más hábil, con toda su batería de amuletos podía haber hecho desvanecerse en el aire toda la caterva de astutos recaudadores de contribuciones, con sus listas de ingresos atribuidos, excesivamente satisfactorios. Los trofeos de guerra traídos de lejanas tierras adornaban éstos patios. Se podía encontrar allí, por ejemplo, una estela del dios hitita Teshup, el dios de la tramontana; estatuas procedentes de Mari, la antigua rival de Babilonia; bajorrelieves ennegrecidos por el fuego y robados de Nínive; estelas del feroz Asurbanipal de Asiría, o aquel famoso León de Babilonia, de basalto, probablemente de origen hitita, que aplasta a un hombre con sus garras.

Al sur del palacio había el Salón del Trono de los reyes babilonios, inmenso salón de cincuenta y seis metros por diecinueve. Aquél era el *sancta sanctorum* de la soberanía temporal, del mismo modo que el Esagila lo era del omnipotente y universal dios Marduk. Era una estancia magnífica, con su larga fachada brillantemente esmaltada. La decoración, sobre un fondo azul, consistía en guirnaldas de palmas y columnas coronadas por dobles capiteles, esmaltadas en oro, negro, blanco, amarillo y rojo, todo ello resaltado por el brillantemente policromado friso de los leones de la puerta principal. El efecto total hubo de ser notablemente refrescante en comparación con el ardiente azul del cielo mesopotámico.

Este palacio fue muy celebrado entre los historiadores de la antigüedad como el lugar donde estaban los famosísimos Jardines *Colgantes de Babilonia*. Se cree que estos jardines fueron edificadas por el rey para que así Amyitis, hija del rey de los medas, que por razones diplomáticas había llegado a ser su esposa, pudiese recordar los árboles y las flores de su país natal. Esta maravilla del mundo antiguo ha sido objeto de eternas especulaciones. Es de suponer que estos jardines serían visibles desde muy lejos y que constituían la gracia cumbre de Babilonia. Algunas de las más antiguas leyendas, todavía en circulación hoy en día, atribuyen estos jardines aéreos a Semíramis, aquella famosa, enigmática y amorosa reina de Asiría. Según los escritores clásicos, la gente acudía de todas las partes del mundo, sólo para contemplar aquella tranquila y apacible isla verde, suspendida entre cielo y tierra, por encima de los tejados o, mejor dicho, las azoteas de Babilonia.

No se sabe gran cosa acerca de esos famosos Jardines Colgantes, pero tenemos una interesantísima tablilla, recientemente descifrada por Contenau, según la cual parece que hubo en su tiempo cierto rey de Babilonia, llamado Marduk-apal-iddin, el cual tomó un apasionado interés en la botánica y plantó en el jardín ciertas variedades de plantas con propósitos culinarios y medicinales. Un escriba redactó el catálogo de estas especies y terminó el texto con estas palabras: *Plantos del Jardín del Rey Marduk-apal-iddin de Babilonia... Aquel que reverencie a Marduk no debe quitar la tableta del rey.*

También es sabido que Koldewey descubrió lo que él tomó por los probables cimientos del famoso edificio en el ángulo nordeste del palacio, junto a la monumental Puerta Azul de Ishtar, al norte del primer patio del palacio. También descubrió el pozo

de donde se tomaba el agua para subirla a los niveles superiores. Este ingenioso artilugio, al que se habían acoplado cangilones, permitía regar con toda regularidad las plantas del jardín a todos los niveles y en todos los pisos del edificio, el cual descansaba en una sólida construcción abovedada que comprendía catorce habitaciones. Esta formidable estructura de piedra, que medía 47 metros por 33, estaba rodeada de un muro construido de tal manera que pudiera absorber cualquier movimiento del subsuelo por medio de juntas de expansión. Como ya señala el mismo Koldewey, la piedra constituía un material de construcción rarísimo en Babilonia, y ello demuestra que la construcción fue planeada con un cuidado extremado.

Los cimientos de la colosal avenida conocida con él nombre de Vía Procesional fueron contruidos con varias capas de ladrillo cubiertas por una capa de betún. Grandes losas de fina piedra caliza y de mármol rojo formaban el pavimento y en cada losa había la misma inscripción: *Nabucodonosor, rey de Babilonia, hijo de Nabopolasar, rey de Babilonia, soy yo. He pavimentado la Calle Babil con bloques de piedra shadu, para la procesión del gran Señor Marduk. Que Marduk, el Señor, nos conceda la vida eterna.* Otro ladrillo con inscripción algo más informativa se refiere a la construcción de esta calle: *Nabucodonosor, rey de Babilonia, el que hizo glorioso el Esagila y el Ezida, hijo de Nabopolasar, rey de Babilonia. Las calles de Babilonia, las calles procesionales de Nabu (dios de la escritura y del destino) y de Marduk, mis señores, a quienes Nabopolasar, rey de Babilonia, el padre que me engendró, construyó una avenida brillante de asfalto y ladrillos cocidos; yo, el prudente suplicante que teme su poder, he colocado sobre el betún y los ladrillos cocidos una superestructura imponente de reluciente polvo, reforzada por dentro con betún y ladrillos cocidos, en forma de avenida elevada. Nabu y Marduk: Cuando paséis por estas calles llenas de alegría, que de vuestros labios salgan beneficios para mí; vida para los días distantes y bienestar para el cuerpo... ¡Que yo alcance una edad eterna!* Otro interesante descubrimiento de Koldewey en una sección de la avenida fue el de unos cuantos ladrillos inscritos con el nombre de Senaquerib. Por lo visto, ese asirio sanguinario había estado bien dispuesto hacia Babilonia en alguna época de su reinado, aunque después saqueara la ciudad hasta los cimientos en un acceso de rabia insana.

La decoración de la Vía Procesional fue obra de Nabucodonosor. A cada lado de la avenida y en una distancia de poco más de 200 metros había un friso magníficamente esmaltado en el que estaban representados una serie de leones modelados en bajorrelieve (sesenta en cada lado), brillantemente policromados y puestos a intervalos regulares contra un fondo unido de azul celeste u oscuro. Algunas de las figuras de los leones estaban esmaltadas en blanco, con melenas amarillas, otras en amarillo con melenas rojas que actualmente se han vuelto verdes debido a la descomposición del color. Estos monstruos feroces debieron de constituir un espectáculo terrorífico, con sus mandíbulas abiertas, sus husmeantes hocicos y sus garras amenazadoras con las pezuñas bien visibles; sería una amable bienvenida para el forastero que entrara por primera vez en Babilonia; además, hay que tener en cuenta que siguiendo el friso de los leones se llegaba a los dragones de cabeza de serpiente y a los toros enormes de la Puerta de Ishtar. Es probable que los extranjeros, los portadores de tributo, los mercaderes y los enemigos en potencia no olvidaran fácilmente aquella tremenda primera impresión de Babilonia, tan distinta de todo lo que pudieran haber visto hasta entonces. La presencia permanente de aquellas fieras, como guardianes de la ciudad, era probablemente muy tranquilizadora para los babilonios y servía al mismo tiempo como solemne advertencia para los posibles futuros enemigos de que para ellos la Vía Procesional, que conducía al corazón de la ciudad, podía representar la Ruta de la Muerte.

Esta majestuosa entrada a Babilonia estaba a la altura del noble esplendor de la Puerta de Ishtar, a través de la cual el viajero entraba en la ciudad. Esta era

también una de las más bellas construcciones de Babilonia, y sus habitantes estaban muy orgullosos de ella. Sus murallas estaban adornadas con trece hileras superpuestas de bajo-relieves de ladrillos esmaltados y policromados, en los que los dragones alternaban con los toros, de tal guisa que parecían avanzar al encuentro del forastero. Las ruinas de la Puerta de Ishtar estaban todavía a una altura de 12 metros cuando fueron excavadas. Koldewey hizo notar la ingeniosidad de los babilonios al construir la puerta en aquel lugar. Para evitar que los cimientos de la estructura se resquebrajasen habían inventado una junta de expansión, precaución todavía usada hoy en día para las paredes que no están construidas de una sola pieza, sino que se hallan contiguas, y los cimientos de la una son más superficiales que los de la otra. La idea consiste en dejar que las dos partes de la pared o muro o muralla estén separadas; para ello se deja un estrecho espacio vertical entre una y otra, de arriba abajo. Como salvaguardia adicional, para evitar que un leve movimiento del subsuelo hiciera inclinar los muros y los separase de la perpendicular, los babilonios a veces añadían un listón vertical al muro de cimientos más superficiales y este listón se adaptaba a un surco acanalado que corría por el muro principal. Koldewey también descubrió que, en ciertos cimientos aislados de pequeñas estructuras, la subestructura de ladrillo cocido estaba dispuesta encima de un lecho de ladrillo crudo en forma de pozo y relleno de tierra; de este modo «aunque se moviera algo la base, la estructura no se inclinaba sino que daba juego, como las articulaciones de un telescopio».

Se ha calculado que había al menos 575 bajo-relieves de toros y dragones adornando la Puerta de Ishtar, y su efecto tuvo que haber sido asombroso y desconcertante. Aquí volvemos a encontrar la firma de Nabucodonosor: *Las dos entradas de la puerta de la ciudad habían quedado demasiado bajas, debido al relleno de la Calle de Babil. Yo hice excavar esta puerta de la ciudad, reafirmé sus cimientos frente al agua fortaleciéndolos con betún y ladrillos cocidos e hice que se destacara hermosamente con ladrillos cocidos de esmalte azul sobre los que se representaron bueyes y dragones. Hice colocar a todo lo largo imponentes cedros para que formaran el techo. Recubrí los batientes de las puertas de cedro con láminas de cobre; ajusté a las puertas dinteles y charnelas de bronce... Las puertas de la misma ciudad hice restaurar gloriosamente para asombro de todos los pueblos.*

El león era el animal favorito de Ishtar y constituyó un motivo decorativo que fue utilizado por los artistas babilonios de todos los tiempos. Ya hemos visto que este motivo adornaba la Vía Procesional. Pero el toro era el símbolo de Adad, dios de la adivinación, de la lluvia salvadora y del huracán devastador. A menudo se decoraban sus estatuas en la base con un par de toros andantes; su emblema, el rayo, se colocaba muchas veces en el dorso de un toro echado. Análogas representaciones indican que el dragón o *sirrush* era el animal sagrado de Marduk y de su hijo Nabu, dios de la vecina ciudad de Borsippa, el patrón de los escribas, que inspiró los poemas épicos y además guardián de la tableta del destino.

En muchos de los mojones y de los sellos oficiales se ven dragones semejantes a los que aparecen en la Puerta de Ishtar. Ya eran famosos en la Edad Antigua y corresponden muy bien a la descripción que se encuentra en la historia de Bel y el Dragón, en los Evangelios Apócrifos. También es posible, como sugiere Koldewey, que el sumo sacerdote del Esagila, buscando el modo de atestiguar de una manera realista la presencia del dios en el templo, guardase en el mismo un arval o cualquier otra especie de reptil, para exhibirlo en los días de gran fiesta en la penumbra del santuario. A la vista del dragón viviente dentro de aquel lugar sagrado es muy posible que los corazones de los fieles feligreses se hubieran llenado de terror y espanto.

En su concepción artística, este *sirrush* es totalmente distinto de otros animales fabulosos, existentes en gran número en el simbolismo babilónico. Es menos fantástico que los gigantescos toros alados de cabeza humana de los palacios asirios,

o las figuras de hombre barbudo y coronado, con el cuerpo de pájaro y la cola de escorpión. La característica dominante del sirus, tal como ya indicó Koldewey, es su cubierta escamosa y su cola de serpiente. Detrás de su cabeza hay dos crestas en espiral parecidas a las del dragón chino; la cola termina en un pequeño aguijón curvo; las patas anteriores son las de un felino rampante, mientras que las posteriores son las de un ave de presa, cubiertas de escamas y armadas de poderosas garras. Además de escamas, este fabuloso animal posee pelo. Pues bien, éstas son las características del dinosaurio prehistórico. ¿Por qué clase de misterio nos encontramos adornando la monumental Puerta de Ishtar de Babilonia, en el siglo VI a. de J.C., la representación de un monstruo que desapareció antes del Diluvio, cuando inmensos lagos salados cubrían el suelo del Asia Occidental, desde las primeras estribaciones del Líbano hasta la meseta central de Persia, y desde los confines de Arabia hasta las montañas de Armenia, que actualmente brillan con glaciares? He aquí un problema cuya solución ignoramos...

Ishtar era la gran diosa del amor y la muerte. Estaba identificada con el planeta Venus y, por lo tanto, era la diosa del alba y del ocaso. Su padre era el dios lunar Sin y su hermano el dios solar Shamash:

*Cumpliendo lo que está ordenado por mi padre, Sin,
Yo me elevo, me elevo en perfección;
Cumpliendo lo que está ordenado por mi hermano, Shamash,
Yo me elevo, me elevo en perfección.*

Se le dirigían fervientes oraciones para recabar su ayuda:

*Yo te ruego, oh Señora de las señoras, diosa de las diosas
...Tú, la brillante, Ishtar, reunidora de la hueste
...Allí donde tú miras, el muerto vive;
El enfermo se levanta; el descaminado, al ver tu faz, vuelve al buen camino.
Yo te he llamado, dolido, cansado y angustiado, como tu servidor.
...Mira hada mí fielmente y escucha mi súplica. Prométeme el perdón y que así se
tranquilece mi espíritu. ¡Piedad para mi desgraciado cuerpo, lleno de confusión y
desasosiego!
¡Piedad para mi corazón enfermo, lleno de lágrimas y sufrimiento! i...Suelta mis
cadenas; asegura mi liberación...!*

Pero, al son de las trompas de guerra, Ishtar era saludada por todos los armados ciudadanos como la Diosa de las Batallas, intrépida y bravía contra sus enemigos. Era ella la que incitaba al pueblo a la insurrección y a la sedición. Los soldados, borrachos con su presencia, la aclamaban cuando se les aparecía en el momento culminante de la batalla, porque aquello significaba que Ishtar miraba con favor la tierra empapada en sangre y los montones de muertos. Y entonces los soldados babilonios mataban y morían alegremente, cegados por la gloria de su diosa.

Ishtar era también la diosa de la fertilidad, y únicamente a través de ella podían alcanzarse los placeres del amor. Según el antiquísimo poema épico de Gilgamés, la diosa Ishtar se había enamorado del héroe: *Ven, Gilgamés, y sé mi amante. Concédeme tu fruto. Tú serás mi esposo y yo seré tu esposa. Te atalajaré un carro de guerra, de lapislázuli y oro... Los reyes, señores y príncipes, se humillarán ante ti.*

Pero Gilgamés no la quiso. Entonces, Ishtar hizo un viaje a los infiernos, donde, ante cada una de las siete puertas del País de Irás y No Volverás, le fueron quitando, uno por uno, todos sus ornamentos y todas sus ropas. Su hermana, que era la Reina del Infierno, sospechaba de sus intenciones y la dejó encarcelada en las sombras de Nergal, soltando sobre ella las sesenta miserias. Mientras tanto, en la tierra, estas aventuras tenían unos efectos desastrosos, ya que toda fertilidad y reproducción

habían cesado en ausencia de la diosa, hasta tal punto que su hermano Shamash empezó a preocuparse seriamente por el futuro del mundo y eventualmente consiguió rescatar a Ishtar antes de que fuera demasiado tarde.

Hay varias leyendas de reyes que se elevaron de la oscuridad al trono gracias al amor de Ishtar. Era Ishtar quien determinaba para cada uno la duración de su reinado y le concedía el trono y las insignias reales. En Babilonia, Ishtar era la brillante estrella del cielo y la tierra; tenía su propia puerta, su vía sagrada, su barrio, sus templos; el Templo de Ishtar de Agade, ya mencionado, era un pequeño santuario con una función especial, posiblemente asociada a su aspecto, en tanto que lucero del alba, pero probablemente había otros muchos. Uno de los templos edificados en honor de Ishtar de Babilonia, en el decimotercer año del reinado de Apil-Sin, de la Primera Dinastía de Babilonia, fue ampliado, embellecido y fielmente conservado por varios reyes posteriores y continuó en existencia hasta el año 94 a. de J.C.

Pero el culto de Ishtar y sus templos sagrados no quedaron confinados a una sola ciudad mesopotámica. Ishtar, la Diosa *de los Placeres*, incorporaba en una divinidad a todas las diosas de Sumer, Accad, Asiría y Babilonia. En otra parte de la plegaria ya mencionada, el adorador de Ishtar pregunta:

*¿Dónde no hay tu nombre, dónde no hay tu poder divino?
¿Dónde están tus imágenes no erigidas, dónde están tus santuarios no fundados!
¿Dónde no eres tú grande, dónde no eres tú exaltada?*

Ishtar era la confortadora de los reyes que buscaban su alianza, hasta de Asurbanipal, cuyo corazón era de una crueldad inaudita: *la diosa Ishtar oyó mis ansiosos suspiros y ¡No temas!, dijo, llenándome el corazón de confianza. «Puesto que has elevado tus manos en actitud de súplica (y) se han llenado tus ojos de lágrimas, te tengo compasión.»* Ishtar era considerada como la gran Madre y en una de sus antiguas efigies se la representa como una mujer que se estruja los pechos con las manos para hacerse brotar la leche. En numerosos sitios se han descubierto figuras de Ishtar, y estas figuras tienen gran semejanza con otras figurillas prehistóricas, algunas de las cuales corresponden a la Edad de Piedra del Próximo Oriente y de la región mediterránea. Ishtar es también, tal como está escrito en la Revelación de San Juan: *la mujer vestida de sol, con la luna bajo sus plantas y coronada con una corona de doce estrellas*. En la estela siria de Til Barsib se la representa con la simbólica estrella de ocho puntas inscrita en un círculo; lleva dos carcajes cruzados en la espalda, y al lado izquierdo ciñe una espada; está de pie sobre un león y levanta la mano derecha en un gesto de bendición.

Diosa del amor y diosa de la muerte, Ishtar de Babilonia era el símbolo de las pasiones humanas en todo lo que tienen de bueno como en todo lo que tienen de malo, Sus templos eran riquísimos y numerosos y sus perfumados *ishtaritu* se consagraban fervientemente a su servicio. Ishtar era la encarnación, si así puede decirse, del poder femenino y, en consecuencia, de la fecundidad. Los pueblos nuevos le daban nuevos nombres, pero, como denominador común, era venerada por todos ellos como *la más augusta de todas las diosas*:

*Alaba a la diosa, a la más temible de todas las diosas.
Que todo el mundo venere a la dueña de los pueblos, a la más grande de los Igigi
(dioses celestiales).*

*Alaba a Ishtar, la más temible de todas las diosas.
Que todo el mundo venere a la reina de las mujeres, a la más grande de los Igigi.
Va vestida de placer y amor.*

Está henchida de vitalidad, embeleso y voluptuosidad.

En sus labios hay dulzura; la vida está en su boca.

Ante su aparición, el gozo se colma.

Es gloriosa; se echan los velos sobre su cabeza.

Su figura es hermosísima; sus ojos son brillantes.

La diosa — ella nos guía.

El destino de todo está en sus manos.

Con una mirada crea la alegría, el poder, la magnificencia, la divinidad protectora y el espíritu guardián.

Ella reside aquí y atiende a la compasión y ala amistad.

Además, posee verdaderamente el don de la afabilidad.

Tanto si se trata de una esclava, de una muchacha soltera, como de una madre, ella la guarda.

Todo el mundo la llama; las mujeres pronuncian su nombre.

Se la solicita entre todos los dioses; su categoría es extraordinaria.

Respetada es su palabra; y es suprema entre ellos.

Ella es su reina; y ellos hacen continuamente que sus órdenes sean ejecutadas.

Todos los dioses se inclinan ante ella. Y reciben su luz ante ella. Ciertamente, los hombres y las mujeres la reverencian.

Los festivales dados en su honor llevaban todos los años a Babilonia un gran tropel de nómadas y de extranjeros de todas clases, deseosos de participar en el regocijo general, en las orgías de bebida y en los ritos consumatorios. Estrabón nos da un relato desaprobador de lo que ocurría en la ciudad durante estos grandes festivales. Es evidente que los placeres carnales jugaban un gran papel en la veneración de Ishtar, la (o el) hermafrodita. Pero, a pesar de la licencia que imperaba en los barrios bajos, aquél era un gran festival religioso. Ishtar, en la penumbra de su templo, presidía los ritos dedicatorios peculiares a su culto. Muchachas votivas cantaban sus preces ante la diosa: *Yo te alabo y te imploro, Reina Soberana, Diosa Omnipotente, oh, tú, la más hermosa, que inflamas mis deseos, protectora de los ejércitos, inescrutable diosa de los hombres y de las mujeres.* Sus adoradoras vivían en el templo, hermosas y aún más atractivas envueltas en sus delicados velos. Pero no eran ellas solas las que ansiaban servir a la diosa. Dentro del sagrado recinto del santuario acudían también hombres que pretendían entregarse, en completa humildad, al servicio de la diosa para siempre, por medio del rito de la autocastración, ejecutada ante la inescrutable presencia de la divinidad.

En el exterior del templo, en una Babilonia abigarrada y tumultuosa, el festival, mientras tanto, estaba en su apogeo. De vez en cuando, un oficiante de los ritos se dirigía a la orilla del río para echar en la corriente una cabeza de carnero recién sacrificado. En el interior del recinto del templo, los servidores elevaban sus pucheros y hacían ofrenda de los cuartos y de las entrañas de los animales, así como de salsas y jugos de varias clases, a los dioses, al rey, a los sacerdotes y a sus ansiosas familias, a los aurífices, a los plateros y a los tejedores. Los bullidores habitantes de la ciudad se hinchaban de beber vino especiado, hidromiel, aloja y cerveza, y de engullir riñones, pepinos y dátiles. Los servidores y criados estaban preparando mientras tanto por toda la ciudad las antorchas simbólicas perfumadas con especias aromáticas, y durante toda la noche se oía un estruendo indescriptible de música y jolgorio, de gritos y de canciones. A la luz de millares de braseros y antorchas, encendidos en las casas y en las calles y plazas, el pueblo de Babilonia ofrecía banquetes a los dioses y a los errantes espectros de los difuntos que necesitan sustento eternamente.

En medio de semejante fiesta, la cual proseguía durante varios días, los extranjeros se sentirían atontados y mareados por aquella constante batahola y vocerío y por las interesadas atenciones de los vendedores de amuletos, de los herbolarios y de las provocativas cortesanías. Empujado y atropellado por la vocinglera muchedumbre (había un millón de habitantes en la ciudad) y habiendo bebido quizás algunos tragos de más de aquel excelente vino de palma de Damasco, continuamente en guardia contra el asalto de los aviesos demonios y de todos los revoloteantes parásitos que pululaban disfrazados para tentar a los incautos, acosado

por los traficantes de perfumes y drogas, con todo el atractivo del opio, deslumbrado por el color y el esplendor en todas partes, el forastero que se encontrase en Babilonia se vería arrastrado en el torbellino de una prodigiosa multitud, agrupada respetuosamente ante una abigarrada exhibición de misterios: adivinos, hechiceros, pajareros, curanderos, astrólogos con sus cuidadosamente reguladas tablas de conducta y los ubicuos interpretadores de sueños. Realmente Freud se habría hallado en su elemento, allí en Babilonia, donde cada sueño quedaba inmediatamente sujeto a experto escrutinio, clasificación e interpretación.

También puede uno imaginarse otra ceremonia que tenía lugar en honor de Ishtar. Esta se celebraba en el crepúsculo vespertino, cuando aparecían en el firmamento las primeras estrellas, centelleando sobre la llanura infinita. La ciudad se aquietaba y se hacía el silencio. Una virgen, hasta entonces recluida en la quietud del templo, salía acompañada o, mejor dicho, conducida por el *urigallu*, el guardián del lugar sagrado, que se sabía íntegro el Poema Épico de la Creación y podía repetir las letanías en sumerio ante la divina imagen. Acompañábanle los iniciados, juntamente con los magos y hechiceros, y la procesión entonces empezaba a moverse lentamente hacia el *ziggurat* de Babilonia. Los exorcistas, vestidos de rojo, escoltaban a la joven, rechazando a derecha e izquierda los demonios masculinos y femeninos que estaban intentando siempre agarrarse al alma y a las entrañas de hombres y mujeres. Después venían los servidores de turno, llevando la antorcha sagrada, que una vez había encendido los braseros y antorcheros de los templos, casas, calles y puertas de Babilonia, ya no podía ser apagada más que con leche de camella. Los cantores entonaban sus plegarias en forma de salmos, acompañándose ellos mismos con tambores fabricados con piel de buey y con dulzainas, conocidas entre los golfos de Merkes con el nombre de *lenguas de señora*. Los eunucos entonaban tonadillas con la flauta y al son de estas tonadillas iban danzando, siguiendo a la procesión, para adular a los espíritus que flotaban como círculos luminosos en la espaciosa noche... Y, ante la multitud reunida para asistir a los antiquísimos ritos, la virgen votiva de Ishtar iba subiendo lentamente los siete pisos del *ziggurat* hasta llegar a la cumbre. Una vez en lo alto, entraba en el santuario de Marduk, donde debía permanecer toda la noche, esperando la visita del dios. La muchedumbre que la contemplaba quedaba sobrecogida de sagrado temor. La casta muchacha parecía haber entrado en el mismo cielo, entregando su cuerpo como ofrenda, la ofrenda viviente de su pueblo a su dios nacional, la misteriosa esposa de una noche sin mañana, una noche que para ella equivaldría a la eternidad...

Desde la gran Puerta de Ishtar, pasando ante palacios, templos y casas particulares, se extendía la sagrada Vía Procesional de Babilonia. Esta larga y majestuosa avenida, al final torcía hacia el oeste para terminar en territorio sagrado; a la izquierda, en el santuario Esagila, templo de Marduk, el Creador, sin el cual no habría vida en la tierra, y a la derecha, en el Etemenanki, el imponente *ziggurat*.

El Esagila, *la Casa de la Alta Cabeza*, era una de las construcciones más bonitas de Babilonia; deslumbraba la vista con su alta cúpula recubierta de láminas de oro. La fecha de su fundación es desconocida. Un cilindro fundacional, descubierto por Koldewey en el curso de sus excavaciones, da testimonio de la restauración del Esagila por Asurbanipal: *Bajo mi gobierno, el gran señor Marduk hizo su entrada en Babil con gran regocijo y penetró en su mansión en el Esagila para siempre. Yo determiné las ofrendas regulares del Esagila y de los dioses de Babilonia y retuve el protector de Babil... Llené el Esagila de plata, oro y piedras preciosas e hice que Ekua brillase como las constelaciones en él cielo.*

Nabucodonosor, el protector *del Esagila*, tal como se llamaba a sí mismo en sus inscripciones en innumerables ladrillos, también contribuyó al embellecimiento del santuario: *Plata, oro, valiosísimas piedras preciosas, bronce, mismakannu y madera de cedro, todo cuanto es valioso..., el producto de las montañas, la riqueza*

del mar, una pesadísima carga, un suntuosísimo regalo, todo eso lo llevé a mi ciudad de Babil ante él y lo deposité en el Esagila, el palacio de su señoría, en gigantesca abundancia. Hice que el Ekua, la cámara de Marduk, resplandeciese como el sol. Revestí sus paredes con oro sólido en lugar de arcilla o yeso, y cubrí el área del templo con lapislázuli y alabastro. Hice brillante como el sol el Kahilisir, o la «puerta de las solemnidades», y también el Ezida, puerta de Esagila. Du-azag, el lugar del nombramiento del destino... la cámara del señorío del más sabio de los dioses, el exaltado Marduk, que un rey anterior a mí había decorado con plata, yo lo decoré con oro resplandeciente, adorno magnífico..., como las estrellas del cielo... Mi corazón me impulsa a edificar el Esagila; lo tengo perpetuamente ante mis ojos. Los mejores de mis cedros, que traje del Líbano, la noble selva, los dediqué a cubrir el techo del Ekua, la cámara de su majestad, con gran cuidado, y esos imponentes cedros los recubrí de oro resplandeciente... para la restauración del Esagila elevo mis súplicas todas las mañanas al rey de los dioses, el señor de los señores.

Marduk se había distinguido tanto en el transcurso de los primeros trabajos de la Creación que se le concedió, por decisión unánime de los dioses, el reino de los cielos y una soberanía completa sobre el universo que él había creado. Su morada radicaba en Babilonia, la cual así se convirtió, según palabras de Hammurabi, en *suprema en el mundo*, y su fortuna quedó eternamente unida al destino del dios nacional de la ciudad. Su templo era la serena representación del alma de la noble ciudad que dirigía al mundo entero, y para el pueblo de Babilonia aquel templo debió parecer el símbolo de una civilización que jamás podría ser destruida, so pena de arrastrar en su caída el universo entero que Marduk había creado.

Entre todos los dioses que periódicamente llegaban a Babilonia, traídos en el curso de las campañas o las incursiones en el extranjero, Marduk permaneció supremo, fuente de toda vida en Babilonia. Los relatos históricos de la época de Hammurabi ya atestiguan su grandeza y su irresistible atractivo en el corazón y el espíritu del pueblo babilonio. Los escribas transcribieron sus órdenes en las tablillas: *Citando Marduk, me encargó a mí (Hammurabi) de guiar al pueblo por el camino recto y dirigir en todo el país, yo establecí la ley y la justicia..., con lo que promoví el bienestar del pueblo.*

Únicamente los judíos y sus profetas se atrevieron, en los siglos venideros, a desafiar al gran dios de Babilonia y predecir la pavorosa desolación en que Babilonia se convertiría. Pero la riquísima ciudad amorrea permaneció olímpicamente indiferente ante semejantes profecías; su pueblo estaba protegido por un dios que era francamente dominante en todos los aspectos. Marduk era Nergal, dios de los espectros infernales; era Nabu, dios de la escritura; era Sin, el que iluminaba la noche; era Shamash, el dios del sol, cuyos rayos eran eternos, y era Adad, dios de la lluvia. Era el pivote de la gran Rueda en su rotación eterna. Su presencia constituía una fuerza infalible contra los invisibles espíritus malignos que pululaban por doquier. Marduk dotaba a sus seguidores de buena fortuna y subsistencias, y bañaba los espíritus de los muertos en su luz celestial. Asurbanipal se inclinó reverentemente ante él: *En el primer año de mi reinado, cuando Marduk, rey del universo, puso en mis manos el gobierno de Asiría, yo cogí el borde de la ropa de esta gran divinidad y presté toda mi atención a sus santuarios. Marduk era el firmamento que brilla en el cielo, a través y por medio del cual todo el mundo nacía y moría:*

Marduk puede resucitar en la tumba.

Zarpanit (su consorte) sabe librar de la destrucción.

Allí donde alcanza la tierra se extienden los cielos.

El sol brilla, el fuego relumbra.

El agua fluye, el viento sopla.

(Allí donde los seres) cuya arcilla ha quitado la diosa Aruru, pasan rápidamente criaturas dotadas de aliento

...y, tantas como hay, glorifican a Marduk.

Edouard Dhorme describió en detalle una representación de Marduk, hallada en un cilindro de lapislázuli descubierto en Babilonia, procedente del siglo IX a. de J.C. Dicha descripción dice así: «El dios lleva un alto sombrero cilíndrico, adornado con plumas y rosetas. Lleva barba y va peinado con rizos que se ven en la nuca. Un largo ropaje sembrado de estrellas inscritas en círculos le cae hasta los pies. En su mano izquierda, levantada ante él, mantiene las insignias del poder: el cetro y la diadema. Con su mano derecha coge el *harpesh*, especie de arma ritual, parecida a una cimitarra. Marduk está guardado por el *mushrushshu* o «serpiente roja» (el *sirrush*), cuya imagen está representada en los ladrillos esmaltados de la Puerta de Ishtar, en Babilonia; el *mushrushshu* lleva cuernos en la cabeza, tiene el cuerpo cubierto de escamas, la cola de escorpión, las patas delanteras de león y las traseras con garras de buitre. Este fantástico animal es una supervivencia de los dragones alados que decoran el vaso de libación de Gudea. Las fuerzas del reino animal —cuadrúpedo, ave, pez y reptil— se hallan aquí concentradas en un solo individuo al servicio del dios, para ayudar en la lucha contra las potencias del mal».

Era al Esagila de Babilonia donde acudían los grandes generales y los príncipes ilustres en busca de la bendición divina, de la consagración de su gloria y de la coronación de sus hazañas. Las altas y almenadas murallas del templo limitaban un barrio reservado de la ciudad, que constituía un mundo aparte. Alrededor del inmenso santuario se agrupaban los edificios oficiales destinados a los sacerdotes, a los funcionarios, a los servidores, a los intérpretes de los oráculos y a los adivinos. Había allí jardines, apriscos, establos, talleres y las perreras de los perros sagrados pertenecientes a la divinidad; también bodegas y almacenes, sin olvidar las estancias reservadas a las gárrulas peluqueras que atendían a la divina consorte Zarpanitum. El recinto era sagrado; a nadie le estaba permitido estorbar las devociones de los sacerdotes que estaban al servicio de aquel ilustrísimo dios del pueblo, so pena de ser empalado ante una de las ocho puertas de Babilonia. Siendo al mismo tiempo palacio, lugar de regocijo y fortaleza, la *Casa de la Alta Cabeza* tenía por misión la protección de la divinidad de cualquier violación y la guardia del tesoro amorosamente acumulado en las estancias secretas del templo. El Esagila había sido construido para *regocijo del corazón* de su divino huésped, que había venido a vivir en medio de la humanidad únicamente para dar protección y magnificencia al fruto de sus trabajos.

«Parece ser que era costumbre general», escribe Charles F. Jean, «ya desde los más remotos tiempos, tanto en Asiria como en Babilonia, glorificar al dios nacional con un festival, cuyo rito principal era la marcha procesional del dios desde su templo, considerado como el lugar principal de la ciudad, hasta otro templo, una especie de templo veraniego, que había a cierta distancia del principal; el nombre de *akitu* se daba tanto al santuario como al festival.» Este era el Festival de Año Nuevo en Babilonia y daba ocasión a tremendas escenas de fervor y jolgorio, ya que todo el mundo tomaba parte en inmensas procesiones a las que se unían delegados de las más lejanas tierras. En Babilonia, el *akitu* de Marduk daba comienzo al Año Nuevo, en el mes de nisán. Las ceremonias públicas duraban doce días. En el séptimo día, que era el de mayor solemnidad, tenía lugar la más espléndida de todas las procesiones que desde el templo Esagila se dirigían al *akitu*. Una tableta accadiana nos da el texto completo de las ceremonias que tenían lugar cuando los dioses se dirigían a su *akitu*. El documento en cuestión proyecta mucha luz sobre las funciones del *urigallu* o sacerdote encargado de la rutina cotidiana, de la abertura de las puertas del templo, de las plegarias rituales y de la delegación de los ritos purificadores y sacrificiales. En el curso de sus deberes, este *urigallu* tenía que recitar el Poema Épico de la Creación dos veces, de cabo a rabo, tarea ciertamente de una considerable magnitud. El mismo rey tenía que someterse a un rito de penitencia ante el *urigallu*, el cual indefectiblemente le absolvía y le prometía la divina bendición: *Dará una bofetada al*

rey. Si... fluyen las lágrimas, el dios Bel es amigo; si no aparecen lágrimas, el dios Bel está enojado: el enemigo se levantará en armas y producirá su caída. Este ritual simbólico parece haber formado parte de una representación de la muerte y resurrección de Marduk con objeto de inducir, por medios mágicos, a la regeneración de la cosecha. El Festival de Año Nuevo era, en esencia, un rito de fertilidad, que tenía que ser observado en sus más nimios detalles; además, se consideraba esencial para todo rey de Babilonia su participación en esta ceremonia para *tomar la mano del dios Bel* antes de su entronización; de otro modo, ésta no se consideraba completa. La gran procesión tuvo que haber revestido considerable esplendor y brillantez, ya que los dioses tomaban parte en ella, en sus carros de guerra y vestidos con todas sus galas, con sus armas ceremoniales y emblemas distintivos, al son de cánticos y de encantamientos. El período de duración de este festival marcaba el tiempo del renacer para todas las cosas de la tierra, y sus últimos días estaban dedicados a las antiquísimas fiestas de adoración de la naturaleza.

De todos los imponentes monumentos de Babilonia, el impresionante *ziggurat* hubo de haber sido una de las construcciones más espectaculares de su época, elevándose majestuosamente por encima de su enorme muralla circundante, de un millar de torres. Este *ziggurat* era famoso en todo el mundo antiguo y atraía a una riada de extranjeros de todas razas y creencias que acudían a adorar y a maravillarse. El Etemenanki, la cosa *de la fundación del cielo y de la tierra*, se elevaba muy por encima de la ciudad, dominando el valle del Eufrates, sembrado de palmeras, formando la estructura central de un inmenso recinto que medía medio kilómetro de lado. Doce puertas monumentales daban acceso al grandioso patio, indudablemente guardado al modo tradicional por gigantescas figuras de animales de aspecto repelente.

Alrededor de aquel vastísimo cuadrado había las habitaciones reservadas a los peregrinos así como a los sacerdotes que se cuidaban del *ziggurat*. Koldewey llamó a esta colección de edificios el *Vaticano de Babilonia*. Seguramente los sacerdotes del Etemenanki ocupaban una elevada posición social, como representantes temporales del rey de los dioses, de quien los gobernantes de Babilonia derivaban su soberanía, y que amparaba y defendía la ciudad contra cualquier asalto. Sus habitaciones particulares eran espaciosas y lujosas y parece razonable suponer que el recinto del Etemenanki era el centro administrativo principal de los grandes sacerdotes y de los altos funcionarios. Ahí, en las secretas cámaras interiores, se encontraban los objetos sagrados del culto, el oro, la plata y las piedras preciosas, los carros de Marduk y de otras divinidades, las barcas procesionales, que sólo salían en días de gran festividad, los instrumentos de música utilizados en los ritos, los emblemas solares y los divanes y tronos de oro.

Construido por una notabilísima raza de hombres, para desafiar el paso del tiempo, el Etemenanki parece haber implicado un sentido de inequívoca grandeza para el mundo antiguo. Y sin embargo, a pesar de su gran fama, conocemos poquísima cosa de él hoy en día. Aparte de una tablilla donde están apuntadas sus dimensiones, las observaciones de Herodoto y lo poco que Koldewey pudo reunir en el curso de sus excavaciones en aquel lugar, no tenemos prácticamente ninguna información de confianza sobre su aspecto y el propósito exacto porque había sido construido es todavía en gran parte puramente conjetural. Actualmente, tal como dice Parrot, «donde antaño se levantara lo que tal vez fuese la más gigantesca estructura de la civilización babilónica, sólo existe hoy en día una enorme oquedad llena de agua...». El mismo Koldewey ya declaró que la destrucción del *ziggurat* era irreparable, ya que había servido de cantera de donde se habían sacado grandes cantidades de materiales para edificar en otras partes.

Según la inscripción de la tablilla mencionada, que es del año 229 a. de J.C., pero que seguramente es copia de un texto más antiguo, Parrot deduce que el

Etemenanki, «con una base de 100 metros de lado, se alzaba con sus siete pisos a una altura de otros 100 metros o casi», y cree que en la cima había un templo. Herodoto mencionaba ocho torres, con un templo en la torre más alta. Koldewey no pudo distinguir más que el plano del Etemenankí, marcado todavía en el suelo, pero no le fue posible deducir cuántos pisos tenía la torre. Sin embargo, en otros sitios de Mesopotamia todavía existen *ziggurats* en mejor estado de conservación; desde los tiempos más remotos ya parece que hubo la costumbre de construir templos sobre plataformas elevadas, y esas estructuras en forma de terraza, al correr del tiempo, fueron construidas en forma de pisos, una terraza encima de la otra. Ha habido muchas teorías que han intentado explicar la función del *ziggurat*, pero todo el mundo está de acuerdo en que se trata de una estructura de índole religiosa. Estrabón creyó que la intención del Etemenankí era proporcionar un lugar de reposo en su cima para la tumba de Marduk, donde estaría próximo al cielo, fuera del alcance de los mortales y totalmente inviolable. Otros han expresado la opinión de que estas torres con terrazas fueron construidas por los sacerdotes para utilizarlas para sus observaciones astronómicas.

Millares de tablillas conservadas en los archivos del templo llevan inscritas las observaciones astronómicas de los babilonios durante bastantes siglos. Los babilonios aprendieron el uso del reloj de sol y de la clepsidra para calcular por adelantado los movimientos de los cuerpos celestes en sus relaciones mutuas, e inventaron el calendario luni-solar para medir el tiempo con toda seguridad. Este calendario consistía en doce meses de treinta días cada uno, con un mes intercalar insertado a intervalos regulares. La aplicación de su genio matemático se tradujo en muchos beneficios de orden práctico en la vida cotidiana; pero el origen radicaba en las creencias religiosas que influían en todas sus actividades.

Para estos observadores, cuyos conocimientos estaban profundamente arraigados en ideas primitivas, los cuerpos celestes que ellos habían estado estudiando durante siglos eran los dioses vivientes, cuyos preordenados movimientos en el espacio podían ser utilizados como guía en las actividades cotidianas de los hombres. Para los babilonios, la astronomía empezó siendo un procedimiento por medio del cual el astrólogo podía aconsejar sobre asuntos públicos o privados, sobre la oportunidad de la paz o de la guerra, como sobre la venta de un pedazo de tierra. Pero había en ello algo más que el aspecto puramente utilitario. Se puede discernir en la astronomía babilónica un vasto sistema filosófico subyacente, según el cual el hombre estaba eternamente relacionado con los movimientos de los cuerpos celestes, cuyas leyes eran inmutables e inevitables. Toda la vida no constituía sino una parte infinitesimal del universo. Las puertas del conocimiento habían sido abiertas por esos antiguos eruditos, quienes, desde el alto *ziggurat*, habían recibido la revelación de la marcha del tiempo. El futuro era ilimitado. Ellos habían percibido una relación entre las unidades matemáticas en términos según los cuales el mundo sensorial podía expresarse y para ellos aquella vasta fuerza creadora quedaba revelada en el ciclo eterno de la muerte y la resurrección. Tras el misterio de las cifras y de los números sagrados habían discernido la espiral del universo y de los dioses.

La orientación del Etemenanki según los cuatro puntos cardinales había sido ritualmente observada en términos de números sagrados. Así pues, a los ojos de los pueblos antiguos, aquel edificio era mucho más que un símbolo; era la representación del centro exacto del espacio, desde el cual la suprema fuerza vital irradiaba sobre la tierra entera, atestiguando con ello la presencia de su Creador, Marduk.

Por eso los reyes de Babilonia intentaron siempre realzar aquel edificio sagrado. Nabopolasar recibió de Marduk la orden de restaurar *el ziggurat, de poner sus cimientos firmes en el seno de la madre tierra, mientras la cima tenía que extenderse hacia el cielo*. Antes de poner manos a la obra, antes de tocar un solo ladrillo del Etemenanki, Nabopolasar consultó los oráculos en el transcurso de una

fiesta sacrificial para descubrir cuál sería el día más propicio. *Para Marduk, mi Señor, incliné mi cerviz, desaté el ropaje que cubría mi Majestad y transporté ladrillos y arcilla sobre mi cabeza.* Ante esta representación del piadoso monarca, tal como aparece en los textos babilónicos más recientes, la acostumbrada imagen del altivo monarca omnipotente se desvanece un instante. El rey estaba con ello llevando a cabo un ritual transmitido de generación en generación. En el *Día de la Reconstrucción*, Nabopolasar se adelantó, acompañado de sus sacerdotes, sus músicos, sus cantores de lamentos, sus adivinos, cuya tarea consistía en invocar a los cinco dioses de la magia, y sus poetas, para pronunciar las palabras de ritual ante el Etemenanki.

Lo primero que había que hacer era buscar y sacar a la luz, con la ayuda de un hacha especial, santificada por el Sumo Sacerdote, el *temenu*, nombre sumerio del texto de fundación, generalmente grabado en un pequeño cilindro o clavo votivo. Estos clavos, fabricados de bronce o arcilla, con la cabeza de un dios, tenían el poder de apartar a los espíritus malignos y arrojarlos de sus escondites. Una vez hallado el *temenu*, el rey lo untaba con miel, crema de leche, cerveza y aceite y lo volvía a enterrar, teniendo buen cuidado de ocultar su nueva posición. Los ritos tenían que ser estrictamente observados; si algún detalle pasaba inadvertido en los preliminares de la reconstrucción de un edificio, se maldecía solemnemente al culpable. Antes de colocar la nueva capa de ladrillos que constituiría los cimientos de la nueva estructura, era esencial estar bien seguro del sitio exacto, tal como estaba indicado en el *temenu*, ya que no se permitía error de ningún género a este respecto. Los textos eran precisos sobre este punto: *Ni un dedo más ni un dedo menos que las medidas prescritas.* Era cosa corriente enterrar objetos de diversa índole juntamente con el texto fundacional; en el caso de la reconstrucción del Etemenanki, Nabopolasar hace constar que depositó en los cimientos oro, plata y piedras preciosas.

Nabopolasar fue un gran rey constructor, y sus hijos tuvieron que demostrar a los babilonios que eran dignos de su padre; por consiguiente, también ellos se empeñaron en tareas constructivas y reconstructivas, mezclándose con los obreros en el acarreo de arcilla, vino, aceite y resina, y en el ajuste del techo, construido en oro y plata.

Existen varias inscripciones, muy elocuentes por cierto, en los cilindros fundacionales y en otras partes, redactadas por reyes que restauraron la ciudad y no querían ser olvidados por una ingrata posteridad: *Asurbanipal, el gran rey, el poderoso rey, rey del universo, rey de Asiría, rey de las cuatro regiones, rey de reyes, príncipe sin rival, quien, por orden de los dioses, sus aliados, impera desde el Mar Superior al Inferior, y ha sometido a sus pies a todos los gobernantes..., quien hizo que Babilonia fuera de nuevo habitable, reedificó el Esagila, renovó los santuarios de todas las metrópolis, restableció en ellos los antiguos cultos y restauró sus regulares ofertorios, que habían cesado; yo, el nieto de Senaquerib, el gran rey, el poderoso rey, rey del universo... Yo terminé las obras inacabadas del Esagila... Que, en días venideros, el príncipe futuro, en cuyo reinado esta gran obra se desplome en ruinas, se encargue de restaurar las ruinas y que inscriba mi nombre junto al suyo. Que dicho príncipe contemple mi memorial, ungiéndolo con óleo, ofrezca sacrificios y ponga junto a su memorial...*

Y he aquí la plegaria de Neriglissar: *Yo embellecí el Esagila y el Ezida. Puse en orden los templos... Las serpientes de bronce... en las puertas del Esagila que ...están situadas en la «Puerta del Sol Naciente», en la «Puerta del Ocaso», en la «Puerta de la Abundancia»... que ningún rey anterior a mí había construido, yo, el humilde, el sumiso, el versado en el culto de los dioses, soy quien las ha construido. Ocho serpientes... que silban su mortal ponzoña contra el nefando y el enemigo; a estas ocho serpientes, yo las he recubierto de brillante plata... Oh, Marduk, Señor, contempla con gozo mis buenas obras... Concédeme... una larga vida, una prolífica descendencia y la estabilidad de mi trono...*

Y, antes que él, Nabucodonosor había escrito esta conmovedora plegaria: Sin ti, oh Dios mío, no hay nada. Para el rey a quien tú amas, cuyo nombre está en tus labios, que te es agradable, tú has preparado su nombre, manteniéndole en la senda del bien y de la justicia. Yo soy un príncipe que te obedece; soy la criatura de tu mano. Tú me has creado y me has confiado la soberanía sobre todos los pueblos. Que el temor de tu divino ser no se aparte de mi corazón y concédeme lo que a ti te plazca, (porque) tú eres mi creador.

Y así ha sido siempre la historia de la civilización: la larga lucha contra el eclipse total. Pero sin muerte no puede haber vida. El modelo no ha cambiado jamás; hay una sola ley que gobierna la historia de la humanidad: ambición, entusiasmo, fama, triunfo, derrota y ruina, una y otra vez, son las etapas que constituyen la imponente epopeya humana de la eterna lucha por la supervivencia. Ni la mayor civilización que pueda contar su duración por millares de años ha podido prevalecer contra la voluntad inescrutable del Creador Omnipotente del cielo y de la tierra.

Pero el genio de las antiguas razas proporcionó el principio rector de la conducta humana ulterior. Sus dioses tiránicos, guardianes del pueblo, ya no existen; sus dinastías e imperios se han desvanecido; su civilización está muerta. Y, no obstante, en el inmenso y profundo silencio que ha seguido, debemos concederles todo el honor que les es debido. En el valle del Tigris y del Eufrates, en el Edén de la leyenda semítica, la ciudad de Babilonia fue construida al principio *del tiempo* y se convirtió en jardín y granero del Asia Occidental. Su historia primitiva nos es, en gran parte, aún desconocida; pero a su debido tiempo Babilonia se transformó en el corazón y el alma del mundo antiguo, en la capital de la administración de justicia y de la seguridad social y en un centro de peregrinación. Actualmente su civilización está muerta. Se cumplieron las profecías y Babilonia, la ciudad de la vida, del color y la belleza, se ha convertido en una soledad tan árida como *el desierto*. Cuando Jenofonte condujo su ejército hasta Babilonia, buscó el lugar donde había estado la famosa capital y lo encontró, pero con los templos y palacios de Babilonia sepultados en la arena. «Aquí», escribió Jenofonte, «hubo una gran ciudad». Cuando Luciano pidió que le enseñaran la famosa ciudad de Babilonia, le dijeron: «Tú me pides que te enseñe Babilonia, esa ciudad que hace tanto tiempo fue destruida; pues bien, amigo mío, es imposible localizar actualmente el sitio donde estuvo».

Hoy en día no queda nada de Babilonia, aparte de unas pocas reliquias que aparecen completamente desplazadas en nuestros museos: los bajorrelieves con aquellos extraños animales esmaltados y hermosamente policromados, unos millares de ladrillos ennegrecidos por el humo de los incendios, algunas estatuas de dioses y de escribas, algunos amuletos, sellos, estelas y mojones, y las incontables tablillas procedentes de sus asombrosas bibliotecas y de sus archivos, que constituyen quizás el más importante legado de esa desvanecida civilización. Nada queda de la ciudad de Babilonia, ni de sus dioses, ni de su pueblo; sólo queda la tierra, la rica tierra de Mesopotamia. La historia no tiene piedad...

EPILOGO

«A la orilla de este río, la ciudad de Bagdad está muy abundantemente provista de toda suerte de productos alimenticios, como trigo, carne, volatería, pescado y caza de todas clases; además, hay grandes cantidades de fruta, pero especialmente dátiles, y éstos muy baratos. A esta ciudad, algunos la llaman Nueva Babilonia, y no está mal la cosa, porque se levantó de las ruinas de la antigua Babilonia, no muy distante de ella, aunque no es tan grande ni tan hermosa como era ésta, porque el circuito de Bagdad es sólo de tres millas inglesas, y la ciudad está construida con ladrillos secados al sol; sus casas son muy bajas y tienen el techo plano.» (Relación de John Cartwright, sacada de *Purchas his Pilgrimes*, referente a una visita a Bagdad realizada el año 1603.)

Más de dos mil años han transcurrido desde que Babilonia fue abandonada a merced de los elementos, pero la historia ha demostrado que ésta es una región destinada a ser fértil, no sólo en *toda suerte de productos* alimenticio, sino también en la construcción de ciudades famosas en los anales del mundo. Después de Seleucia, fundada por los macedonios y destruida por los romanos, y de Ctesifonte, fundada por los sasánidas y destruida por los partos, hay una laguna de unos den años escasos que nos lleva a la fundación de Bagdad bajo el califato abasida.

Bagdad, cuyo nombre mismo parece tan fragante como el vino de dátiles, fue la mayor capital del Islam. Su esplendor medieval y la riqueza de su vida intelectual recuerdan los grandes días de Babilonia. Eruditos, gramáticos, astrónomos, doctores y poetas abarrotaban la ciudad que durante muchos siglos fue el gran centro religioso del mundo oriental. Igual que Babilonia tuvo que sufrir muchas invasiones, la última de las cuales, en el siglo XVII, completó la ruina de la ciudad, cuyos palacios con sus doradas cúpulas habían sido señalados por Harun-al-Raschid a uno de sus visires, diciendo: *De levante a poniente no conozco una ciudad más dichosa ni más rica que Bagdad.*

Bagdad hoy en día es una vez más una ciudad animadísima y próspera, cuyas calles y avenidas hierven de comerciantes, teólogos, caldereros y trabajadores de todas clases, y cuya atmósfera está saturada del olor de kebabs fritos, de especias y de dulces. Los almacenes y bazares se hallan abarrotados de fardos cubiertos de pulgas, procedentes del Asia Central, difícilmente visibles bajo la luz de lamparillas humeantes que apenas llegan a iluminar esos abovedados sótanos, atiborrados de tesoros inimaginables. Junto a la puerta de las tiendas, los comerciantes fuman sus pipas mientras van contando anécdotas. Esos relatos fascinadores, mezclados al olor a especias de los bazares, le retrotraen a uno a un pasado medieval con sus guerreros y sus combates caballerescos, y con sus hermosas doncellas de ojos de cierva, que tanto relieve tienen en las narraciones de la Bagdad medieval.

Aquí se encuentra también el memorialista, que ha establecido su barraca junto al vendedor de pipas y está esperando filosóficamente la llegada de los clientes. El memorialista hace un buen negocio redactando cartas de todos los géneros, pero está especializado en la más fina variedad literaria, condimentada con citas de los clásicos, y su elocuencia sólo cesa cuando también cesa el aporte de dinero. Con gran ligereza las palabras salen danzando de su pluma, como genios haciendo piruetas, y por este procedimiento los amantes pueden quedar hechizados. ¿Cuántas veces habrá comparado a la novia de Jafar, de Saladino o de Alí el tuerto, a cosas tan delicadas como la aterciopelada luna, o las rosas de los jardines de Ispahán, cuyos pétalos son menos frágiles que las mejillas de la bienamada? Este amanuense público, este escriba tarifado, este memorialista, en fin, cuyos bolsillos están llenos de modelos de redacción (según el estilo, véase la tarifa), será durante toda su vida el instrumento del destino de los amantes. Las palabras melosas salen de su pluma con suma facilidad, y él satisface una verdadera necesidad en un país donde el zapatero

remendón de la esquina y el herrero de un poco más allá se saben igualmente de memoria las odas de Hafiz o de Saadi, aunque sin la ayuda del escriba son incapaces de transmitir sus ideas sobre el papel.

Por la calle van los armenios con sus odres llenos de agua de regaliz, cuyas alabanzas cantan en términos parecidos a los usados por nuestro amigo, el poeta memorialista. En los mercados hay los puestos donde se venden dulces y confituras, goteando con la deliciosa miel de Bagdad y junto a los pasteles y caramelos se venden babuchas de cuero turcas y salchichas picantes. Frente a los hornos de los panaderos se amontonan sus mercancías de las más diversas formas y calidades: hojas de pan, delgadas como si fueran de pergamino, pasteles circulares y aplanados y panes redondos que sólo esperan ser aliñados y sazonados con cebollas, especias y aceitunas. Aquí es donde acuden los beduinos para comprar sus provisiones y luego vuelven a sus tiendas cargados de pan empapado en jarabe de pasas o sésamo, o cubierto de salsa de tomate y sardinas. Las paredes de los cafés dejan mucho que desear; todo el establecimiento huele a anís. Aquí se pueden escuchar las canciones de Urfa, la ciudad donde la carpa es sagrada, a los discordantes sonos de un incansable acompañamiento de mandolinas.

En el exterior prosigue el interminable zumbido de múltiples actividades. Los vendedores de granizados, con sus brillantes recipientes de latón, anuncian su presencia con el musical tintineo de sus copas. En el barrio de los talabarteros, estos artesanos están sentados en cuclillas en los rincones más oscuros, cosiendo y ribeteando las altas sillas para los camellos, y grabando en las cinchas y las riendas unos versículos del Corán, para recordar a los fieles que aún en el desierto se hallan en manos de Alá. No muy lejos, un grupo de aprendices bromean, mientras se inclinan sobre su trabajo; están fabricando clavos. Todo el mundo parece divertirse de lo lindo mientras prosigue con su tarea tradicional.

Bagdad, hoy día capital del Iraq, es aún el eterno Oriente, con sus santones, sus caravanas, sus pasteleros y su música oriental, sus polvorientos días y animadas noches, sus densas multitudes en calles y avenidas teñidas con los mágicos matices del anochecer. El crepúsculo transforma el río en un esplendor opalescente, mientras fluye raudo por la antigua capital del califato, con su escolta de *keleks*, que lo siguen hasta Mosul. Y, bruscamente, sin transición, ha caído la noche, y por el azul oscuro de la profunda bóveda del firmamento empiezan a parpadear millones de estrellas.

Mosul... El Tigris la separa de la antigua ciudad de Nínive, o, mejor dicho, del sitio donde estuvo Nínive, en la orilla opuesta. Al oeste del río se extiende la región de Jebel Sinjar, donde vagan las tribus nómadas. En la historia de Mesopotamia los nómadas han jugado siempre un papel importante e incluso a veces han llegado a disfrutar de gran poder político. Tiempos hubo en que un jefe había podido poseer hasta 37.000 tiendas bajo su mando, y estas tiendas albergaban una población nómada de unas 200.000 almas. Por lo tanto, dicho jefe podía reclutar una fuerza combativa de unos 50.000 jóvenes entusiastas, dispuestos a defender por todos los medios el prestigio de su jefe y de su tribu.

Los nómadas viven en constante movimiento, cambiando incansablemente sus pastos y a veces irrumpiendo en tierras que pertenecen a una población sedentaria. Las disputas sobre pastos y ganado han constituido uno de los mayores problemas administrativos del país durante millares de años. Cuando los beduinos acampan, los hombres se sientan en círculo con gran petulancia, mientras las mujeres hacen todo el trabajo. Las pequeñas tiendas negras, construidas de pelo de cabra y de camello, quedan sujetas en el suelo con gran rapidez y habilidad y entonces las mujeres se marchan, rodeadas de sus hijos, a llenar los odres. Utilizan la orina de camello para bañar a sus hijos; también lavan la ropa interior en orina de camello, ya que dicen que con ello se produce un delicado brillo en la ropa y además la orina actúa

como desinfectante. Pronto se encienden fogatas en todo el campamento; cuando no tienen leña a mano, los beduinos usan como combustible el estiércol de camello, el cual toma la forma de grandes pasteles aplanados, muy parecidos en la forma a los bizcochos que se comen para celebrar las festividades. Este sustituto del combustible normal, que los beduinos tienen tan a mano, produce una humareda muy acre al ser quemado. Todavía hoy en día un fuego es considerado por las tribus trashumantes como indicador de poderío y riqueza, y cuantos más fuegos hay en un campamento tanta mayor es la estima en que tienen al jefe — o jeque — los notables del distrito. Los nómadas dan una gran importancia a los signos de buena educación y, por lo tanto, el jefe nómada no le cede el puesto a nadie en cuanto a la observancia de los detalles más finos de buena sociedad, tales como el uso de un pelo cuidadosamente trenzado, el uso de flequillos y el uso de kohl como cosmético para los ojos.

Tan pronto como el fuego está a punto aparece una gran fuente de cuscús traída por los esclavos y entonces todo el mundo acaba de sentarse en el suelo para ponerse a devorar aquellos delicados manjares empapados en sebo de carnero, que es lo que constituye el plato principal de aquellas tribus. Nadie dice ni una palabra; todo el mundo está atareado masticando; luego cada cual mete el dedo en el gran montón de arroz y saca su porción, de la que hace una bola y se la echa al gaznate con gran rapidez. Una comida en el desierto no tiene ninguno de los refinamientos de un banquete y no es recomendable para el gastrónomo. No es cuestión de comer, es cuestión de devorar. Pero, a pesar de todo, siempre es necesario aparentar buena educación, y si uno quiere dejar buena impresión como invitado a una de estas comidas no debe olvidar que es de muy buen tono eructar sonoramente a intervalos regulares. En otras partes, naturalmente, semejante exhibición sería considerada de muy mal gusto, pero entre los beduinos del desierto se considera como una expresión de aprecio y de amistad, dirigida a todos los comensales en general; todo el mundo entonces se siente agradablemente relajado y alegre, dispuesto a disfrutar de una velada de conversación superficial y agradable o, aún mejor, a escuchar el poeta de la tribu, relatando las grandes aventuras de antaño.

Para los nómadas la poesía es indispensable; la poesía acompaña todas sus actividades, porque el poeta de la tribu, debido a algún poder secreto e inimitable, puede transformar la tierra yerma sólo con la magia de sus palabras y dispersar el polvo y el viento, evocando junto al campamento la fresca imagen de un verde oasis en medio del calor más bochornoso y sofocante. Pero, ¡ay de los enemigos de la tribu! Porque no menos que el cielo puede ser evocado el infierno, un infierno tenebroso e infinito, un abismo de inimaginables torturas. La gran noche misteriosa cobra vida con los cuentos de los condenados, de las sombras, de los duendes, de los genios, de aguas hirvientes, de calderas abarrotadas de almas malditas, de altísimas columnas de llama, de hambrientos monstruos al acecho, de todos los tormentos y sufrimientos a que está expuesto el pecador en el otro mundo.

La poesía ciertamente parece que tenga su patria en Oriente. La magia penetra la atmósfera de la luz crepuscular y la imaginación despliega sus alas en respuesta al seductor reino luminoso del anochecer multicolor, el milagro cotidiano del mundo asiático. Las misteriosas estelas de basalto de los hititas no significan nada para el nómada ni nada le importan, lo mismo que las pinturas descubiertas en Dura-Europos o que las figuras danzantes de los ángeles asirios de Til Barsib. Para él el universo consiste eternamente en el movimiento de su caballo y en los placeres del ensueño y de la fantasía; su alma está desnuda ante la tremenda vaciedad del firmamento. El nómada se da perfecta cuenta de que la montaña y la arena y el oasis van cambiando igual que los rostros que ve a su alrededor, y sabe que el único que tiene verdadero poder es el visionario; Su padre le enseñó las 200 palabras que forman su vocabulario básico, tales como *serpiente*, *león* y *espada*. En su juventud aprendió algunas canciones de lejanas tierras, canciones antiquísimas, cantadas o,

mejor dicho, declamadas por las tribus cuando Nínive era pasto de las llamas y los palacios se hundían sepultando a los dioses nacionales. Su memoria es infalible; se sabe de memoria esos antiquísimos poemas de sus antepasados, palabra por palabra. Así es como se transmite el genio de la raza a través de incontables años, por medio de poemas; canciones y profecías que exaltan el corazón. Los daños y la destrucción pueden ser el destino de las inscripciones reales, esculpidas en la piedra; es posible que su mensaje de victorias y violencias se pierda para siempre, desvaneciéndose a los embates del viento del sur, el que arrastra a los genios fuera del país. Pero a través de los tumultos y de las catástrofes, las canciones de los pueblos nómadas y errantes de Mesopotamia han sobrevivido el paso del tiempo.

La lírica del desierto puede parecerse tediosa porque sus temas son necesariamente muy limitados y tienden a la repetición una y otra vez, a la manera de los arabescos, cuyo ritmo nos resulta difícil seguir en los palacios de los reyes moros. La poesía occidental tiende algo más al misticismo y tiene una mayor amplitud de ideas. Pero, sin embargo, aún podemos apreciar la poesía árabe de la vida cotidiana. Gran parte de ella es de una alta calidad y, en muchos casos, de mucha mayor finura que la variedad abstrusa tan favorecida por los intelectualoides occidentales. Además, es una poesía popularísima. El poeta árabe va improvisando sus versos al azar, en lugar de retraerse a una reclusión de visionario. No se propone elaborar ninguna obra maestra; va produciendo sus poemas por el simple placer de hacerlo. Su único propósito es el de dominar el ánimo de sus oyentes y mantenerlos fascinados. El poeta árabe hace danzar sus palabras en un círculo mágico. El es, esencialmente, la voz de su pueblo, que le ama y a quien expresa la necesidad que tiene de escapar de la realidad, obedeciendo a un instinto peculiar de su raza desde los más remotos tiempos. Y así es como esa poesía se difunde por el mundo por mil caminos ocultos y misteriosos, llegando a ser una verdadera necesidad para el árabe en general y un negocio lucrativo, además, para el poeta en particular.

Hoy en día, en las orillas del Tigris y del Eufrates, donde tantas capitales olvidadas yacen todavía enterradas, todo sigue igual a cualquier parte que se vaya: bajo la sombra de la tienda kurda o circasiana, dónde se recibe hospitalariamente al extranjero con un cuenco de leche de camella; en los diminutos cafés donde se puede fumar el narguilé y contemplar las pequeñas bailarinas cobrizas y ondulantes; en las estepas del Iraq o más hacia al norte, en las antiguas vías romanas que bordean el río Jaghjagha o el río Habur; en las antiguas fronteras de Salmanasar, de Senaquerib, de Séptimo Severo o de Diocleciano; a la sombra de lo que queda del palacio de Sargón en Khorsabad; junto al santuario de los dioses de Palmira en Dura-Europos; junto al montón de ruinas que es Susa; en Resafa, la ciudad sagrada en el centro del desierto sirio; en el Haurán, donde los apuestos legionarios romanos de antaño difundieron el culto a Mitra con no menos fervor que en la Renania o a orillas del Danubio; cerca de Abu Kemal, donde abundan las ruinas sasánidas, o en las pavorosas soledades del Yemen... Por todas partes, sea entre ricos o pobres, uno se encuentra siempre con poetas famosos y de gran distinción, cuya misión consiste en conservar el tesoro de ensueños de la tribu.

Hay quien desprecia a los nómadas a causa de que no son fáciles de asimilar a nuestra civilización de explosivos nucleares o tal vez porque se niegan a aceptar lo que equivale a un estado de esclavitud, aunque no sea francamente reconocido como tal. La gente los menosprecia a causa de sus tiendas de pelo de camello y de la arcaica simplicidad de su vida, tan ajena a lo que entendemos convencionalmente por sociedad. Estos pueblos errantes han estado en movimiento perpetuo desde los comienzos de la historia; siempre han vivido por esos parajes, en esta misma tierra hostil, obedeciendo hogaño igual que antaño a las leyes del ciclo estacional. Este perpetuo e incesante movimiento de tribus hacia las actuales fronteras occidentales es actualmente un movimiento totalmente pacífico, pero hay que recordar que esos

nómadas son los descendientes de aquellos otros nómadas que en su empuje incontenible barrieron Asia, África del Norte y España. Eran la espada del Islam, su genio militar y su incansable fuerza. Los días de su grandeza no han podido ser olvidados por los nómadas actuales que recuerdan Bagdad, a donde Grecia envió sus manuscritos y sus filósofos, Damasco, *la Gran Silenciosa* y Blanca, el Cairo, *la Ciudad de las Victorias*. Tampoco pueden olvidar a Saladino, que tomó Jerusalén a los cristianos, ni Córdoba, Toledo y Granada, cuya pérdida se lamenta aún hoy en día en las casbas de oro y púrpura y en los bazares de Marrakex.

Mesopotamia ha sido siempre un país de leyenda; sus poetas, que prodigan los cánticos referentes a un glorioso pasado, han sido ricamente dotados por la tradición. Algunas de sus historias se basan en leyendas tan antiguas como la misma historia, conservadas y adaptadas en el transcurso de millares de años de recitación dramática contra el fondo sombrío de tonalidades azul oscuras del campamento. En la región desértica al sur de Mosul, donde los nómadas de la antigüedad se rebelaron constantemente contra el poder de las ciudades estados y de los imperios, los trovadores shammar de hoy en día relatan aún su cuento favorito: *El padre y jefe de los aditas se llamaba Ad. Se estableció en el desierto poco antes de que aconteciera la confusión de lenguas. Allí fundó una ciudad... Sus palacios eran de oro, y elevó hasta el cielo unos jardines que eran aún más hermosos que los de Babilonia. Se encontraban allí en ubérrima abundancia flores y frutos de todas clases. Unos pájaros fabricados de mano del hombre estaban posados en las ramas de los árboles. Sus cuerpos rellenos de dulces perfumes daban fragancia al aire de toda la ciudad. Ad estaba muy orgulloso de todo lo que había hecho. Hasta se creyó que era un dios y quiso que los demás le adorasen. Pero el cielo no quiso que este desmesurado orgullo pasase sin castigo, y Ad cayó muerto por el rayo. La ciudad todavía existe en el desierto, como señal eterna de la divina justicia, pero es invisible a todos los ojos.*

La ciudad todavía existe en el desierto, pero es invisible a todos los ojos... Uno no puede dejar de pensar si no será hacia esa ciudad de otro tiempo donde se dirigen constantemente los nómadas de hoy en día, igual que hicieron sus antepasados, hace millares de años. Lo que es evidente, no obstante, es que la idea de la ciudad perdida en el desierto les fascina. Sus interminables viajes a través de aquellos monótonos trechos de tierras áridas les dejan mucho tiempo para la meditación; la poesía parece ser algo congénito en ellos, y la vida es como un río que los llevara pasiva, suave y silenciosamente hacia las ciudades flotantes que ellos han visto tantas veces desvanecerse en el cielo. Son igual que los personajes de la Biblia; su incesante búsqueda recuerda los comienzos de las luchas humanas. Ver a toda aquella gente reuniéndose bajo una de sus tiendas para escuchar atentamente al poeta de la tribu es un espectáculo inolvidable; es como si uno hubiese vuelto por arte de magia al remotísimo pasado.